



REMINISCENCIAS DE LA CALLE, DEVENIRES ENTRE ANDENES Y BASURAS.

Jhonn Edison Cuenca Huertas

Trabajo de grado para optar al título de: Licenciado en Artes Visuales.
Línea de investigación: Di- sentir

Modalidad: práctica reflexiva.

Universidad Pedagógica Nacional

2025

Tabla de contenido

Resumen.....	6
1. LOS VIEJOS VENTANALES: un punto de vista y un punto de partida	8
1.1. Espacios informales:	11
2. Planteamiento del problema.	14
3. Objetivos.....	15
3.1 Objetivo general	15
3.2 Objetivos específicos:	15
4. Justificación.	16
5. Los cimientos.....	17
5.1. Película: Buscando a Miguel	18
5.2. Documental: Infierno o paraíso	19
5.3. Documental: El Cartucho	20
5.4. Obra de teatro: Prometeo, actos I y II	22
5.5. Colectivo: CALDODECULTIVO	23
5.6. Libro: Un lugar llamado: El cartucho	25
5.7. Libro El Cartucho: de barrio Santa Inés al callejón de la muerte	26
6. El cuarto mundo.....	27
6.1. Los Orígenes del Cartucho como Herida Urbana.....	29
6.1.1. El bogotazo: origen de la violencia.	29
6.1.2. Sobre el Cartucho y la comunidad recicladora.....	32
CARTOGRAFIAR EL DOLOR: Los orígenes del Cartucho como herida urbana	37
7. Escenarios de práctica pedagógica.....	38

7.1. IDIPRON oasis – Hogar de paso para habitantes de calle	38
7.2. Secretaria de Integración Social – Hogar SEDID.	39
8. Repensar la práctica pedagógica desde la cultura de la calle.....	41
8.1. Resistencia ante el olvido: La voz de los prometeos.....	42
8.2 Elementos de la mirada: El profe que teje puentes entre mundos.....	44
8.2.1 El escombros re- habitado:.....	46
8.2.2 El Sentido de la pérdida en los seres despojados.....	47
8.2.3 Auto representación:.....	47
8.2.4 Estéticas de la suciedad: la mugre como estigma y condición de auto- representación:.....	48
8.3. Metodología trabajada en los escenarios practica pedagógica.	48
8.3.1. Metodología IDIPRON.....	48
8.3.2. Metodología Integración Social.....	49
Algunas fotos del proceso.....	51
8.4. Tierra de los prometeos: descenso al cuarto mundo.	52
8.4.1 Juan Carlos y su experiencia en el Cartucho.....	55
- ¿Cómo ves el centro de la ciudad?.....	60
8.4.2. ¿Qué significa el fuego en la calle?.....	69
- La caja de fósforos: un objeto detonante para la creatividad y un activador de la memoria:	82
8.5. Estéticas de la suciedad.....	85
8.5.1. Comanche: La resistencia desde la marginalidad.....	86
8.5.2 Taller de Grabado: Ensuciarse, mancharse el cuerpo; experimentar otras materialidades.	90
8.6. Fragmentos humanos tras la violencia	94
Fotos del proceso.....	101
9. El trazo de la exclusión: sistema, calle y resistencia	102
9.1. El andén.....	103
9.2. Reconocer para comprender: claves de la cultura de la calle.....	105

11.Evidencia sobre la socialización de los resultados de practica en: Secretaría de Integración Social – Hogar
SEDID..... 113

Bibliografía 115

**Un hombre del pueblo de Neguá, en
la costa de Colombia, pudo subir al
alto cielo.**

A la vuelta, contó.

**Dijo que había contemplado, desde
allá arriba, la vida humana. Y dijo
que somos un mar de fueguitos. - El
mundo es eso reveló-. Un montón de
gente, un mar de fueguitos.**

**Cada persona brilla con luz propia
entre todas las demás.**

**No hay dos fuegos iguales. Hay
fuegos grandes y fuegos chicos y
fuegos de todos los colores.**

**Hay gente de fuego sereno, que ni se
entera del viento, y gente de fuego
loco, que llena el aire de chispas.**

**Algunos fuegos, fuegos bobos, no
alumbran ni queman; pero otros
arden la vida con tantas ganas que
no se puede mirarlos sin parpadear,
y quien se acerca, se enciende.**

Los fueguitos, Eduardo Galeano

Resumen

Desde mi lugar de trabajo, observando la Plaza de la Mariposa y el movimiento cotidiano del centro de Bogotá, mi atención se centró especialmente en los habitantes de calle. Esa experiencia cotidiana despertó una inquietud profunda que dio origen a esta investigación: comprender las formas de vida en la calle en relación con el concepto de *cuarto mundo*¹ las dinámicas de pobreza, exclusión y marginación urbana.

Este trabajo propone una reflexión simbólica sobre la desaparición del barrio El Cartucho y otras zonas de consumo —conocidas como “ollas”—, abordando su impacto en las historias de vida de los habitantes de calle, en el territorio y en la memoria colectiva bogotana. Dicha reflexión se articula con los resultados obtenidos a partir de talleres pedagógicos realizados durante mis prácticas como estudiante de Artes Visuales en espacios como IDIPRON Oasis y la Secretaría de Integración Social.

En este contexto, pongo en discusión cómo lo sucio, lo desechado y la “mugre” operan como símbolos de resistencia frente a los valores hegemónicos que asocian la limpieza con el orden, la moral y el progreso. Retomo el discurso de Comanche², antiguo habitante del Cartucho, quien afirmaba que “la mugre era nuestra única arma”, para evidenciar cómo estos elementos se resignifican dentro del paisaje urbano y la experiencia de exclusión. Desde mi rol como futuro docente de artes visuales, propongo un enfoque pedagógico sensible a las realidades sociales de las poblaciones vulnerables³, y planteo la narración —tanto escrita como visual— como una herramienta fundamental para que las personas en situación de calle puedan contar sus propias historias, reconociéndose como artistas, creadores y narradores de su vida. En conclusión, este proyecto no solo busca

¹ Kantaris, G., pp.223 -457-2008, El cine urbano y la tercera violencia colombiana, más adelante ahondaremos en la comprensión de este concepto.

² Jerónimo, ese era el nombre desconocido de Comanche, un caleño de 68 años que llegó al Cartucho cuando tenía 18 años y después de tocar fondo y recibir varias puñaladas, decidió convertirse en el líder y el consejero de una comunidad, que según algunos puede alcanzar 100.000 personas en Bogotá. (Tomado de: Redacción EL TIEMPO 1996- Título: EL CARTUCHO DESPIDIÓ AYER A SU QUERIDO COMANCHE)

³ Según el Ministerio de Educación Nacional de la República de Colombia se define a la población vulnerable como: Grupo de personas que se encuentran en estado de desprotección o incapacidad frente a una amenaza a su condición psicológica, física y mental, entre otras. En el ámbito educativo este término hacer referencia al grupo poblacional excluido tradicionalmente del sistema educativo por su particularidad eso por razones socioeconómicas. Tomado de: Ministerio de Educación Nacional de la República de Colombia.

visibilizar experiencias invisibilizadas, sino también dignificar la expresión artística como medio de resistencia, memoria y transformación en contextos marcados por la exclusión.

Palabras clave: Practica pedagógica, habitante de calle, cuarto mundo, narrativa, experiencia, marginal.

Al escanear este código Qr encontrará un álbum fotográfico virtual que esta anexado a este documento, vale la pena ser revisado para una mayor comprensión del tema:



1. LOS VIEJOS VENTANALES: un punto de vista y un punto de partida



La foto es de mi autoría: Jhonn Cuenca – 2019 Capturadas con la cámara de un celular Samsung A1

Esta era la vista desde el antiguo edificio en el que trabajaba, ubicado en el centro de Bogotá. Desde allí solía observar con atención la plazoleta conocida como *La Mariposa*. Me llamaba la atención la diversidad de personas que transitaban por este lugar, especialmente aquellos que lo frecuentaban como parte de su rutina diaria. Con la luz del día, se podían ver numerosas personas habitantes de calle recorriendo el espacio; sin embargo, al caer la noche, sus cuerpos desaparecían junto con sus sombras, emprendiendo una silenciosa peregrinación hacia el desaparecido y oscuro Bronx. Los habitantes de calle son un rasgo característico de la ciudad: también construyen el "paisaje bogotano".

Fue a partir de esta experiencia cotidiana, **de observar desde la ventana**, que comencé a reconocer su presencia y su historia como parte esencial de Bogotá y del país. El fenómeno de la habitabilidad en calle es complejo y se replica en los centros de otras ciudades principales de Colombia. Desde esa mirada silenciosa, nació en mí un profundo interés por conocer las historias de estas personas.

Gracias a mis prácticas pedagógicas, tuve la oportunidad de conocer historias reales que me permitieron comprender mejor algunos rasgos de esta población en Bogotá. El conocimiento local resulta profundamente liberador, ya que permite contrarrestar la historia global establecida (Mahecha, O., 2003). Escuchar de primera mano las circunstancias y razones personales que llevan a una persona a habitar en las calles ofrece una perspectiva más amplia y profunda sobre el fenómeno. Son relatos contados por quienes han vivido en carne propia esta dura experiencia: las memorias de la calle, estas historias de vida desafían el estereotipo de que las personas viven en la calle simplemente porque quieren.

Desde aquella ventana observaba a estas personas que, por estar marginadas y excluidas, terminan convertidas en "habitantes de segunda categoría". No solo por carecer de posesiones o dinero, sino también por lo que son y por todo lo que llevan consigo: las bolsas de basura que arrastran, la ropa sucia, los olores. Su sola apariencia suele despertar miedo, desconfianza o incluso repulsión. Desde mi punto de vista, sus vidas parecían no importar para el resto; eran socialmente invisibles. Es más, con frecuencia se aboga por retirarlos de los andenes o de las entradas de los comercios, simplemente porque su presencia "incomoda" o "ensucia" el entorno.

Cuando llegaba por las mañanas al centro, solía ver a la policía motorizada acercarse con las sirenas encendidas. Su presencia no pasaba desapercibida: llegaban a despertar a quienes dormían cerca de las entradas de los comercios. En las fachadas de los edificios, bajo techos improvisados, quienes se demoraban en recoger sus pertenencias eran golpeados, e incluso algunos policías llegaban al extremo de pasarles la moto por encima, estas formas de exclusión buscan generar una sensación de seguridad estética: hacer que la calle *luzca* segura, más allá de que lo sea realmente para todos. En este sentido, el posmodernismo privilegia la estética sobre la ética (Mahecha, O., 2003). Así, el centro de la ciudad se convierte en una zona gentrificada, embellecida sin tener en cuenta las realidades sociales de quienes la habitan. En este contexto, los gobiernos tienden a esconder y

sectorizar los problemas urbanos, procurando silenciarlos y apartarlos de la vista pública. Esto provoca la **exclusión sistemática** de las personas que viven en las calles y fomenta la privatización del espacio público. Pensar en una ciudad que se reorganiza en función de las necesidades de todos implica reconocer el desplazamiento forzado de comunidades vulnerables a causa de proyectos urbanos centrados en el “embellecimiento”, más que en la justicia social. Distintos alcaldes que han gobernado Bogotá, han priorizado la estética de las calles por encima de las historias y las realidades de vida que en ellas habitan. Esta lógica impuesta desplaza la dimensión ética del espacio urbano, reduciendo la calle —entendida como un lugar compartido, abierto y democrático— a una fachada estética que da mayor importancia a la apariencia que a las vivencias reales del espacio.

Durante varios años, entre 2014 y aproximadamente 2021, tuve una vista constante desde esta ventana hacia la plazoleta de *la mariposa*. Desde allí fui testigo de diversas transformaciones y sucesos importantes que se dieron en la ciudad, desde mi punto de vista uno de los más significativos fue el desalojo del Bronx; este hecho tuvo un gran impacto en la ciudad, este operativo provocó una emergencia sanitaria que se manifestó en la ocupación de nuevos espacios en la ciudad. Personas que vivían en el Bronx fueron desplazadas hacia otras zonas, afectando en algunos casos el comercio local; parte de esta población comenzó a habitar con mayor frecuencia la plazoleta de La Mariposa, transformándola en un nuevo punto de permanencia para poblaciones en situación de calle.

Con el paso del tiempo, noté cómo disminuía la presencia de habitantes de calle en esta misma plazoleta, al parecer todo volvió a la normalidad después de unos meses, lo que se vivió en el centro fue una especie de “higienización”⁴ urbana, donde se priorizó la limpieza visual del espacio por encima del reconocimiento y abordaje de las problemáticas sociales que allí convergían, es decir, el fenómeno de la habitabilidad es un tema al que se ha tratado de esconder, maquillar y desaparecer sin implementar una estrategia que dé una respuesta clara más allá del desplazamiento interno⁵ el cual da origen a otros lugares de consumo.

Las administraciones locales pretenden ejercer un **control visual** en la ciudad como si este solucionará las problemáticas, se eliminan elementos que “afean” el paisaje urbano, como lo son: los cambuches, vendedores

⁴ Podría decirse que la Higiene es un problema moderno que toma importancia a raíz del crecimiento poblacional causado por la industrialización de los siglos XIX y XX. No obstante, el empleo de prácticas específicas usadas para conservar la salud en el cuerpo a partir de la limpieza – o profilaxis en términos científicos – es una cuestión histórica que ha tenido sus particularidades en cada momento histórico a medida que van cambiando las sociedades, la noción del cuerpo y con ello los desarrollos técnicos, tecnológicos y científicos. (Archivo de Bogotá, 2017)

⁵El desplazamiento interno es un fenómeno urbano cada vez más frecuente. Entre otras razones, en un mundo que se urbaniza rápidamente, esto se produce debido a que, cuando las ciudades se convierten en lugares de conflicto armado y de otras situaciones de violencia, es mayor el número de personas afectadas. También se debe a que las poblaciones de las zonas rurales buscan seguridad en las ciudades, lo que contribuye toda vía más a las tendencias mundiales en materia de urbanización. Tomado de: Comité internacional de la cruz roja, 2019

informales, entre otros, esto plantea dilemas éticos profundos sobre quién tiene derecho a habitar y a ser visto, lo estético neutraliza políticamente, porque posibilita ocultar las tensiones sociales tras una fachada visual pulcra. Habitar la calle no es solo una acción física; es también un acto político y ético que implica: **reivindicar el derecho a la ciudad**, como lo plantea Lefebvre⁶: el derecho a usar, modificar y vivir en el espacio urbano.

Reconocer la historia que ha tenido la ciudad y sus habitantes permite comprender que la “**habitancia informal**”, marginal o precaria no es un “**fallo estético**”, sino una realidad social que merece atención ética. La seguridad y la planificación urbana no se deben limitar a lo visual, estas deben responder a la justicia espacial, al acceso equitativo y al reconocimiento del otro, algo que parece perderse en la actual ciudad.

Mi experiencia de observar desde la ventana me llevó a preguntarme: ¿qué es, o qué fue, la vida de estas personas que viven en las calles?...Mirar a través de la ventana, esa corta separación física reflejaba también lo frágil de la línea que nos divide: unas cuantas decisiones pueden cambiar el rumbo de una vida y ponernos en su lugar. Realizar mis prácticas pedagógicas con la población habitante de calle me permitió descender de ese lugar distante de observación para acercarme, escuchar y compartir de manera directa con quienes han vivido en la calle. Personas que, más allá de su situación, desean ser escuchadas y tienen historias valiosas que contar.

1.1. Espacios informales:

Ser profesor en espacios informales es una experiencia gratificante en muchos sentidos, pero en especial desde la visión social. Realizar mi primer ciclo de práctica junto con la población vulnerable del lugar me mostró muchas cosas buenas y otras no tanto, como en pasa en muchas situaciones de la vida, sin embargo, esta experiencia me permitió profundizar en las distintas problemáticas que tienen como consecuencia la habitabilidad en calle. “La Educación No Formal, en el marco de una cultura del aprendizaje a lo largo de toda la vida, comprenderá todas aquellas actividades, medios y ámbitos de la educación, que se desarrollan fuera de la educación formal, dirigidos a personas de cualquier edad, que tienen valor educativo en sí mismos y han sido organizados expresamente para satisfacer determinados objetivos educativos en diversos ámbitos de la vida social, capacitación laboral, promoción comunitaria, animación sociocultural, mejoramiento de las condiciones de vida, educación artística, tecnológica, lúdica, deportiva, entre otros” (Marcelo Morales Compilador, 2009).

La educación informal permite aprender a partir de la reflexión sobre la propia experiencia, ya que reconoce todo el recorrido que existe detrás de un proceso que, en muchas ocasiones, no se valora o se minimiza. Promover que las experiencias sean contadas mediante una clase de Artes Visuales, en este caso, las historias que se enmarcan

⁶ Henri Lefebvre (1901–1991) fue un filósofo y sociólogo marxista francés, muy influyente en los estudios urbanos contemporáneos. Su pensamiento es clave para entender las dinámicas de las ciudades, la vida cotidiana y el derecho a habitar el espacio de manera justa. **El derecho a la ciudad (Le droit à la ville) 1968.**

en la calle, es de vital importancia propiciar espacios para la creación, porque aporta a los procesos personales que se encaminan al mejoramiento de la vida, en especial, en estos lugares a los que llegan personas que buscan cambiar su realidad, dejar de consumir drogas o vivir en la calle. Estar en estos espacios fue enriquecedor, ya que pude evidenciar el impacto que tuvimos los docentes, en los lugares que más adelante describiré; las intervenciones realizadas en los escenarios de práctica tuvieron el propósito de hacer que las experiencias transiten, que sean contadas, recordadas con el fin de darles un sentido que le aportará al proceso individual. El mayor impacto que un docente puede lograr es transformar realidades, incluso en los breves momentos que ofrece una clase. Es fundamental sembrar semillas a través de los procesos de aprendizaje con poblaciones vulnerables, para que, con el tiempo, estas germinen y contribuyan a cambiar profundamente las duras realidades que se viven en muchas ciudades. Se trata de una transformación profunda cuyo impacto, aunque no inmediato, puede extenderse y madurar a lo largo de generaciones.



La foto es de mi autoría: Jhonn Cuenca – 2019 Capturadas con la cámara de un celular Samsung A1

2. Planteamiento del problema.

Analizar el centro de Bogotá y las dinámicas sociales de quienes lo habitan, y reflexionar desde una perspectiva simbólica sobre el desalojo del barrio “El Cartucho”, implica acercarse a la vida en la calle como un universo que, para muchos, resulta radicalmente distinto al que habitan las personas consideradas “normales”. Para mí, asomarme a esa realidad fue como mirar a través de una ventana hacia la tierra de los Prometeos, un Cáucaso contemporáneo: un territorio hostil incrustado en el corazón mismo de la ciudad.

El planteamiento del problema se centra en analizar los rasgos del fenómeno de la habitabilidad en calle, a partir de los resultados obtenidos en los talleres de creación realizados durante los espacios de práctica pedagógica con esta población. Los hallazgos derivados de estos talleres me permitieron conocer y comprender mejor a los participantes, así como identificar patrones recurrentes en sus experiencias de vida en la calle. Entre estos patrones destacan las circunstancias y razones que los llevaron a habitar el espacio público, así como los mecanismos de exclusión presentes en su entorno social. Comprender la calle y sus dinámicas implica mirar hacia momentos clave en la historia de Bogotá, como el Bogotazo y la desaparición del Cartucho. Aunque ocurridos en tiempos distintos, ambos eventos revelan profundas continuidades en los procesos de exclusión, violencia y transformación del espacio urbano.

En conclusión, acercarse al fenómeno de la habitabilidad en calle desde una perspectiva histórica, simbólica y pedagógica permite entender que no se trata de un hecho aislado ni coyuntural, sino de un proceso profundamente estructural. Tanto el Bogotazo como la desaparición del Cartucho evidencian cómo la ciudad ha gestionado sus tensiones internas a través de la exclusión y la estigmatización de ciertos territorios y cuerpos. La calle, como escenario de vida y resistencia, se convierte así en un espejo incómodo de las fallas del sistema. A través de los talleres realizados con personas en situación de calle, fue posible escuchar voces que a menudo son silenciadas, y reconocer en sus historias una compleja red de causas históricas, sociales y políticas que siguen configurando el rostro más vulnerable de Bogotá. Este trabajo no solo buscó comprender ese universo desde la pedagogía, sino también dignificar las narrativas de quienes, desde los márgenes, siguen habitando y resignificando la ciudad. [OBJ]

3. Objetivos

3.1 Objetivo general

Reconocer los rasgos de la habitabilidad en calle que emergieron a partir de los resultados de los talleres de creación de Artes Visuales, propuestos durante mi experiencia de práctica pedagógica en IDIPRON OASIS y en la Secretaría de Integración Social.

3.2 Objetivos específicos:

3.2.1. Reflexionar sobre los resultados obtenidos en los ejercicios de narración visual y escrita, centrados en los relatos de vida de los participantes durante la práctica pedagógica, profundizando en su autoconocimiento y reflexiones, y contribuyendo al fortalecimiento de su identidad, auto representación, agencia y sentido de su historia personal.

3.2.2. Recoger la memoria de la práctica docente desde una mirada artística que reflexiona sobre el ejercicio pedagógico y el encuentro en el aula.

3.2.3. Reflexionar desde una perspectiva simbólica sobre la desaparición del barrio "El Cartucho" y otras zonas de consumo conocidas como "ollas", buscando establecer relaciones frente al impacto en la historia de vida de los habitantes de calle, el territorio y la población bogotana, desde una perspectiva artística y docente.

4. Justificación.

Considero que mi trabajo de grado es pertinente para la línea Di-sentir, ya que establece relaciones claras entre el arte, la pedagogía y la política. En particular, se inscribe en el lugar de enunciación denominado *El arte para y en la memoria*, al permitir que quienes fueron mis estudiantes encontraran una forma sensible y significativa de narrar sus experiencias personales a través de las clases de artes visuales que desarrollé durante mis espacios de práctica. La mayoría de los participantes eran habitantes de calle o personas en proceso de dejar esta situación, y fue precisamente en estos escenarios donde el arte se convirtió en una herramienta para la elaboración de relatos de vida, facilitando la expresión de sus memorias, vivencias y subjetividades.

Después haber realizado mis prácticas pedagógicas en IDIPRON e Integración Social, descubrí que ser profesor en estos lugares es un acto verdadera mente político. Concibo la función y misión del docente netamente transformador, porque busca cambiar las realidades de aquellos que participan en una clase, en este caso de artes visuales. Es darle la vuelta al poder y ponerlo del lado de los que nunca lo han tenido, el poder de contar su propia versión, su historia o una parte de ella, desde la creación, la ilustración, que permiten la exploración de nuevos lenguajes. Por medio de estos aprendizajes pude reconocer algunas prácticas artísticas que funcionan en pro de re-significar la experiencia de personas que han vivido en la calle (de las cuales hablaré más adelante). La intención fue, a través de una clase de Artes Visuales, aportar herramientas para su proceso personal, la universidad junto con la pedagogía debe romper los muros e ir a los barrios, a los guetos, a las cárceles a los centros de rehabilitación, entre otros, debe ir a esos lugares que muchos detestan.

Mi interés por investigar la calle y sus habitantes es algo que me ha resonado por mucho tiempo. Cuando tenía 13 o 14 años empecé a trabajar en San Victorino, centro de Bogotá. En aquellos años por este lugar pude identificar y reflexionar sobre esta problemática tan grande como lo es la habitabilidad en calle. En esa época existía un barrio, llamado por sus habitantes como el “Bronx” o “la L”, uno de los lugares más peligrosos de la ciudad, este se encontraba a unas calles, muy cerca de san Victorino, lugar dónde yo trabajaba; desde una ventana en el segundo piso, podía ver el flujo de los habitantes de calle por el lugar, muchos de ellos vivían en el Bronx, se les veía bastante por allí, desde niños hasta ancianos se les veía caminando por el lugar, fluyendo en un vaivén de recuerdos y sentires; con sus cuerpos frágiles flagelados por la noche anterior, muchos con sus vestimentas únicas y extrovertidas para sobrevivir al frío de la noche, producían imágenes casi que surrealistas.

5. Los cimientos.

Por aquellos años, mi mirada desde la ventana comenzó a articularse con otra fuente de observación: el cine. Solía adquirir películas en formato DVD en un lugar específico donde, por encargo, conseguía títulos poco comunes, muchos de ellos pertenecientes al género de cine arte o consideradas de culto, como *La naranja mecánica*, entre otras. Estas películas se convirtieron en una de mis principales fuentes de inspiración, permitiéndome empezar a cuestionar temas relacionados con la vida en la calle y los mecanismos sociales que contribuyen a la invisibilización de quienes la habitan.

Los cimientos que inspiraron este proceso son diversos: películas, documentales, performances, entre otras manifestaciones artísticas que mencionaré a continuación. Estas obras, en su mayoría del cine colombiano, resultan fundamentales porque abordan la violencia urbana desde una perspectiva crítica y situada, visibilizando cómo esta afecta particularmente a las poblaciones del llamado “cuarto mundo”. Lejos de una mirada romantizada o fetichista, estas propuestas ofrecen una lectura sintomática de la violencia, es decir, revelan no solo los hechos visibles, sino las causas estructurales que los sustentan —desigualdad, exclusión, pobreza sistematizada—.

Como plantea Kantaris (2008, pag 458), lo sintomático se opone a lo fetichista: mientras el fetiche busca ocultar o negar el síntoma, estas obras hacen visible aquello que la sociedad tiende a silenciar. En ese sentido, el contenido de estas películas y producciones no solo retrata la violencia urbana, sino que la contextualiza histórica y socialmente, permitiendo una comprensión más profunda del fenómeno de la habitabilidad en calle. Estas miradas, lejos de obedecer a los fines del entretenimiento o el consumo masivo, se constituyen en herramientas de crítica, denuncia y reflexión social. Así, el cine dejó de ser solo una fuente de disfrute personal para convertirse en una plataforma desde la cual empecé a construir una lectura crítica de la ciudad y de las realidades que habitan sus márgenes.

5.1. Película: Buscando a Miguel

Director: Juan Fischer

Año: 2007



Esta película fue bastante relevante dentro de mi proceso porque expuso uno de los mecanismos que emergió y que fue capaz de eliminar a los indeseados, a los otros que ensucian la calle con su sola presencia... la **“limpieza social”**, perpetrada por la **Mano Negra** —sujeto gaseoso e inimputable—, se constituyó como una práctica sistemática de exterminio... (Caldo de Cultivo, 2008) las obras cinematográficas que presento en este apartado se enfocan en la tercera fase urbana de la violencia en Colombia (kantaris, 2008).

Fue una película que cambió mi perspectiva porque muestra esa Bogotá a finales de los 90's tiempos en los que era común que a medicina legal llegaran cientos de cuerpos denominados N,N: del latín: Nomen nescio 'desconozco el nombre' o coloquialmente “No tiene Nombre”, estos cuerpos por lo general eran encontrados sin sus documentos de identificación, muchos de ellos eran habitantes de calle. También hace una crítica a la policía, pues esta entidad contribuía con el exterminio sistemático de esta población conjunto a otros agentes del estado. Otro de los aspectos interesantes de la película, es la forma en que muestra una de tantas razones por las cuales

se puede llegar a vivir en las calles, más allá de las condiciones sociales, económicas o de la misma o auto determinación. Asimismo, expone ese submundo que se vive en la ciudad entorno al consumo y este fenómeno.

5.2. Documental: Infierno o paraíso

Director: German Piffano

Año: 2014



“Infierno o Paraíso” es un documental colombiano dirigido y escrito por Germán Piffano en 2014. La película narra la historia de José Antonio Iglesias, un adicto al bazuco, quien lucha por conquistar sus demonios. Es un documental bastante interesante el cual nos muestra como fue Barrio Santa Inés, “el cartucho” antes de su desalojo, las personas que allí habitaban, pero sobre todo se enfoca en la vida de José Antonio Iglesias en su paso por este lugar y su posterior rehabilitación al consumo de drogas. Esta pieza audiovisual muestra gran parte de lo que fue el barrio en aquellos años y su desalojo; que desencadeno una serie de disturbios a cargo de los habitantes del barrio y los capos del microtráfico defendiendo su lugar de comercio y por supuesto por las familias que vivían allí y que no necesariamente estaban vinculadas al consumo o microtráfico.

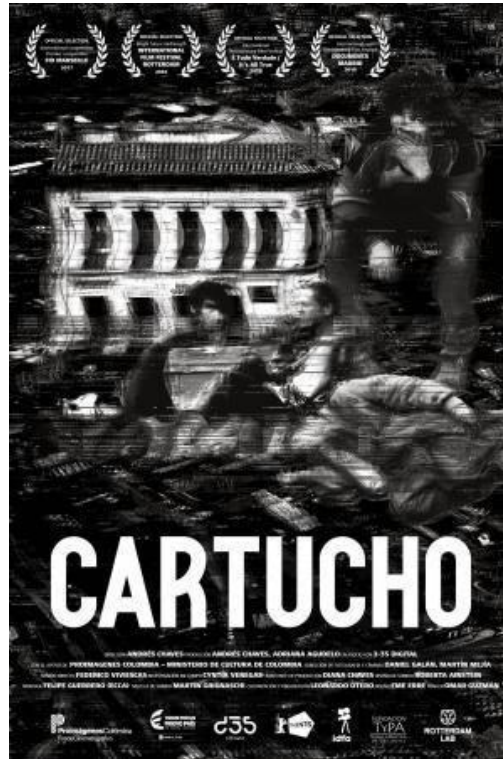
Encontrar material fílmico de lo que fue “el cartucho” y que relaten sobre su historia y todo lo que allí ocurrió es bastante escaso o difícil de conseguir, pareciera que el gobierno, la sociedad y la ciudad misma se ha encargado de dejar en el olvido este barrio, sus habitantes, lo cual resulta de vital importancia para situarnos y repensarnos la ciudad y las dinámicas que la atraviesan. Así mismo el documental es basado en una persona que vivió en

experiencia propia la calle, el personaje principal es capaz de narrar poéticamente dicha anécdota, me sorprendió esa mirada poética que estas personas pueden tener frente a la experiencia de vivir en la calle.

5.3. Documental: El Cartucho

Director: Andrés Chávez

Año: 2017



Yo tenía 18 años cuando fui a ver este documental, recién había terminado el colegio y aún no había entrado a la universidad a estudiar artes visuales. Acercarme a este proyecto audiovisual me motivó explorar este tema e indagar en torno al video documental, realizado con imágenes de archivo. Haber ido al estreno de este documental fue algo bien especial para mí, en especial a esa edad. Me llamó mucho la atención el contenido de este documental, porque fue capaz de traer al presente imágenes en movimiento de lo que fue “el cartucho, un pasado poco conocido en esta ciudad. Considero que el documental tiene un enfoque a hacia la infraestructura, el urbanismo, y el impacto que tuvo el “Cartucho” y su posterior demolición en la ciudad. El documental es realizado con material de archivo fílmico, encontrados por el director como elemento clave en su proceso de su indagación; las imágenes van acompañadas por los relatos de personas que vivieron en “el Cartucho”, antiguos habitantes del barrio.

Dichos relatos fueron realizados en hogares de paso destinados por la alcaldía para personas habitantes de calle, los talleres de escritura creativa son el “guion” del documental, dichos talleres fueron realizados en lugares como Integración Social o IDIPRON. Este documental me llamo mucho la atención la forma en la que se referían al parque Tercer Milenio, esta producción invita a reflexionar sobre su suelo, el lugar en el que fue construido este parque, porque bajo de él reposan millones de historias silenciadas que configuran una atmosfera fría y tétrica en este lugar, como decían los participantes... “el frio de muerto”, de todos los muertos que en paz descansan en el suelo de este lugar que es nuevo en la ciudad pero que no llama la atención. Así mismo devela una sensación colectiva de temor sobre este lugar...pues la gente le teme a este parque, un lugar que casi no es visitado, porque en el habitan millones de historias que intentaron ser apagadas, silenciadas. Las imágenes proponen un ejercicio de contemplación sobre lo que hoy es el Parque Tercer Milenio, planos largos acompañados por las voces de los relatos de personas que vivieron “el Cartucho”, los muertos que perduran, los fantasmas bajo el suelo, es una reflexión sobre la historia urbana que perduran debajo de lo que un día fue “el cartucho”. Sin duda, es uno de mis mayores referentes porque la iniciativa buscaba rescatar memorias con las poblaciones que vivieron allí, a partir de un ejercicio de escritura, sin embargo la oralidad fue una herramienta clave que permitió transmitir las historias estas permitieron construir una narrativa que no dejara de lado las vidas que allí estuvieron, sin embargo, predomina la reflexión hacia resolver el cartucho a partir de una perspectiva urbana, como un evento traumático el cual dejó una cicatriz en la ciudad y en la memoria histórica del centro. Una atmosfera fría y ambigua casi no salen las personas, son voces en off, su contenido es material de archivo que fue intervenido durante su montaje con la intención de transformar la idea de lo que se mostraba con lo que decían las voces.

5.4. Obra de teatro: Prometeo, actos I y II

Mapa teatro

2002-2003

Con este código QR puede ver Prometeo I acto



Con este código QR puede ver Prometeo II acto



Laboratorio, acción performativo e instalación in situ, este proyecto se hace con doce habitantes del barrio durante la demolición de Santa Inés-el Cartucho (Prometeo, I acto) y al final de esta, sobre las ruinas del barrio (Prometeo, II acto). A partir del texto de Heiner Müller, *La liberación de Prometeo*, los relatos de los habitantes se van urdiendo con los hilos fragmentados de las leyendas locales del llamado Cartucho (lo creíble), el recuerdo de sus experiencias (lo memorable) y los sueños personales (lo primitivo). A partir de estos tres dispositivos (la leyenda, el recuerdo y el sueño), cada uno reconstruye su propio fragmento de barrio, construyendo en colectivo una posible arquitectura de la memoria del Cartucho, una huella común entre las ruinas. Tomado de: Banrepcultura la red cultural del Banco de la república- Prometeo II acto FernandoCruz, 2022

Mapa teatro es uno de los referentes más influyentes en este camino, porque trabajó personas que habitaron la calle, en especial personas que vivieron en el Cartucho. Tras conocer todo lo que fue Prometeo 1 y 2 acto me quedo resonando el elemento del fuego como es interpretado en esta adaptación del texto de Heiner Müller, *La liberación de Prometeo*. La propuesta de abordar de mapa teatro surge para despedir el barrio cartucho, a inicios del año 2000 posterior a su desalojo y demolición. Una despedida simbólica realizada por los habitantes del barrio, una propuesta interdisciplinar que involucraba la fotografía, el video mapping, el performance, la poesía y toda una apuesta escénica que le dio al momento un aura de funeral, de despedida, no solo del barrio sino de todas las vidas que llegaron a parar allí.

Algunas de las sesiones que lleve a cabo en IDIPRON Oasis, fueron encaminadas a buscar que significa el fuego para las personas que viven en la calle, en especial quienes son adictos al bazuco. Pensar sobre el fuego en las calles, lo que significa tenerlo y no tenerlo, aquello que representa una caja de fósforos, me interesó investigar el significado que tiene para esta población. El resultado de estas actividades iba desde escritos hasta dibujos, los cuales permitían generar nuevas narrativas que dieron cuenta de sus experiencias. Así mismo, esta propuesta me permitió establecer la relación entre el mito de Prometo y los habitantes de calle, de cómo estos últimos encarnan en sus vidas propias este mito. La propuesta permitió reconstruir el barrio a partir de los relatos de las memorias de los participantes, esto me parece muy importante porque fue un ejercicio que le dio participación y visibilización a estas personas del barrio, con esto quiero resaltar la importancia reconocer las experiencias de las personas que vivieron este mundo.

5.5. Colectivo: CALDODECULTIVO

Obra escultórica: El busto de Comanche

Año: 2015



Ver más sobre CALDODECULTIVO

CaldoDeCultivo es un colectivo integrado por Unai Reglero y Gabriela Córdoba. Frente a la experiencia totalitaria y totalizadora de la ciudad consumo, el colectivo propone pensar lo urbano como espacio necesariamente conflictivo y contradictorio, como terreno de lucha política y creación poética, como temporalidad para la construcción de lo común, como lugar para la creatividad insurgente y la resistencia. Así, sabiéndose huéspedes (hospedadores y hospedados) de un mundo que vomita sin pudor miseria, mutismo y conformidad, buscan poner en práctica una estética y una política bacteriana: microorganismos ubicuos que actúan contra el consenso, y discursos infecciosos que pervierten un destino que nos presentan como natural. Gracias a este colectivo conocí a Comanche, líder del cartucho, un personaje fundamental en la historia del Santa Inés y referente político para población habitante de calle, pues este llegó a ser vocero de esta población frente al senado colombiano. Gracias a su trabajo por los derechos de su población y la defensa de su barrio, transformo institucionalmente el término de “gamín” o “desechable” por habitante de calle.

Los bustos usualmente son construidos en memoria de personas adineradas o con gran poder político, eso es lo interesante de este colectivo, logró darle la vuelta al poder, fueron capaces de reivindicar la memoria de Comanche entorno a su activismo político por la defensa de la vida y de la autodeterminación para esta población en la ciudad, pues durante esos años diferentes agentes en compañía del estado trabajaron para desaparecerlos de las calles. Comanche decía: “la mugre es nuestra única arma y aun así nos siguen matando”, esa idea me pareció muy poderosa, pensar en la mugre, en la suciedad, como un arma que los mantiene a salvo, alejados del resto de la sociedad “normal”.

5.6. Libro: Un lugar llamado: El cartucho

Autor: Ingrid Morris / Instituto Distrital de Patrimonio Cultural.

Año: 2011



El espacio que actualmente ocupa el Parque Tercer Milenio –lugar icónico del centro de la ciudad debido al cambio urbanístico y de ordenamiento que ha representado desde su inauguración en la década de los 90 – puede dar cuenta de la azarosa dinámica de nuestra urbe desde los orígenes fundacionales de la ciudad hasta nuestros días. Marcado por la historia del barrio Santa Inés, este lugar de Bogotá puede relatar épocas de violencia que sufría el país y de toda suerte de situaciones marginales e informales derivadas del conflicto social, como parte de las múltiples narraciones que existen para contar las historias que cotidianamente constituyen el sentido de nuestra capital, se encuentran la acción de la memoria como medio para evidenciar las relaciones que se tejen entre los cambios urbanísticos, espaciales y sociales de los lugares que habitamos. En el caso de ‘El Cartucho’, como antecesor espacial y vivencial del Parque Tercer Milenio, se revelan las raíces históricas, sensibles y muchas veces dolorosa del devenir de este lugar, que hoy resultan necesarias relatar para no olvidar la importancia de dar continuidad a la construcción colectiva.

5.7. Libro El Cartucho: de barrio Santa Inés al callejón de la muerte

Autor: Secretaría de integración Social

Año: 2010



Un recorrido por la historia de El Cartucho, de sus habitantes, su reconstrucción, miles de personas que por diferentes circunstancias dejaron su vida en este emblemático sector de la ciudad, así como los nuevos proyectos de vida que de allí surgieron, es lo que recoge la publicación que la Secretaría Distrital de Integración Social le entregó el 24 de noviembre, a la ciudad y a muchos de los que algún día habitaron esta zona que, para la mayoría, fue la más temida de Bogotá.

El libro "El Cartucho: de barrio Santa Inés al callejón de la muerte"; es un texto que pretende recrear desde una narración diferente y amena, la vida y suerte de una zona que arquitectónica y socialmente resultó siendo muy representativa, pero a la vez expresión del deterioro urbano. Investigación, historias, personajes y fotos, se combinan en un material editorialmente de calidad, que le brindan al lector la posibilidad de conocer o repasar el rico y trágico devenir de este sector de nuestra ciudad. Con esta publicación de 134 páginas, realizada a partir del taller para hacer memoria del servicio de hogares de paso, la Secretaría de Integración Social, pretende contribuir al ejercicio de memoria urbana y aproximarse desde la historia de la ciudad al fenómeno de la habitabilidad en calle.

6. El cuarto mundo

Este “cuarto mundo” no es una anomalía ni un error del sistema; por el contrario, es un resultado inevitable y funcional dentro de la lógica del modelo socioeconómico contemporáneo. Está compuesto por personas sin hogar, marginadas, criminalizadas, estigmatizadas, prostituidas, brutalizadas, enfermas y privadas del acceso a la educación. Son vidas empujadas a los márgenes por un sistema que las considera prescindibles, pero cuya exclusión sostiene, paradójicamente, el equilibrio del orden social vigente, excluidas no solo en términos económicos, sino también en los planos simbólicos y políticos de esta sociedad “moderna”. A lo largo del tiempo, este modelo ha evolucionado con la aparición de nuevos órdenes de organización y control social. Mientras algunos sectores se enriquecen, otros son empujados a una pobreza cada vez más profunda. Este sistema, que se presenta como progreso y modernidad —tanto en Bogotá como a nivel global— trae consigo transformaciones estructurales que condicionan radicalmente la vida de quienes quedan fuera de sus márgenes funcionales.

En el cuarto mundo habita lo excluido, lo “erróneo” según la lógica hegemónica: aquello que debe ser ocultado, silenciado, eliminado. Es el mundo de lo desechado, de lo que incomoda a la mirada pública. Allí se sitúan las vidas soterradas del *underground* urbano: los guetos, las “ollas”, los barrios vulnerables de América Latina, especialmente de ciudades como Bogotá. Son territorios estigmatizados, pero profundamente simbólicos, donde la exclusión no es solo material, sino también cultural, histórica y afectiva. En este contexto, el sistema contemporáneo no solo margina a estas poblaciones, sino que configura activamente las condiciones que hacen posible —y necesario para su funcionamiento— ese cuarto mundo. Las dinámicas sociales que se despliegan en las calles son el resultado de un modelo que produce y reproduce desigualdad. Tal como lo plantea Geoffrey Kantaris:

Hay una relación sistémica entre las transformaciones estructurales [...]de la “sociedad de las redes ” y el creciente abandono en el que cae el gueto; la constitución de una economía informacional/global, bajo las condiciones de la re-estructuración capitalista; la crisis del estado-nación [...];la desaparición de la familia patriarcal[...];el auge de una economía criminal, global pero descentralizada [...];y el proceso de enajenación política, y defensa comunal, entre los grandes segmentos de la población que son pobres y se sienten privados de representación.[...]El cuarto mundo [...] está poblado de millones de gente sin hogar, encarcelada, prostituida, criminalizada, brutalizada, estigmatizada, enferma y analfabeta [...]a medida que los criterios selectivos del capitalismo informacional y el colapso político del estado de bienestar intensifican la exclusión social. En el actual contexto histórico, el crecimiento del cuarto mundo es inseparable del crecimiento del capitalismo informacional a nivel global. (EndofMillennium138, 164-65 [traducción de Kantaris~~ (Kantaris, Abril-Junio 2008, pag 457)

En este contexto, el sistema contemporáneo no solo margina a ciertas poblaciones: construye activamente las condiciones que hacen posible —y funcional— la existencia del cuarto mundo. Las dinámicas sociales que

emergen en las calles no son anomalías ni fallas del sistema, sino consecuencias previsibles de un modelo que produce y reproduce desigualdades estructurales. Como señala Geoffrey Kantaris, estas formas de exclusión están íntimamente ligadas a los procesos de reestructuración del capitalismo global, que despojan, criminalizan y silencian a quienes no encajan en sus lógicas de productividad y control. Así, el sistema capitalista moderno establece las relaciones de poder y exclusión que definen la vida en la calle. Aunque algunas personas adoptan la calle como una forma de autodeterminación o estilo de vida, lo cierto es que existe una estructura que promueve y sostiene el fenómeno de la habitabilidad en calle. El “creciente abandono en que cae el gueto”, como lo denomina Kantaris, no es un accidente. El desalojo de sectores como “El Cartucho” o “el Bronx” no resolvió las problemáticas allí concentradas, sino que las dispersó por otros territorios vulnerables de la ciudad, perpetuando un ciclo de desplazamiento y olvido.

En este cuarto mundo predomina una economía informal y del hampa⁷, que florece en el centro de Bogotá. Entre recicladores que recorren la ciudad con sus carretas, ventas informales, mercado de las pulgas y expendios de droga, se configura una economía alternativa, de subsistencia, que no sigue las reglas del mercado formal pero que sostiene a miles de personas excluidas del sistema. A partir del concepto de "sociedad de las redes" de Manuel Castells, es posible entender cómo estas interconexiones tecnológicas y económicas traspasan fronteras y consolidan el poder de unos pocos, mientras dejan fuera a amplios sectores sociales: los barrios marginados, los guetos, las calles deterioradas, que se degradan tanto estructural como socialmente.

En este universo colapsan instituciones tradicionales como la familia patriarcal y el estado de bienestar, y se diluye la representación política de los sectores más pobres. En su lugar, emergen economías paralelas — globalizadas, pero sin regulación— que permiten la supervivencia, pero también refuerzan el ciclo de estigmatización, criminalización y exclusión. Estas nuevas formas de organización social son respuestas a la carencia, pero también síntomas de un sistema que ha dejado de incluir a millones en su promesa de progreso.

Sobre este mundo y las vidas que lo habitan, se habla poco, se conoce menos y, aparentemente, poco importan. O al menos, eso es lo que el sistema quiere hacer creer. La criminalización de la pobreza se intensifica a diario, mientras que los migrantes pobres son perseguidos y estigmatizados. El discurso hegemónico insiste en que los únicos ciudadanos “válidos” son aquellos con la vida resuelta: propietarios de bienes, productivos y funcionales al modelo. Pero vivir en la calle no convierte a nadie en criminal.

En conclusión, el avance del capitalismo informacional no solo genera riqueza para unos pocos, sino que profundiza la pobreza, el abandono y la exclusión para millones. El cuarto mundo no es un residuo del sistema, sino una consecuencia directa e inseparable de su funcionamiento. Esta realidad evidencia que el progreso, cuando no está acompañado de justicia social, genera nuevas formas de marginación: más sofisticadas, más

⁷Conjunto de delincuentes, especialmente aquellos organizados en bandas con normas de conducta propias, que formaban una especie de sociedad. Estos cometían robos y otros delitos, y utilizaban un lenguaje característico conocido como jergonza o germanía. Definición tomada de REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: *Diccionario de la lengua española*, 23.^a ed., [versión 23.8 en línea]. <<https://dle.rae.es>> [24 01 2025].

duraderas y, lamentablemente, más naturalizadas. Observar la ciudad desde la perspectiva del cuarto mundo permite revelar las conexiones profundas entre el sistema político, el modelo económico, el narcotráfico, la violencia estructural y la exclusión social. Todos estos elementos se entrelazan en un complejo tejido de conflicto que comenzó a gestarse desde El Bogotazo y que aún hoy define buena parte del paisaje urbano y humano de la ciudad.

6.1. Los Orígenes del Cartucho como Herida Urbana.

Comprender el barrio El Cartucho dentro de esta propuesta permite profundizar en el fenómeno de la habitabilidad en calle, al tiempo que busca recuperar su memoria como un lugar que no solo fue borrado físicamente, sino también simbólicamente del imaginario colectivo de la ciudad. Mi intención es precisamente resistir ese olvido impuesto, traer de vuelta un territorio que, aunque marcado por el dolor y la exclusión, forma parte esencial de nuestra historia urbana. El Cartucho no fue una anomalía: fue una expresión visible de problemáticas estructurales que aún persisten y que hoy se replican en otros contextos del país. La metáfora de la “herida urbana” permite reflexionar sobre las marcas profundas que deja la violencia —económica, política y social— en el cuerpo de la ciudad y de quienes la habitan, recordándonos que el desalojo de El Cartucho no fue una solución, sino el traslado del problema a nuevos márgenes.

6.1.1. El bogotazo: origen de la violencia.

Creer en Bogotá está ligado a los escombros de los sucesos ocurridos el 9 de abril de 1948, conocido como: "el Bogotazo", tras el magnicidio de Jorge Eliecer Gaitán. Este evento fue crucial en la historia de Colombia, ya que explica el surgimiento de dinámicas de violencia en ciudades y campos, así como la persistencia de tensiones políticas a lo largo del tiempo:

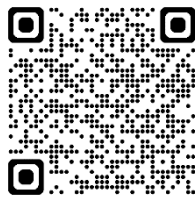
En tal esquema, la Violencia “original” sería la que se da en torno a los sucesos de 1948, el llamado Bogotazo. La segunda Violencia sería la violencia 62 Ciudad y violencia una aproximación desde la cinematografía colombiana rural asociada con el auge de las facciones guerrilleras y la respuesta paramilitar, que se desata a partir de los sesenta y que es responsable en gran medida de las migraciones masivas de la población rural hacia los llamados “barrios de invasión” –nombre fantasmal de miedos indefinidos– en las tres capitales regionales, Bogotá, Medellín y Cali, y también en muchas ciudades más pequeñas. La tercera Violencia denominaría la violencia urbana ocasionada por el desempleo y pobreza de estas poblaciones marginales en las grandes ciudades, vinculada al auge de las mafias de la droga en Medellín y Cali desde mitades de los ochenta, que se aprovechan brutalmente de esta mano de obra barata.” (Kantaris, 2008, pág 455)

Entender la violencia en Colombia implica reconocerla como una constante cambiante que ha influido en numerosas transformaciones del país. Esta violencia no se manifiesta por etapas, “olas” o temporadas definidas, sino que permanece de manera continua, intensificándose en ciertos periodos. La presente propuesta busca

visibilizar otras formas en las que la violencia se manifiesta y es representada. En particular, me interesa enfatizar lo que se ha denominado la “tercera violencia” o “violencia urbana”, debido al impacto que ha tenido sobre la población habitante de calle y otros sectores ciudadanos, evidenciado en fenómenos como el desempleo, la pobreza y el consumo de drogas. .Las migraciones masivas hacia los centros de las grandes ciudades surgieron a raíz del conflicto en los campos y las veredas, dando lugar a una población errante cuyo camino no se detuvo al llegar a Bogotá. Para muchas personas, el recorrido no tuvo un final claro, pues se encontraron con una ciudad inmensa, repleta de calles y antiguas casonas deshabitadas en su centro. Estas migraciones dieron origen a barrios populares que, con el tiempo, se transformaron en zonas marginales. Dichos espacios terminaron por representar el miedo y la inseguridad que, con el paso de los años, se asociarían a la vida urbana.

Las dinámicas de violencia que más afectaron y que han alimentado el fenómeno de la habitabilidad en calle son:

- La división y re-organización de la ciudad; afectan a sus habitantes, definiendo quiénes pueden estar en ciertos lugares y quiénes no.
 - La desconfianza entre ciudadanos a causa del conflicto bipartidista que emergió en esta época
 - El incremento de lugares marginales, destinados para cierto tipo de clase social.
- “Marginalidad es el lugar de la basura” (El ZEBRA- La etnia, criminología 1999)



Con este QR puede escuchar La etnia, criminología 1999

Más allá de los escombros dejados en las calles por la destrucción de las infraestructuras a manos de multitudes violentas que arrasaban todo a su paso, al hablar de habitar el escombros, me refiero a los fenómenos, costumbres y tradiciones vinculados a la violencia urbana que han persistido desde ese momento en la historia de Colombia y su sociedad. Estos escombros marcaron considerablemente la población bogotana, dando origen a una de las comunidades más grandes, pero de las menos escuchadas.

El desplazamiento interno es una de estas secuelas, estos escombros resultantes de la violencia urbana. La cual emergió en el país durante este periodo, esto aún sigue siendo un fenómeno que ayuda a comprender el fenómeno de la habitabilidad en calle, según los relatos de los diarios de la época a partir del 9 de abril, el centro de Bogotá queda desolado, especialmente el antiguo Barrio Santa Inés:

El caso del barrio Santa Inés, ubicado a pocas cuadras de la Plaza de Bolívar, que otrora fuera sitio de residencia de lo más granado de la clase alta de Bogotá. Después de El Bogotazo, el barrio experimentó un serio deterioro, dado que los residentes se trasladaron a los nuevos barrios del norte de la ciudad y en su lugar se pobló de desplazados por la violencia y personas que buscaban oportunidades para vivir mediante el comercio de materiales y envases reciclados. En un período muy corto, el deterioro urbano se hizo evidente. Las condiciones de absoluta precariedad de estas familias hicieron que su cohesión se debilitara y los hijos e hijas, incorporadas a la actividad laboral familiar, fueron naturalizando su permanencia en la calle. (Secretaría de Integración Social, 2015, Pag 15)

A tan solo unas pocas calles de la Casa de Nariño, residencia del presidente de la República, existía un lugar marcado por el abandono y la exclusión: El Cartucho. Allí llegaban quienes habían sido despojados por la violencia, víctimas del conflicto armado, del desplazamiento y del olvido institucional. En medio de un territorio desolado, lograron habitarlo con sus cuerpos, pensamientos e historias. El Cartucho se convirtió en un espacio clave en la configuración de una “cultura de la calle”, donde el dolor, la resistencia y la marginalidad se entretejían cotidianamente. El deterioro físico del barrio y las historias personales de quienes lo habitaban se amalgamaban para crear un ambiente hostil, marcado por la tristeza, la violencia y la desesperanza. Era un lugar donde se encarnaban las heridas del país: jóvenes perdidos en el consumo, familias rotas, huellas del narcotráfico y del conflicto armado. Una población que se descomponía en el corazón de la ciudad, ignorada por el Estado, estigmatizada por los medios y expulsada de toda posibilidad de representación política.

Frente al abandono estatal, muchas de estas personas optaron por formas de resistencia comunal y organización autogestionada. En las ruinas del antiguo barrio Santa Inés, habitaron casonas derruidas y construyeron una vida posible en medio de la precariedad. Sin embargo, con el paso del tiempo, estas formas de resistencia cayeron en el aislamiento y la despolitización, reforzando aún más su exclusión.

6.1.2. Sobre el Cartucho y la comunidad recicladora



La Fotografía es de mi autoría, de Jhon Cuenca – 2021---Tomadas con una cámara Go pro2- fragmento de un video, ensayo visual.

En este escenario —en el llamado cuarto mundo— desaparece la familia patriarcal como estructura de referencia. Se desdibujan los valores morales tradicionales y las normas de convivencia se sustituyen por códigos de supervivencia. Los sujetos que habitan este mundo no se rigen por las reglas de la sociedad hegemónica, sino por la lógica dura e implacable de la calle. Adaptarse se convierte en la única forma posible de resistir. Aquí empecé a cuestionarme sobre las vidas de aquellas personas que habitan en sus carretas. A través de la fotografía, comencé a construir una mirada más sensible y crítica hacia realidades que suelen ser ignoradas o estigmatizadas. Hace algunos años, solía recorrer la ciudad observándola desde la ventana del transporte público, siempre acompañado de mi cámara GoPro —una herramienta discreta, fácil de ocultar, perfecta para registrar sin llamar la atención. En esos trayectos diarios, desde mi casa hacia el centro de Bogotá, comencé a observar con atención las llamadas “casas andantes”: las carretas que empujan los recicladores por las calles, cargando no solo materiales reutilizables, sino también fragmentos de vida, memorias, historias que rara vez son escuchadas.

Considero importante detenerme en este detalle, porque esas carretas, comúnmente percibidas como simples depósitos de basura, son en realidad refugios móviles. En ellas se resguardan objetos, sí, pero también vivencias marcadas por el despojo, el desplazamiento forzado y la exclusión sistemática. Cada carreta es la extensión de un cuerpo que ha sido empujado a los márgenes; cada rueda que gira arrastra consigo una trayectoria compleja, moldeada por factores históricos, sociales, económicos y políticos. Por eso, la condición de habitante de calle no puede reducirse a decisiones individuales ni a simples circunstancias personales: es el síntoma visible de un sistema que margina, expulsa y olvida.

Ser habitante de calle no es una elección libre ni una consecuencia inevitable; es una forma de existencia forzada por estructuras que fallan. Bogotá, ciudad fría, caótica y profundamente desigual, se ha convertido en un territorio de tránsito, refugio y desarraigo. Es el Cáucaso urbano donde convergen migrantes, desplazados, refugiados del conflicto, excluidos del sistema económico. Personas que llegan desde todos los rincones del país buscando una oportunidad, un plato de comida, una manera de resistir al paso de los días.

En medio del bullicio, del afán cotidiano y de la indiferencia social, estas personas empujan sus carretas cargadas de vidas invisibles. Las ruedas de sus casas andantes no solo transportan desechos: llevan consigo testimonios, duelos, resistencias. Son hogares itinerantes que transitan las fronteras del olvido, recordándonos que cada objeto recogido es también una historia rescatada del abandono. A través de la fotografía y la observación cotidiana, aprendí que en las calles de Bogotá existen narrativas que resisten al olvido, que desafían el estigma y que reclaman ser vistas desde una mirada más humana y comprometida. Las casas andantes no solo transportan materiales reciclables; son vehículos de memoria, de exclusión y también de dignidad. Detrás de cada carreta hay una historia que el sistema ha preferido ignorar, pero que, al ser capturada por una lente atenta, adquiere visibilidad y valor.

Este trabajo no es solo un ejercicio documental, sino un acto político: el de poner en primer plano aquello que ha sido empujado a los márgenes. Entender que ser habitante de calle no es un destino elegido, sino una consecuencia de estructuras desiguales nos obliga a cuestionar las formas en que como sociedad nombramos, representamos y tratamos a quienes viven en condiciones de vulnerabilidad. Mi intención, entonces, es que estas imágenes y reflexiones inviten a mirar de otra manera. A reconocer que, en medio de la dureza urbana, existen formas de vida que, aunque marcadas por el despojo, también expresan una enorme fuerza de resistencia. Porque cada carreta es también una metáfora de lucha: avanza, aunque todo a su alrededor intente detenerla.

Como se señalaba en páginas anteriores, “el barrio Santa Inés experimentó un serio deterioro, dado que los residentes se trasladaron a los nuevos barrios del norte de la ciudad, y en su lugar se pobló de desplazados por la violencia y personas que buscaban oportunidades para vivir **mediante el comercio de materiales y envases reciclados**” (Secretaría de Integración Social, 2015, pag 16); esta afirmación me llevó a descubrir que gran parte de la comunidad recicladora de Bogotá nació y creció en El Cartucho, estableciendo una conexión íntima entre la vida en la calle y el reciclaje. Ambos mundos comparten un mismo destino: vivir de lo que otros desechan. El Cartucho no solo era un espacio físico, sino un territorio simbólico donde confluían todos los residuos — materiales y humanos— que el sistema no supo o no quiso integrar. Era, en muchos sentidos, el basurero de una sociedad que ocultaba sus propios despojos mientras se esforzaba por avanzar sobre sus escombros. Como bien señala Geoffrey Kantaris (2008, pág 455), “la violencia es lo que destruye el espacio”; y El Cartucho era, precisamente, un espacio arrasado por la violencia: urbana, económica, política y simbólica.

El reciclaje como fuente de sustento económico forma parte esencial del cuarto mundo. Aunque en años recientes se han hecho esfuerzos por formalizar este trabajo, su historia revela un prolongado abandono por parte del estado, pese a que este gremio cumple un papel fundamental en la sostenibilidad y la transformación ambiental. Lo que fuera del cuarto mundo suele ser visto como simple “basura”, en sus márgenes se transforma en mercancía, en fuente de ingreso, en posibilidad de vida. El reciclaje, en este contexto, no solo es una estrategia de supervivencia, sino también una forma de resistencia económica frente a un sistema que históricamente ha excluido a quienes lo ejercen.

El barrio Santa Inés, uno de los sectores coloniales más antiguos y fundacionales de Bogotá, fue transformándose en un territorio profundamente empobrecido, con prácticas sociales marcadas por la necesidad. De allí nació una “cultura de la calle”, un lugar donde las personas se organizaban según sus propias lógicas para sobrevivir. No obstante, el contexto histórico de aquellos años —marcado por el conflicto armado y el narcotráfico— contribuyó al deterioro del tejido social, dejando una huella visible en las calles del Cartucho.

Para finales de los sesenta y principios de los setenta, Santa Inés ya empezaba a ser un lugar estigmatizado por el consumo y expendio de drogas. Por la pobreza, la descomposición social y la falta de presencia institucional, este lugar se había convertido en el eje de dicha actividad en la ciudad. Las pandillas instaladas en el sector usaron sus armas para instaurar el terror; cuando se

hacía necesario mataban a los dueños de las casas y a sus familias. De esa manera, se apropiaron del sector; que ya hacía varios años se llamaba La Calle del Cartucho. Cuando "Los Santandereanos", liderados por los Ariza y los Arguello, llegaron con el bazuco al Santa Inés, era en esos "cartuchos" en donde sacaban la droga y luego expendían en tubitos de vidrio de los que se usaban para la anestesia dental. El Cartucho, empezó a ser invadido por traficantes de droga, de armas, Habitantes de Calle, prostitutas y delincuentes que lo convirtieron en uno de los barrios más difíciles de la ciudad. (Secretaría de Integración Social, 2015, página 21)

La llegada del bazuco al Cartucho marcó un punto de quiebre determinante para una población ya de por sí desprotegida. Esta droga profundizó la decadencia del barrio y afectó gravemente a quienes lo habitaban, rompiendo los frágiles lazos sociales que aún persistían. Sin embargo, más allá del deterioro, el Cartucho también fue un lugar donde muchas familias se arraigaron y construyeron una forma particular de vida, adaptada a sus condiciones y necesidades de subsistencia. Fue, por momentos, un espacio habitado y habitado con sentido.

Con el reordenamiento social impulsado por los procesos de exclusión urbana, el bazuco se convirtió en un elemento central dentro del fenómeno de la habitabilidad en calle. Su consumo, altamente adictivo y destructivo, pasó a ser una de las principales causas que empujan a las personas a vivir en la calle. Paradójicamente, esta sustancia —que en sus orígenes fue elaborada y consumida por sectores acomodados de la sociedad bogotana— terminó arraigándose en los márgenes más empobrecidos de la ciudad, afectando de forma desproporcionada a las poblaciones más excluidas.

Del corazón de este antiguo barrio emergió una organización de lo ilegal: el mundo del hampa, regido por la ley del más fuerte, del más vivo, donde la violencia parecía ser parte natural del entorno. Las armas y las bandas organizadas se convirtieron en elementos cotidianos, y fueron precisamente estas dinámicas las que la administración distrital —durante el primer mandato de Enrique Peñalosa— utilizó como argumento para justificar la desaparición del barrio y, con él, el desalojo forzado de quienes allí habitaban.

El cartucho fue vital para que emergiera una “cultura de la calle”, allí se determinaron una serie de códigos, tradiciones y actividades que configuraron el lenguaje de la calle.

Por ejemplo:

Los “ganchos”, fue un término que se utilizó para referirse a las bandas que tenían control en las diferentes calles del Cartucho quienes por años se han disputado este territorio de generación en generación, es así como emergieron formas de representación callejeras específicas de este lugar y determinantes para quienes lo habitaron, este también fue el apelativo que empezó a tener la papeleta de bazuco cuando empezaron a venir envueltas en una especie de gancho o pinza; por lo tanto, las diferentes calidades o producidos por los diferentes Jíbaros o Caciques, llevaban siempre primero la palabra Gancho y después el color que distinguía el Jibaro. (Secretaría de Integración Social, 2015)

Este lenguaje, como muchas otras prácticas del Cartucho, dejó una huella que trascendió el espacio físico. Más tarde, el término “gancho” fue retomado en “el Bronx”, otro enclave de marginalidad urbana. Esta continuidad

evidencia cómo el Cartucho no desapareció por completo: dejó escombros, memorias, herencias y prácticas que aún hoy se reproducen, ya no en un solo lugar, sino dispersas en distintos barrios, incluso en las periferias.

Este lugar fue uno de los barrios más notorios en el centro de la ciudad, en pleno corazón del comercio bogotano; si bien era el hogar de drogadictos, mendigos y ladrones, allí también vivían recicladores, obreros, vendedores informales, zapateros, latoneros, mecánicos y otros oficios populares de Colombia, estos encontraban en el Cartucho una vida más llevadera, más económica, un lugar donde lograban vivir de forma sustentable, las grandes casonas se convirtieron en inquilinatos⁸.

En conclusión, el Cartucho no fue solo un espacio de marginalidad urbana, sino también un territorio con una compleja estructura social y cultural que dejó una huella profunda en la historia de Bogotá. Términos como “gancho” no solo aluden a dinámicas delictivas o de consumo, sino que también revelan formas de organización, lenguajes propios y resistencias simbólicas construidas desde la exclusión. Aunque el barrio fue desmantelado físicamente, sus prácticas, códigos y memorias siguen vivas en otros sectores de la ciudad, revelando cómo ciertas formas de habitar, resistir y nombrar el mundo persisten incluso en medio del despojo. El Cartucho, más que un lugar, se convirtió en una forma de entender las lógicas de la calle, de lo desechado y de quienes, desde los márgenes, siguen buscando formas de subsistir y narrar sus vidas. A medida que avanzaba la investigación, sentí la necesidad de trazar y organizar el conocimiento que iba adquiriendo sobre el tema. Ver el mundo a través del boceto, de las líneas y direcciones, me permitió identificar relaciones entre los lugares del centro de la ciudad y los temas e ideas que surgían, tanto desde mi propia reflexión como desde los textos y materiales audiovisuales que iba encontrando.

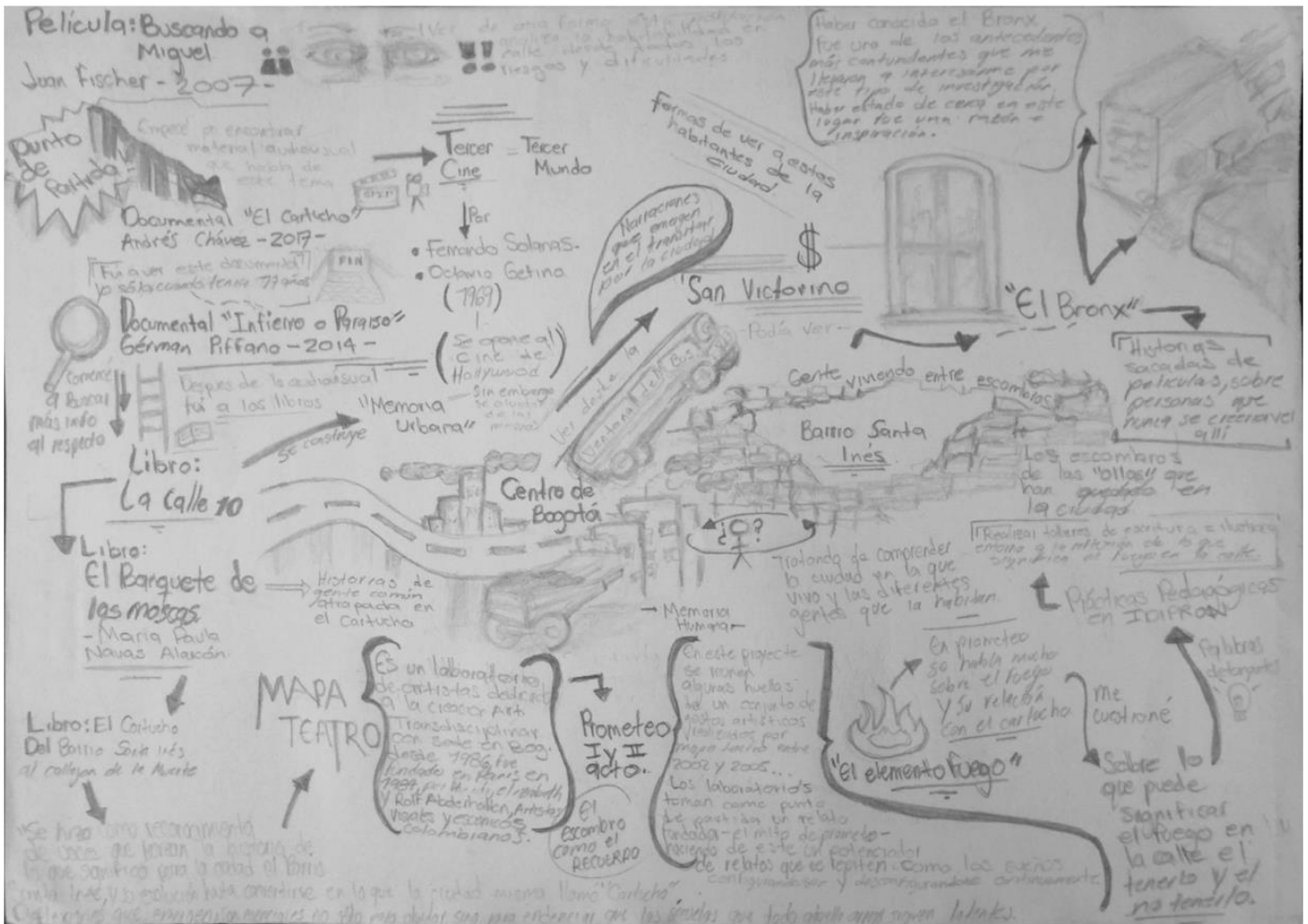
Este proceso también fue una forma de entenderme a mí mismo, de encontrar conexiones significativas. Descubrí que la lectura a través de la ventana no solo la realizaba desde el lugar donde trabajaba, sino también durante los recorridos diarios por la ciudad. Así construí una lectura más amplia del entorno urbano. Al tomar un bus hacia el centro de la ciudad, y observar por la ventana, veía los escombros de barrios demolidos en nombre de la renovación urbana. Esa imagen me hizo pensar en las llamadas “ollas” que, tras su destrucción, no dejan más que ruinas físicas y profundas secuelas sociales

Una cosa lleva a la otra, como si cada acción tuviera su consecuencia. La imagen que sigue es una cartografía que representa el proceso de encuentro con los temas, la información y la manera en que fui comprendiendo todo en relación con el entorno. Estos hallazgos me permitieron trazar una ruta de trabajo alrededor de mis exploraciones investigativas. Gracias a ello, pude establecer relaciones entre mis intereses personales y los

⁸ Los inquilinatos son una forma de habitar tradicional e histórica de Bogotá, colectiva, temporal e informal (Ocampo Ríos 2013, 36). Distintas personas viven bajo un mismo techo, donde cuentan únicamente con su habitación, ya que comparten baño y cocina entre aproximadamente diez personas. El pago es diario y la duración de permanencia varía: puede ser algo transitorio pero muchas veces se vuelve permanente. Estos inmuebles son un negocio informal (89) y los administra una persona que cobra por el cuarto subarrendado (Coupé 2018). Los inquilinos —muchas veces familias enteras— adquieren el derecho a usar el inmueble, pero sin seguridad de tenencia (Ocampo Ríos 2013, 70 y 149). *Los inquilinatos en Bogotá: desde la problemática socioespacial hasta una propuesta arquitectónica habitacional* - Abello, V. Aldana y Kuehler, M— 21/nov/2021

referentes artísticos y teóricos que abordan el tema de la habitabilidad en calle, tomando como punto de partida el desaparecido barrio Santa Inés, más conocido como “el Cartucho”.

CARTOGRAFIAR EL DOLOR: Los orígenes del Cartucho como herida urbana



La foto de arriba es de mi autoría: Jhonn Cuenca – 2021 Capturadas con la cámara de un celular Samsung A1
 Los escombros del Cartucho vistos desde el cielo (2003) [reportaje desde helicóptero]. NyU Libraries
<https://sites.dlib.nyu.edu/hidv1/xsj3v03m>

7. Escenarios de práctica pedagógica.

Mi interés por trabajar con población habitante de calle surgió desde temprana edad, al comprender el contexto que me rodeaba. Por ello, al momento de elegir mis espacios de práctica como estudiante de la Universidad Pedagógica Nacional, opté por trabajar en lugares donde participará población vulnerable, en especial habitantes de calle.

Esta propuesta se desarrolló a partir de mis prácticas pedagógicas en dos instituciones con enfoques distintos de atención a esta población, en las que estuve durante dos semestres. Estos espacios son clave para entender lo que expondré a continuación, por lo que es importante precisar cuáles fueron, ya que a lo largo del documento haré referencia a ellos y a momentos significativos ocurridos durante las sesiones más relevantes del proceso.

7.1. IDIPRON oasis – Hogar de paso para habitantes de calle

El primer nivel de práctica, lo realicé en IDIPRON Oasis, un hogar de paso y descanso destinado a los habitantes de calle que se encuentran en diversos puntos de Bogotá. IDIPRON Oasis fue fundado por el padre Javier de Nicolás, un sacerdote salesiano nacido en Italia y naturalizado colombiano; este lugar surge como una respuesta a la emergencia sanitaria derivada al desalojo y posterior destrucción del barrio Cartucho. En sus inicios, la institución se centró en ofrecer atención a niños y jóvenes en situación de calle. Actualmente, se encuentra la localidad de Puente Aranda, en la Calle 10a #45-09, Bogotá y atiende a adultos jóvenes, entre los 18 y 28 años. Los habitantes de IDIPRON - Oasis son personas con características únicas, cada una con una historia diferente. Sin embargo, comparten ciertos rasgos comunes, como el consumo de drogas fuertes, especialmente el bazuco⁹, y el haber vivido en la calle. Aunque existen otros aspectos en común que podría mencionar, son estos dos los que me resultan más relevantes para investigar. Muchas de las personas que viven allí son jóvenes, casi de mi misma edad, a quienes la vida les ha presentado dificultades. Tuve la oportunidad de conocer las experiencias de varios de ellos, muchas de las cuales son profundamente traumáticas. La mayoría provienen de diversas regiones de Colombia, este hogar también les permite el acceso a los servicios a personas extranjeras que, por diversas circunstancias, repercuten viviendo en las calles de la capital.

Este ciclo de prácticas me permitió descubrir tanto aspectos positivos como negativos, como suele ocurrir en muchas experiencias de la vida. Sin embargo, fue una oportunidad para abrir los ojos y comprender las diversas problemáticas que ha enfrentado el país, así como las dificultades que sus habitantes han tenido que superar para sobrevivir. Este lugar fue fundamental para mi proceso porque me permitió construir una mirada más amplia sobre como la juventud bogotana se involucra en este fenómeno de la cotidianidad urbana. Comprendí que vivir en la calle no es exclusivo del consumo de drogas; en muchos casos, las personas que se encuentran en esta

⁹ El bazuco es una sustancia psicoactiva compuesta principalmente por la extracción de alcaloides de la hoja de coca que no llegan a ser procesados hasta convertirse en clorhidrato de cocaína, también conocido como pasta base de cocaína.

situación padecen condiciones mentales o físicas que las hacen "invisibles" para la sociedad, en el sentido de que no pueden acceder a trabajos formales ni aportar al sistema capitalista de la misma manera que otros.

Algunas de las personas con las que pude compartir, me contaron sobre su pasado y su formación académica. Muchos de ellos tienen estudios técnicos, tecnológicos o incluso formación en áreas relacionadas con carreras profesionales. En cuanto a su ocupación, se desempeñaban en trabajos informales como recicladores, o en actividades de la economía sumergida, como la prostitución y comercios ilegales.

Las actividades desarrolladas en IDIPRON Oasis fueron diversas, pero a lo largo del documento enfatizaré en aquellas que consideré más relevantes durante mi práctica pedagógica. Las propuestas en este espacio se orientaban principalmente a la construcción de relatos basados en las experiencias de cada persona. Para que mis estudiantes se apropiaran de su voz creadora, fue necesario entablar un diálogo que despertara en ellos el interés por contar y compartir sus experiencias cotidianas. Aprender a escuchar y mantenerse abierto a lo que quisieran expresar fue fundamental en el proceso. Además, el objetivo era brindar herramientas significativas a esta población, a través de mis intervenciones como docente de artes visuales, promoviendo la expresión personal y el desarrollo creativo.

7.2. Secretaria de Integración Social – Hogar SEDID.

Mi segunda fase de práctica pedagógica se desarrolló en un hogar de paso, orientado a la atención de personas en situación de habitabilidad en calle, en riesgo de estarlo, o que han transitado por esta condición y manifiestan la voluntad de iniciar un proceso de transformación personal. Este espacio, más allá de su función asistencial, se configuró como un escenario pedagógico significativo, donde fue posible generar experiencias de aprendizaje desde una perspectiva sensible y crítica, promoviendo la reflexión sobre la propia vida y la construcción de nuevas posibilidades a través del arte.

Llevamos a cabo un trabajo en conjunto con 7 habitantes de este hogar, para **la realización de libros ilustrados hechos en por diferentes personas que fueron habitantes de calle**. Cada uno de los libros fue hecho por una persona diferente, con historias que surgieron a partir de la experiencia de vida de cada una. Dichas historias surgieron a partir del recordar lo que fue haber habitado la calle. La población en esta segunda fase fueron personas que vivieron varios años de su vida en la calle algunos otros por riesgo de estar viviendo en las calles, la edad de la población es desde los 28 hasta los 70, sin embargo, en este espacio la persona con mayor edad fue de 72 años.

Este nivel de práctica implicó trabajar con personas de la tercera edad, una experiencia nueva para mí, ya que nunca había intervenido pedagógicamente con esta población. Fue un desafío establecer una comunicación clara y efectiva, lo cual exigió adaptar el lenguaje, repetir las instrucciones varias veces, emplear diferentes formas de explicación e incluso recurrir a metáforas para facilitar la comprensión. Desde mi experiencia, este proceso se asemejó, en ciertos momentos, a enseñar a niños en cuerpos adultos, lo que me llevó a reflexionar sobre la importancia de reconocer las particularidades cognitivas, emocionales y sociales del aprendizaje en la vejez.



La foto es de mi autoría: Jhonn Cuenca – 2021 Capturadas con la cámara de un celular Samsung A1

Esta fotografía tiene una gran relevancia dentro de mi proceso. Al llegar al SEDID, lo primero que encontré fue una carreta, ese mismo objeto que tantas veces había registrado en medio de la ciudad. En páginas anteriores expuse la estrecha relación que existe entre los recicladores y la habitabilidad en calle en Bogotá. Este espacio lo confirma una vez más. Sin embargo, el SEDID ofrece oportunidades que buscan dignificar la vida de estas personas, reconociendo y valorando sus experiencias como punto de partida para su transformación. Cuando vi esa carreta allí, supe que debía tomar una foto. Era un objeto que siempre había llamado mi atención y que, de algún modo, se había vuelto recurrente en mi manera de mirar y registrar la ciudad.

El acercamiento a los escenarios de práctica me confrontó con formas particulares de comprender palabras que ya creía conocer. A partir de esta experiencia, presento algunas reflexiones personales en torno al concepto de "cultura de la calle". En este proceso emergen conceptos clave que permiten una mejor comprensión tanto de la población como del presente documento. A continuación, expongo un primer acercamiento al tema, el cual retomaré más adelante con mayor profundidad, con el objetivo de analizar los trabajos y relaciones que emergieron a partir del encuentro en clase.

8. Repensar la práctica pedagógica desde la cultura de la calle

Para este proyecto, la cultura de la calle se entiende como un cúmulo de experiencias que son inherentes al lugar en el que una persona crece. El territorio al que se pertenece es un factor determinante en la cultura de cualquier grupo social. Esta propuesta se enfoca en el extinto barrio el Cartucho, desde esta perspectiva es considerado como el epicentro de ésta, en Bogotá desde finales de los años 70; en este lugar de la ciudad se consolidaron relaciones que dieron forma a códigos, tradiciones y hábitos, los cuales se siguieron cultivando a través de las interacciones sociales que se daban allí y que hoy perduran en las calles, especialmente dentro de este grupo social.

Esta es un conjunto de relaciones, tradiciones, saberes y lenguajes que permiten a los habitantes de calle sobrevivir en condiciones extremas. Saberes que emergen como respuesta a la falta de oportunidades y al constante enfrentamiento con un sistema social que, de forma implícita o explícita, busca invisibilizarlos o eliminarlos. Como señala González (1995), los habitantes de calle “sostienen relaciones con el resto del cuerpo social marcadas por la urgencia y por el afán de no dejarse morir por los mecanismos que el sistema social produce para acabarlos o esconderlos”; frente a esta realidad, surgen otras formas de habitar y de relacionarse con el territorio, estrategias que les permiten resistir un día más a los climas extremos, a las enfermedades y al rechazo sistemático de una sociedad que margina su existencia.

Aquí se encuentran los “desechos” de la cultura ciudadana hegemónica, aquella considerada “normal”. En ella se ponen en práctica formas de relación y actividades que la sociedad moderna suele catalogar como indeseables, incorrectas o como modelos a no seguir: aquello que ya no sirve, lo que debe ser excluido o rechazado. Desde la perspectiva de la psicología tradicional, la cultura se concibe como un mecanismo de ajuste social, en tanto se le

atribuye la función de adaptar a los individuos a los patrones de comportamiento establecidos. Bajo este enfoque, hay poco lugar para los habitantes de la calle, cuya condición de “ilegalidad” los sitúa como “desajustados sociales”. Como advierte González (1995), hablar de una cultura de la calle solo tendría sentido si dicho discurso promoviera la adaptación de estas personas a los comportamientos socialmente aceptados. En esta lógica, la cultura de la calle solo se justifica como una herramienta para la reinserción, normalización o rehabilitación de esta población, lo que revela una visión funcionalista y normativa. El objetivo no sería comprender ni valorar su cultura como legítima o autónoma, sino integrarlos a la sociedad dominante, negando así la posibilidad de reconocer la diversidad cultural que emerge desde los márgenes.

8.1. Resistencia ante el olvido: La voz de los prometeos

Ser docente en contextos informales, como los que propone la práctica pedagógica de la Universidad Pedagógica Nacional, es una experiencia profundamente transformadora, tanto en lo personal como en lo profesional. Este tipo de docencia, especialmente cuando se aborda desde una perspectiva social y crítica, interpela al educador constantemente. Durante este proceso, una pregunta fue eje de mi reflexión: ¿cómo pueden las acciones pedagógicas contribuir a transformar el entorno que habitamos?

Las prácticas realizadas en espacios como IDIPRON Oasis y la Secretaría de Integración Social se orientaron a brindar herramientas expresivas y reflexivas a personas en situación de calle, o en riesgo de estarlo, así como a otras poblaciones vulneradas por el sistema. A través de talleres y proyectos creativos, buscamos no solo fomentar la creación artística, sino también habilitar espacios donde las personas pudieran narrarse a sí mismas, desde su propia voz y experiencia.

Este enfoque se vincula directamente con los planteamientos de Paulo Freire en *La pedagogía del oprimido*, donde propone que la educación debe ser un acto de liberación, y no de domesticación. Freire insiste en que el oprimido debe convertirse en sujeto de su historia, no en objeto de la narrativa impuesta por el opresor. Desde esta mirada, los talleres no fueron solo actividades artísticas, sino ejercicios de conciencia crítica y de recuperación de la palabra. Cada historia narrada, cada dibujo, cada creación, fue una forma de resistir el silencio estructural impuesto por el abandono, la estigmatización y la marginalidad.

Así, enseñar en estos contextos no significa llevar saberes a quienes no los tienen, sino acompañar procesos en los que las personas reconocen que su experiencia también es conocimiento y que sus voces son valiosas en la construcción de una sociedad más justa. Cuando cada participante comparte un fragmento de su vida, ese relato adquiere un nuevo sentido y valor, principalmente porque deja de ser visto con los mismos ojos. Reflexionar sobre la propia experiencia permite resignificarla, comprenderla desde otras perspectivas y, en muchos casos, transformarla mediante el diálogo con las vivencias de otros.

Este ejercicio de memoria y palabra revela aspectos que en su momento pudieron pasar desapercibidos, y permite reconocer tanto elementos positivos como aquellos más difíciles o dolorosos que cada uno carga consigo. Desde una lectura crítica, estas narrativas personales dejan de ser meros testimonios individuales y se entienden como reflejo de problemáticas estructurales: el conflicto armado, el desplazamiento forzado, la exclusión social y el narcotráfico. Comprenderlas desde esta perspectiva transforma el acto pedagógico en una acción política y liberadora, como propone Paulo Freire en *La pedagogía del oprimido*.

Freire plantea que el conocimiento no debe imponerse desde una lógica vertical, sino construirse en diálogo con los oprimidos, quienes no son objetos de intervención, sino sujetos activos capaces de pensar, reflexionar y transformar su realidad. En los talleres de expresión artística realizados en IDIPRON Oasis y la Secretaría de Integración Social, este principio se hizo evidente: los participantes —personas que han habitado o habitan la calle— encontraron en las artes visuales una forma de narrarse, de reconocerse y de proyectarse más allá de la estigmatización que los margina.

En estos espacios pedagógicos no convencionales, donde la educación formal suele no llegar, se generaron encuentros auténticos de saber y humanidad. Las artes ofrecieron un lenguaje para expresar aquello que las palabras no siempre alcanzan, permitiendo construir conocimiento desde la experiencia vivida. Así, el aula dejó de ser un lugar físico y se convirtió en un territorio simbólico donde, como dice Freire, "nadie educa a nadie, nadie se educa a sí mismo, los hombres se educan entre sí, mediatizados por el mundo".

Estas prácticas no solo dieron lugar a producciones creativas —dibujos, pinturas, textos—, sino que también abrieron caminos para la reconstrucción del sentido de vida. A través del diálogo y la creación, los participantes asumieron un rol protagónico, no solo como aprendices, sino como sujetos políticos capaces de comprender y cuestionar su situación histórica. Aunque estos espacios son considerados “informales”, representan escenarios reales de pedagogía crítica y emancipadora. Enseñar en estos contextos, como docente en formación, fue un ejercicio profundamente Freireano: apostar por una educación humanizante, centrada en la palabra, el encuentro y la esperanza. Porque cuando alguien narra su historia —y es escuchado—, empieza también a transformarla.

Saber que esperaban mi llegada cada día de práctica fue una fuente constante de motivación, y reafirmó mi compromiso de seguir trabajando con esta población. Siempre percibí en ellos una historia por contar. Entonces, las artes visuales se convirtieron en una poderosa herramienta para alzar sus voces, compartir experiencias y otorgarles nuevos significados a través de la creación.

Espacios informales: Dice el artículo 43 de la Ley 115 de 1994: “Se considera educación informal todo conocimiento libre y espontáneamente adquirido, proveniente de personas, entidades, medios de comunicación masiva, medios impresos, tradiciones, costumbres, comportamientos sociales y otros no estructurados.”

Estar en estos lugares y asumir el rol de profesor de artes visuales, me llevo a reflexionar sobre la probabilidad de que muchas de esas personas que vi pasar desde la ventana pudieron estar conmigo en un espacio de clase, la

experiencia respondió a las interrogantes que emergieron mientras trabajaba en San Victorino—la de conocer sobre la vida de estas personas y tratar de entenderla— estas se dieron tiempo después haciendo mis prácticas.

8.2 Elementos de la mirada: El profe que teje puentes entre mundos

Se explora el relato como base metodológica de la investigación, por medio de este se recogen experiencias, fragmentos, sobre la historia de vida de cada participante. Esto permitió realizar una lectura individual sobre algunos motivos o situaciones que llevan a estas personas a vivir en las calles y también propicia una comprensión macro sobre el fenómeno de la habitabilidad en calle en Colombia. En esta propuesta el enfoque constructivista adquiere relevancia, porque este sustenta que el conocimiento no es simplemente transmitido de un docente a un estudiante, sino que este se construye activamente a través de la experiencia y la interacción con el entorno. Los temas indagados en las sesiones incentivaron el aprendizaje activo por parte de los participantes, estos interactuaron con el contenido proponiendo y desarrollando los temas planteados.

Construir junto con esta población implica comprender las diversas situaciones de vida existentes y reconocer el saber que existe en cada sujeto a partir de la propia experiencia de vida. Considero fundamental las experiencias que se consignan en estas páginas, porque todos los relatos son de personas que han vivido en carne propia este fenómeno, cuando la experiencia se cuenta desde otro lugar toma otro sentido, le da paso a una reflexión profunda y autentica. La importancia de reconocer estas experiencias posibilita la construcción de otros imaginarios de identidad en esta población.

En ese sentido Charriez Cordero (2012, pág 51) sostiene que:

Las historias de vida forman parte de la investigación cualitativa, cuyo paradigma fenomenológico sostiene que la realidad es construida socialmente mediante definiciones individuales o colectivas de una determinada situación (Taylor y Bodgan, 1984) ... Además, toma en consideración el significado afectivo que tienen las cosas, situaciones, experiencias que afectan a las personas. Se trata de conocer cómo se crea la estructura básica de la experiencia, su significado, mantenimiento y participación, a través del lenguaje y otras constricciones simbólicas.

Las historias de vida, como metodología de investigación en este estudio, cumplen un rol fundamental, ya que parten de la idea de que la realidad es una construcción social elaborada a través de definiciones individuales y colectivas. Esta metodología me permitió realizar una lectura más amplia y profunda de la vida en la calle, comprendiendo las dinámicas que la atraviesan, así como conocer múltiples perspectivas e historias de quienes han vivido esta experiencia en carne propia. Esta técnica cualitativa rescata la voz y subjetividad del sujeto, reconociéndolo como protagonista de su historia y no solo como objeto de estudio, así mismo, permite comprender trayectorias: muchas personas en situación de calle han vivido desplazamientos, violencia, abandono o exclusión. La historia de vida permite reconstruir esas trayectorias y darles sentido. La historia de vida rompe estigmas al conocer las versiones desde su propia perspectiva, se desnaturalizan los prejuicios que los reducen a

estereotipos como “drogadictos”, “delincuentes” o “basura social”. Este enfoque transformó mi mirada de investigador, porque obliga a confrontar la propia sensibilidad, ética y posición frente al otro.

Esta metodología resulta especialmente pertinente para ser aplicada con personas habitantes de calle, ya que permite comprender no solo los hechos que han marcado sus vidas, sino también las formas en que resignifican su experiencia en la calle. Este enfoque propone escuchar y recuperar las voces de quienes han sido históricamente excluidos, reconociéndolos como sujetos activos, con la capacidad de narrarse, representarse y participar en la construcción de conocimiento sobre su propia realidad.

Habitar la calle es una experiencia radicalmente distinta a lo que comúnmente entendemos como “vivir”. En este trabajo, me propongo explorar las dinámicas de la habitabilidad en calle desde una perspectiva fenomenológica; es decir, acercándome a las vivencias subjetivas de quienes la transitan, la habitan y la resisten. Esta propuesta surge del encuentro con una población históricamente excluida, con la que tuve la oportunidad de compartir durante mis prácticas pedagógicas en los espacios ya mencionados. Dicha experiencia me permitió escuchar, aprender y, sobre todo, cuestionar los límites del juicio social que pesa sobre estas personas.

A través del uso de herramientas sensibles como el dibujo, la escritura y la conversación, y apoyándome en recursos metafóricos —como el mito de Prometeo, el andén o el escombros— intenté comprender cómo quienes viven en la calle construyen sentidos sobre sí mismos, sobre su entorno y sobre la sociedad que los margina. En este proceso, la historia de vida emergió como una metodología valiosa, capaz de visibilizar voces silenciadas y generar una mirada más compleja, humana y justa sobre esta realidad.

La calle, como territorio simbólico y material, no solo refleja problemáticas estructurales como el conflicto armado, el desplazamiento, la desigualdad o la exclusión, sino que también es un espacio donde se tejen vínculos, se reconfiguran identidades y se resignifican las experiencias. Este trabajo es una invitación a mirar más allá del estigma, a escuchar desde el andén, y a reconocer que en medio del escombros también hay humanidad, resistencia y deseo de transformación.

Reflexionar sobre la idea de “tejer puentes entre mundos” implica pensar en la mediación, la conexión y el diálogo intercultural e Inter social. En este sentido, el rol del profesor adquiere una dimensión fundamental: desde su práctica pedagógica debe promover y fomentar el diálogo entre las diferencias —sean religiosas, económicas, culturales o políticas—. Construir desde la diferencia se convierte en un acto de resistencia frente a la tendencia a homogeneizar, a querer ver todo igual. Esto exige una reflexión constante sobre los elementos del entorno que configuran nuestra realidad y la de los otros.

Conectar este mundo con el Cáucaso, la tierra de los Prometeos, es una metáfora potente para hablar del lugar que habitan muchos de los excluidos sociales. El mito evoca un territorio sombrío, frío y castigado, donde el dolor se impone como experiencia de vida. De manera similar, la calle —en especial el centro de Bogotá— puede ser entendida como un Cáucaso contemporáneo: un lugar rechazado, temido e invisibilizado, en el que sobreviven aquellos que han sido desplazados, marginados u olvidados por el orden social dominante. En este espacio, la condena no es impuesta por los dioses, sino por las estructuras de exclusión de una sociedad desigual.

La metáfora, como figura retórica, permite trasladar el sentido de una palabra o concepto a otro campo, estableciendo una relación de semejanza. Por ejemplo, los escombros que quedaron tras la demolición del barrio el Cartucho representan el abandono estatal y el olvido social al que fue relegada esta población. Así, el escombros no solo remite a lo material, sino que simboliza las secuelas, los legados y las heridas que aún perviven en la ciudad como resultado de esa historia. Lo metafórico, entonces, abre un universo de interpretación amplio, sensible y profundo para comprender la habitabilidad en calle más allá de los datos fríos o los estigmas sociales. Junto a lo metafórico, también emergieron elementos simbólicos: objetos como la caja de fósforos o la pipa, cargados de significados y memorias dentro de esta cultura. Estos símbolos funcionan como fragmentos de lenguaje visual y corporal, y establecen conexiones entre lo concreto y lo subjetivo. Por ejemplo, se identificaron correspondencias entre palabras como “cheno” y “noche”, que evidencian un código lingüístico particular de la calle. A lo largo de este trabajo, he identificado múltiples elementos de orden simbólico —tanto en el lenguaje como en los objetos cotidianos— que permiten una comprensión más profunda de las formas de vida en la calle y de la construcción de sentido en estos territorios.

A continuación, se presentan una serie de perspectivas que desarrollé para comprender el fenómeno de la habitabilidad en calle, las cuales fundamentan el desarrollo del presente trabajo. Estas formas de mirar están concebidas para ofrecer un enfoque contextualizado según el tema abordado en cada capítulo. No obstante, todas ellas se articulan entre sí, conformando una mirada crítica y coherente sobre la problemática en su conjunto. Estas perspectivas son:

8.2.1 El escombros re- habitado:

Los sucesos ocurridos el 9 de abril de 1948, conocidos como "el bogotazo", tras el magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán, marcaron un antes y un después en la historia de Bogotá y de Colombia. Los escombros generados por la violencia del Bogotazo dieron origen al barrio conocido como: el Cartucho, un lugar clave para entender el origen de una cultura de la calle en la ciudad. Este fenómeno contribuyó al surgimiento de dinámicas de violencia tanto en las ciudades como en los campos.

Cuando me refiero a "habitar el escombros", hago alusión a los fenómenos, costumbres y tradiciones ligados a la violencia urbana, los cuales han perdurado desde ese momento en la historia de Colombia. El escombros se convierte así en una metáfora del abandono y de la ruina que sufren las personas que viven en la calle, un destino frecuentemente relacionado con el consumo de bazuco y otras sustancias que deterioran el tejido social. Este fenómeno está, además, vinculado a la invisibilización de esta población vulnerable.

Encuentro una relación entre el escombros y la grieta lugar; en este contexto los escombros representan transformaciones, algunas visibles y otras invisibles, (lo visible: el fenómeno de la habitabilidad en calle, lo invisible: lo estructural que lo permite). Las grietas que se interponen en medio de los escombros pueden simbolizar una fisura que permiten descubrir lo que está oculto, lo que no se ve a simple vista. En este sentido, son portadoras de revelación, como cuando algo oculto o reprimido sale a la superficie y permite comprender las

realidades, ver y entender el fenómeno de la habitabilidad en calle a partir de las secuelas, de los escombros que dejó el bogotazo.

8.2.2 El Sentido de la pérdida en los seres despojados.

Este proyecto explora la pérdida como un conjunto de razones, situaciones o eventos que llevan a las personas a vivir en la calle. Se relaciona con la grieta: esa fisura en la pared que simboliza un cambio profundo, una huella en el cuerpo, similar a una cicatriz, que de alguna forma deja una marca permanente. Durante mi práctica en IDIPRON, pude identificar que muchas de las personas que optan por vivir en la calle lo hacen debido a una causa específica, un tema recurrente en diversas historias de vida es: la pérdida. Ya sea la falta de afecto durante la infancia, la pérdida de un ser querido, de un empleo o de oportunidades debido a su situación actual, esta pérdida parece que solo se puede superar a través del consumo de drogas o una vida descontrolada en las calles.

El concepto de pérdida se presenta como una característica central que define a este grupo social, un rasgo que determina sus vidas y, en muchos casos, los impulsa a vivir en la calle y a consumir drogas. La pérdida no solo abarca lo material, como objetos de valor o el hogar, sino también la pérdida de sí mismos, de su dignidad y de su capacidad de tomar decisiones en función de sus necesidades más básicas, como bañarse, cuidar su salud o mantener la higiene. Se pierden como individuos, y los ves viviendo entre la basura, comiendo de sus propios desechos y durmiendo en ese mismo entorno. Es una constante sensación de pérdida, pues, con el paso del tiempo, esa grieta parece crecer aún más. Es decir, la mayoría de los participantes se enunciaron desde el despojo como un sentido de la pérdida común que los llevo a vivir en las calles.

8.2.3 Auto representación:

Se aborda a través de las producciones realizadas por cada individuo en los talleres llevados a cabo en los centros de práctica, a partir de como cada persona transmite su relato de la historia de vida. Estos espacios brindaron a los participantes la oportunidad de narrar su historia, desde una perspectiva distinta, fuera de la realidad en la que se encontraban, habitar en las calles.

En este contexto, el papel de la iniciativa es fundamental, ya que otorga voz a un grupo históricamente excluido y sistemáticamente marginado. Los participantes pudieron reconocerse a sí mismos, explorando preguntas como: ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Cómo te gustaría ser llamado? Esto les permitió ubicarse desde la perspectiva del *quién se enuncia*, hablar desde su identidad y resaltar lo que se puede rescatar de una "mala experiencia", es decir, las lecciones y aspectos positivos que pueden surgir incluso de los momentos más difíciles. Además, esta categoría subraya la forma, el color y el tono característicos con los que esta población se expresa plásticamente, de acuerdo con los espacios propuestos en los momentos de práctica pedagógica.

8.2.4 Estéticas de la suciedad: la mugre como estigma y condición de auto-representación:

Este elemento ayuda a analizar una serie de “razones” y discursos que legitiman la desaparición violenta de esta población y niegan su participación en la sociedad, esta mirada propone resignificar la mugre y la suciedad, así mismo, la experiencia de vivir en las calles. La estética de la suciedad es un rasgo que define a esta población, por la forma de hablar, de expresarse, de significar, los objetos y los momentos; entendiendo la estética de la suciedad como ese rasgo que les define después de haber habitado en las calles.

Por medio de lo planteado durante mi práctica pedagógica, recolecte experiencias de los participantes, que me permitieron reflexionar sobre sus propios discursos y la forma en la que ellos mismos se enuncian a partir de lo que han vivido en la calle. Las estéticas de la suciedad permiten comprender esa característica general que les define en la que gran parte de esta población se enmarca, una mirada colectiva sobre esa gran “mancha” que habita en la urbe.

8.3. Metodología trabajada en los escenarios practica pedagógica.

8.3.1. Metodología IDIPRON.

Se realizaron 8 sesiones (durante 8 días), con una duración de dos horas por cada intervención, junto con quince o veinte participantes (dependiendo el día), ellos cambiaban de hogar cada semana o desertaban del proceso, así mismo accedían de manera autónoma a los espacios.

En estas sesiones se exploraron temas relacionados con la expresión, el auto-reconocimiento y la transformación de imaginarios. Basándome en el paradigma constructivista: experiencia mediada por el afecto, encuentro mediado por el arte, que pone en tensión el escenario de desarrollo. Este enfoque promovió la creación de nuevas narrativas a través del dibujo, la escritura y la narración verbal, permitiendo a cada participante construir su propio relato que les facilitó enunciarse a partir de la experiencia.

Para cada encuentro se propuso un tema diferente, centrado en medios de exploración artística a saber: corpografía, escritura, relato de experiencias de vida. Los temas fueron definidos junto con el grupo de practicantes, antes de cada intervención, tomando como base el conocimiento adquirido durante la carrera, enfocado en la producción y comprensión de sistemas expresivos de las artes visuales.

Mediante estas herramientas se buscó ampliar las posibilidades para contar sus experiencias a partir de elementos y signos que les representaban y animarlos a explorar formas auténticas de narrar sus experiencias, basadas en momentos o situaciones particulares. Del mismo modo trabajamos con objetos detonantes de la memoria con el fin de indagar en los códigos callejeros.

8.3.2. Metodología Integración Social.

En este lugar construimos con mis estudiantes un *libro ilustrado*, con el que cada uno contó un fragmento de *su historia de vida*. Con el fin de que pudiesen crear su propia forma de enunciarse, mediante narración oral, estructuración del relato y transcripción de las narraciones a imágenes.

ste escenario de práctica exploré el paradigma critico-social: comprensión de la relación que existe entre el individuo y su contexto, reconociendo su momento histórico. Los ejercicios de creación fortalecieron su autonomía frente a la forma de contar su propia historia y además nos permitieron reconocer su historia dentro de la gran historia de la ciudad. Como profesor de artes visuales en este espacio, me centré en la orientación y acompañamiento para conseguir el resultado propuesto. Desde acompañar la fase de escritura, hasta realizar ilustraciones, convertir en imagen lo que se había escrito. Con el fin de empoderar a cada persona y animarlos a crear y compartir por medio de su experiencia. Es decir, el docente cumple un rol de acompañamiento, respetando la autonomía de cada participante, frente a su desarrollo estético y narrativo.

Para lograr realizar los libros ilustrados se planteó el siguiente cronograma:

<p align="center">Sesión 1 (18 Oct.)</p>	<ul style="list-style-type: none"> - Acercamiento a la comunidad - Socialización del proyecto - Socialización de referentes para la realización del libro ilustrado - Lluvia de ideas y ejercicio para primeros bocetos de narrativas.
<p align="center">Sesión 2 (19 Oct.)</p>	<ul style="list-style-type: none"> - Acercamiento a las herramientas y materiales de trabajo.
<p align="center">Sesión 3 (8 Nov.)</p>	<ul style="list-style-type: none"> - Estilos narrativos: del texto a la ilustración. <p>Revisión y lectura de los textos, transformación de las narrativas escritas a visuales.</p>
<p align="center">Sesión 4 (15 Nov.)</p>	<ul style="list-style-type: none"> - Narrativas ilustradas: del dibujo al color. - Interpretación de la imagen - Asesorías alrededor del dibujo - Dar color en relación con la imagen creada
<p align="center">Sesión 5 (22 Nov.)</p>	<ul style="list-style-type: none"> - Construcción libro ilustrado
<p align="center">Sesión 6 (25 Nov.)</p>	<p align="center">CIERRE DE PRÁCTICA</p> <ul style="list-style-type: none"> - Montaje - Presentación libro ilustrado - Taller sobre la elaboración de papel artesanal a partir de papel reciclado

Algunas fotos del proceso



Las fotografías son de mi autoría, realizadas con la cámara de mi celular A01

8.4. Tierra de los prometeos: descenso al cuarto mundo.



La Fotografía es de mi autoría, de Jhon Cuenca – 2021---Tomadas con una cámara Go pro2- fragmento de un video, ensayo visual.

“Prometeo roba el fuego a los dioses para entregarlo a los hombres. Los dioses lo castigan y lo condenan al exilio en el Cáucaso; allí, lo encadenan a una piedra, donde un águila se alimenta cada día del hígado del titán. Prometeo, a su vez, se alimenta de los excrementos del águila, manteniendo así un ciclo que hace posible tanto su supervivencia como la del águila” Tomado de la web: Banrepcultural la red cultural del banco de la república- MAPA TEATRO-PROMETEO ACTOII.

El mito de Prometeo sigue vigente en la actualidad, y no es necesario ir a Grecia para encontrarlo. En cualquier ciudad, al observar calles o puentes, podemos ver a personas que encarnan este mito en su vida cotidiana. En

Bogotá, el estilo de vida de un habitante de calle refleja la condena de Prometeo, quien fue exiliado en el Cáucaso. A diferencia del Titán, para los habitantes de calle, esta condena no es impuesta por los dioses, sino que surge de un sistema que la perpetua a través del estado, la familia y otros factores que abordaré más adelante.

El mundo de los Prometeos es un lugar en el que pocos, o casi nadie, desearía estar; un espacio que muchos prefieren ignorar, donde surgen lugares fantasmales en medio de la ciudad, territorios prohibidos, habitados por aquellos que sirven de ejemplo de lo que no se debe seguir. Vivir en la calle implica una serie de condenas y penumbras, conlleva una serie de sufrimientos que van más allá de lo material. Existe una profunda relación entre el consumo de bazuco y la constante pérdida que experimentan estas personas; en la calle, no solo se pierden posesiones, sino también la salud física, mental y la esencia misma del ser.

Muchos consumidores, al verse incapaces de costear su adicción, comienzan a vender sus pertenencias con tal de satisfacer una necesidad cada vez más apremiante. Este ciclo de pérdida y desesperación afecta profundamente a personas en condiciones de vulnerabilidad. Tal fue el caso de José Antonio Iglesias, protagonista del documental *Infierno o Paraíso*, quien terminó vendiendo todas sus posesiones tras quedar atrapado en el “Cartucho”, donde conoció su condena: el bazuco. Encadenarse a esta sustancia resulta tan agobiante como la condena de Prometeo, atado a una roca por la eternidad: una sentencia que duele, que vuelve pesada la vida y que desgarrar a las familias. Verchy, el artista que vivió en carne propia el Cartucho y la esclavitud del bazuco, solía decir:

“Cuando las personas fuman bazuco hay una involución en el ser humano de 3000 millones de años, que los regresa al estado animal, dónde se defeca, se come, se consume y se duerme en el mismo lugar, como lo hacen los animales”

Verchy el artista/Bernardo Cañón Martínez.

Ver en YouTube: Arqueología del recuerdo¹⁰-Minuto: 7:42 (Cuenca Huertas, Silba, Ruiz, Guerrero, & Diaz, 2021)

¹⁰ ARQUEOLOGIA DEL RECUERDO es un ensayo visual realizado en grupo para la clase de Ética y política en las Artes LAV UPN - 2021



La Fotografía es de mi autoría, de Jhon Cuenca – 2021---Tomadas con una cámara Go pro2- fragmento de un video, ensayo visual.



Con este código QR remítase al ensayo visual: *Arqueología del recuerdo.*

“Prometeo se alimenta del excremento del águila”, esto resulta ser una analogía de vivir entre la basura; lo cual es un rasgo característico de los habitantes de calle. La mugre, la suciedad y los desperdicios se entrelazan con su vida cotidiana, siendo estos últimos especialmente esenciales para su subsistencia. Las imágenes son fragmentos de un video realizado para una clase en mi paso por la Lic. en Artes Visuales, en la Universidad Pedagógica Nacional. Hace un tiempo suscito en mí un interés por estudiar, analizar la calle; todas las dinámicas que allí ocurren, esto con una mirada más academicista para tratar de comprender los fenómenos que en ella se dan y configuran el territorio en el que he vivido.

Hablar sobre el bazuco y los habitantes de calle es referirse a una parte oculta en la historia de Bogotá, una historia que se ha intentado borrar con el paso del tiempo y los cambios de administración. Basta con caminar por sus barrios para encontrar a las personas atrapadas en ese "retroceso al estado animal", ese que habita las calles de las grandes ciudades: un ser despojado de su humanidad, un "animal" que sobrevive en la jungla de cemento, alimentándose de los desperdicios de los demás. Su hábitat natural, triste y marginal, se encuentra en el centro de Bogotá. Haber crecido parte de mi vida en San Victorino centro de Bogotá, despertó mi interés por la población habitante de calle al ver este fenómeno en mi contexto diario. Seres que encarnan en su vida propia el mito de Prometeo; una vida llena de penumbra y padecimientos atadas a su condena, la adicción al bazuco.

8.4.1 Juan Carlos y su experiencia en el Cartucho.

El Cartucho marcó muchas vidas. Durante mi experiencia como practicante en Integración Social, tuve la oportunidad de conocer a una persona que había vivido allí: su nombre era Juan Carlos. A los participantes se les propuso contar sus historias a través de ilustraciones, evocando alguna experiencia relacionada con la vida en la calle. Juan Carlos decidió traer al presente su recuerdo del Cartucho. Los resultados despertaron en mí un profundo interés, especialmente por las formas simbólicas que encontró para representar este lugar desde su memoria.

A continuación, presentaré un análisis de las páginas del libro ilustrado que él realizó:



Juan Carlos vivía con una condición mental derivada del consumo prolongado de sustancias. Aunque sabía leer y escribir, la comunicación oral le resultaba difícil. Sin embargo, durante el proceso de creación del libro, se mostró especialmente motivado al poder expresarse mediante el dibujo y el color. El arte se convirtió para él en una vía de expresión significativa, capaz de darle forma a recuerdos que de otro modo permanecerían silenciados.

Uno de los elementos que llamó mi atención fue la presencia de la pipa en varios dibujos, específicamente en la boca de los personajes. Este objeto, común dentro de esta población, surgió reiteradamente en los relatos recogidos durante la experiencia. Al igual que la caja de fósforos, la pipa actúa como un símbolo de identidad y de interacción entre ellos. Es un punto de conexión que permite iniciar conversaciones y reflexionar sobre las vivencias que giran en torno al consumo, al bazuco y a los significados que se han construido colectivamente en torno a estos elementos. Aquellas primeras indagaciones que me planteé sobre este barrio se empezaron mezclar con los resultados de mi práctica pedagógica, los escombros del cartucho permanecen hasta el día de hoy en las personas que lo habitaron. Para muchas personas el Cartucho fue una cicatriz, una grieta que marcó para siempre sus vidas.



La experiencia mostró una identidad propia, una narrativa auténtica, la cual permitió entender el contexto del que vino cada participante; me impactó y me inquietó bastante el relato de este participante por su historia y porque este se conectó con la historia del Cartucho, sin que este fuera el objetivo principal de la actividad o del mismo *libro ilustrado*. El relato de Juan Carlos nos habla un poco sobre las “ollas” esas “casas donde venden drogas”, fumaderos que nacieron en el Cartucho, y hasta el día de hoy perduran en la sociedad colombiana, lugares que sin duda marcaron la vida de gran parte de la población colombiana.

Los momentos de práctica pedagógica con esta población, implican muchos retos que son ligados al contexto y a la historia de vida de cada participante. Construir conocimiento a partir de la experiencia misma de vivir en la calle implica ver este fenómeno fuera de estigmas y estereotipos. Los resultados fueron especialmente reveladores para mí, ya que los dibujos que cada participante realizó reflejan, en cierta medida, sus ideas, su imaginación y una parte profunda de su mundo interior. De igual forma, los textos que acompañan cada ilustración cobran una relevancia particular. Al leer las páginas de estos libros, no solo accedí a sus palabras, sino que también volví a escuchar sus voces y a recordar sus gestos al hablar. La escritura, el dibujo y la aplicación de color en sus creaciones formaron parte de los conocimientos explorados, facilitándoles contar su propia historia desde su perspectiva.

El proceso de resignificación ocurre cuando la persona narra su historia y comparte su experiencia. En este caso, dicha transformación se da a través de la creación de libros ilustrados, una herramienta que les permitió asumirse como artistas y creadores. La lectura que socialmente se ha construido entorno a esta población es de miedo y desconfianza, sin embargo, las prácticas con estas personas develan ese ser sensible y soñador que habita en todos los seres humanos, un ser que, en el contexto de la calle, se suele desvanecer.

Una cultura popular que emergió en el centro de la ciudad, en medio de las calles del Cartucho y que permeaba en general a la sociedad bogotana de aquella época, analizar este barrio permite entender porque han existido tantas “ollas” en Bogotá, comenzando por el cartucho, después el Bronx, Samber, entre otras.

Un barrio que producto de su decadencia fue construyendo una población indeseable para la ciudad (los habitantes del cartucho) es así como empieza a emerger el odio y repudio frente a esta población y su cultura popular de la calle. El odio por esta población construye a un ser indeseable por el hecho de vivir en las condiciones en las que está y por la forma en que se auto-determina viviendo en la ciudad, criminalizando la pobreza y aquellos que viven en sus calles. La aparición del narcotráfico es un evento transformador de las dinámicas urbanas. Las estrategias de esta economía al margen de la Ley en combinación con las actividades ilegales generan “la rearticulación del orden familiar y social ante el nuevo orden dictado por el narcotráfico” (Suárez, 2009: 98). Por lo tanto, el narcotráfico va a tener un protagonismo implícito como generador del nuevo orden que “agudizó los márgenes de la ciudad redistribuyendo la noción del otro como abyecto” (Suárez, 2009: 98); y será determinante en cuanto al cambio en el sistema de valores, que se verá representado en el fenómeno del sicariato, sustentado por la lógica del más fuerte, en contextos urbanos en donde la autoridad del Estado no existe, y la violencia es el resultado de su ausencia. (Rojas-Osorio, 2010, p.67)

Pensar en el Cartucho implica también reflexionar sobre la masificación del narcotráfico en el centro de la capital, un fenómeno que transformó profundamente las dinámicas urbanas. Muchas de las actividades que se desarrollaban en este sector respondían a una lógica económica y social marcada por la ilegalidad: venta de drogas, redes de microtráfico y otras formas de supervivencia al margen del Estado. Estas prácticas no solo impactaron a quienes habitaban el barrio, sino que configuraron un nuevo imaginario colectivo en torno al centro de Bogotá, cargado de estigmas, miedo y exclusión.

El Cartucho funcionó como una ciudad paralela dentro de la ciudad, un espacio que condensaba las tensiones de una sociedad atravesada por la desigualdad y el abandono institucional. En este contexto, el narcotráfico se consolidó como una fuerza estructurante del “nuevo orden”, transformando los vínculos familiares, sociales y territoriales. Tal como lo señala Suárez (2009), “la aparición del narcotráfico es un evento transformador de las dinámicas urbanas”, pues no solo introduce una economía ilegal, sino que genera una profunda “rearticulación del orden familiar y social ante el nuevo orden dictado por el narcotráfico” (p. 98). Esta economía ilícita redefine

las relaciones de poder en los barrios, agudiza los márgenes de la ciudad y reposiciona al “otro” como abyecto, como amenaza.

Bajo esta lógica, el Cartucho dejó de ser únicamente un espacio de residencia o rebusque: se convirtió en el escenario de una violencia estructural y simbólica, donde predominaba la ley del más fuerte, y en donde la ausencia del Estado era cubierta por la autoridad informal de bandas, jíbaros y redes criminales. La violencia no era una excepción, sino una condición cotidiana y un mecanismo de control.

Como advierte Suárez, este “nuevo orden” no solo reformula la geografía de la ciudad, sino que transforma su sistema de valores, donde el sicariato, la malicia y la supervivencia individual se imponen ante la falta de justicia, empleo o educación. La historia del Cartucho permite, así, comprender cómo el narcotráfico no solo reorganiza la economía urbana, sino también las identidades, relaciones y jerarquías sociales que atraviesan la vida en los márgenes.

Estas rutinas enmarcadas promueven que este grupo social sea hostil pues ante las múltiples necesidades que emergen en este contexto, la rudeza y la crudeza son características representativas, el sistema de valores se transforma, la vida llega a no valer nada, o bueno muy poco, porque allí, en las clases escuche de mis estudiantes, que en la calle te matan por negar un plon¹¹, un cigarrillo o peor aún, por un fosforo....

Realizar mi primer nivel de mi práctica pedagógica en Idipron- Oasis con personas que han vivido en la calle, me permitió responder algunas interrogantes personales frente a ¿cómo se llega a vivir en las calles? Entre otras que emergieron y que tratan de comprender el fenómeno de la habitabilidad en calle, así mismo, conocer la perspectiva que estas personas tienen frente a diferentes temas o experiencias en común, que se abordaron durante mis intervenciones.

Esto implica escuchar la experiencia de quien ha vivido, *del que se enuncia*, propiciar este tipo de espacios con esta población es fundamental, durante mi trabajo con ellos reconocí que tienen muchas cosas por contar... Investigar sobre el centro de Bogotá es importante porque hace parte de las raíces de este tema: la habitabilidad en calle. Hay que reconocer que los escombros del Bogotazo, del Cartucho fueron factores determinantes para que este fenómeno emergiera y creciera con tanto impacto en nuestra sociedad, escombros que dan cuenta de un pasado, pero sobre todo de un presente.

¹¹ Hace referencia a una calada de humo.

- ¿Cómo ves el centro de la ciudad?

Durante mi práctica pedagógica en IDIPRON OASIS pude encontrar respuestas a muchas preguntas que por años me había planteado sobre las historias de vida de las personas que habitan las calles. Eran inquietudes que surgieron desde hace tiempo, alimentadas por mi tránsito cotidiano por la ciudad: al usar el transporte público, al observar a quiénes recorren las calles con carretas, o en esos momentos en que pasa el camión de la basura y la rutina se cruza con otras realidades.

Gran parte de esta mirada se enfocó en el centro de Bogotá, con el propósito de comprender el origen y la persistencia del fenómeno de la habitabilidad en calle. En este contexto, emerge la noción de *topofilia*¹²: ese vínculo afectivo, casi identitario, que muchos habitantes de calle han desarrollado con este territorio, símbolo de la vida urbana en las grandes ciudades.

Cuando llegué a este primer nivel, mi intención era indagar sobre el antiguo barrio El Cartucho: quería saber si alguno de los participantes lo había vivido o qué recuerdos o experiencias guardaban en relación con ese lugar. Esa era la expectativa que me impulsaba: obtener respuestas sobre una historia que, aunque desaparecida físicamente, aún resuena en la memoria urbana. Sin embargo, descubrí que ninguno de los asistentes había vivido en El Cartucho. Todos los que compartían el espacio conmigo tenían entre 18 y 28 años, generaciones demasiado jóvenes para haberlo experimentado de forma directa. Es probable que quienes sí lo vivieron tengan hoy entre 50 y 60 años.

Sin embargo, surgieron memorias vinculadas a otros territorios como el barrio Santa Fé, Samber, el Bronx o lo que algunos llamaban "la L". Barrios que, aunque distintos en el tiempo, no eran muy diferentes en esencia a lo que fue El Cartucho. Más bien, podrían considerarse parte de su legado, espacios que heredaron las consecuencias del desalojo de aquel antiguo sector.

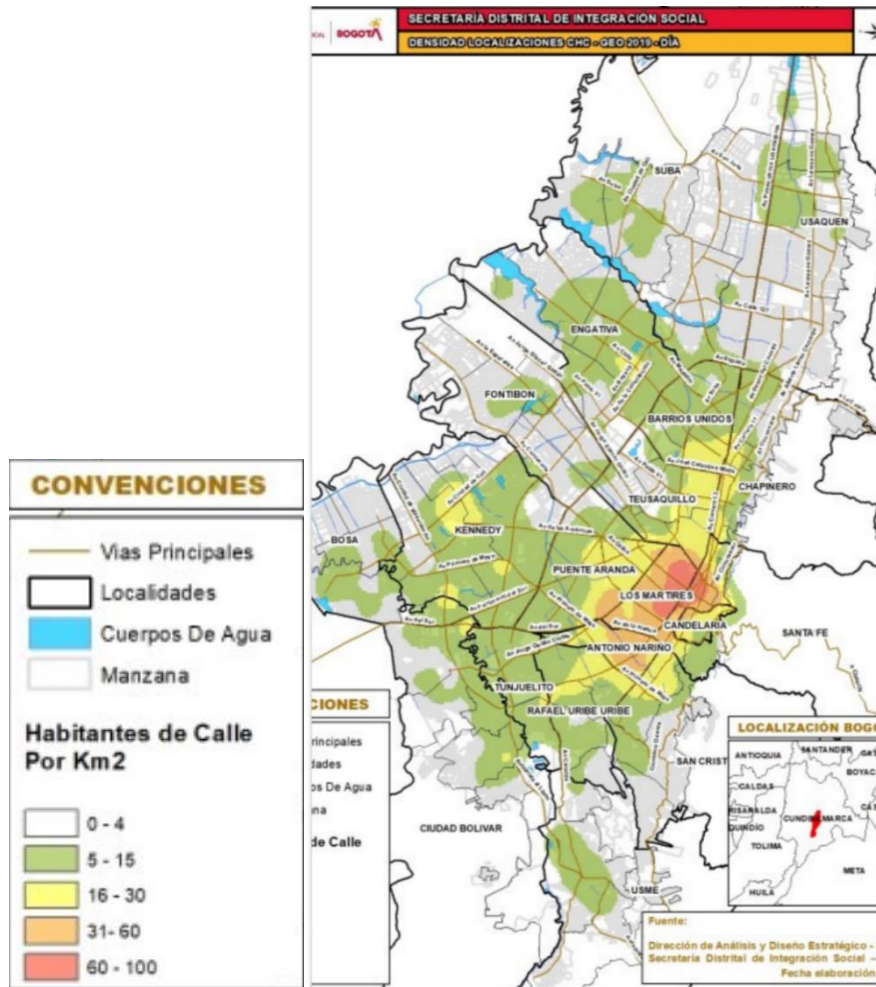
...A uno le dan oportunidad de lo que quiera ser, la calle no es que me guste, pero la escogí porque soy una persona muy despilfarradora, altanera y grosera, mi familia no se aguantó y por eso me echo de la casa yo tengo estudio y todo... yo conocí personas muy buenas en el Samber..

¹² Yi-fu Tuan En su obra más conocida "*Topophilia: A Study of Environmental Perception, Attitudes, and Values*" (1974), explora cómo los lugares pueden generar afectos profundos y cómo el sentido de identidad de las personas está vinculado a los lugares donde han vivido o con los que tienen alguna conexión significativa. Para Tuan, los sentimientos hacia un lugar pueden variar dependiendo de las características personales de quien lo experimenta, pero también se ven influenciados por factores culturales, históricos y sociales.



Con este código Qr puede revisar la página #51 del **álbum virtual: *Arqueología del recuerdo***.

Las historias que se han tejido en El Cartucho, en el Bronx y, en general, en el centro de Bogotá, permiten comprender la ciudad en la que vivo. Ayudan a entender el fenómeno de la habitabilidad en calle, que emergió y se ha mantenido en esta zona como parte estructural de su realidad. Estas historias reflejan las huellas del narcotráfico, del conflicto armado y de la violencia: son las escuelas informales, los escombros sociales de un país que lleva más de cincuenta años en guerra. Las personas que llegaban a IDIPRON OASIS lo hacían a través de un bus que las recogía en distintos puntos del centro de la ciudad, en barrios como Santa Fe, San Bernardo o debajo del puente de la calle 6 con carrera 10, entre otros. Quienes pasaban la noche en la calle podían tomar este transporte, si así lo deseaban, y acceder a los servicios ofrecidos. Los grupos con los que trabajé ya habían iniciado un proceso de desintoxicación, lo que les permitía participar en actividades de creación y reflexión, en un intento por reconstruir sus vidas desde la dignidad y el acompañamiento; el objetivo de esta intervención fue comprender la perspectiva de los *Prometeos en el Cáucaso*, una metáfora para referirme a quienes habitan el centro de Bogotá, cuyas calles han sido hogar de múltiples generaciones de esta comunidad a lo largo de los años. Mi intención era identificar la relación que cada persona establece con este territorio y las experiencias que allí se entretienen. El centro de Bogotá es uno de los espacios donde el fenómeno de la habitabilidad en calle no solo emergió, sino que ha perdurado hasta hoy. Este fenómeno se sostiene por una compleja red de factores sociales y económicos que lo alimentan y lo hacen más visible y persistente en esta zona específica de la ciudad. El siguiente mapa representa un mapa de calor de la concentración del fenómeno de habitabilidad en calle de la Georreferenciación 2019, en este se puede observar en la parte superior el nombre del mapa, la rosa de los vientos indicando el norte del mapa y en la parte inferior izquierda se encuentra la leyenda con las convenciones que explican el mapa, dentro de las convenciones podemos encontrar la representación de las vías, cuerpos de agua y las localidades de la ciudad, por otro lado se explica la concentración de la variable representada en este caso habitantes de calle por Km².



Fuente: Base de datos georeferenciación 2019. Secretaría de Integración Social. Subdirección para la Adulter.

Se puede observar que la concentración está representada en un rango de color de verde a rojo y están asignados unos valores que en este caso representan la cantidad de localizaciones de habitantes de calle ubicados en la ciudad de Bogotá; esta concentración se muestra en un rango de colores de verde rojo donde el color verde indica concentración baja entre (5 – 15 localizaciones por km²), el color amarillo - naranja entre (16 – 60 localizaciones por km²) este indica concentración media y el color rojo (61 - 100 localizaciones por km²) indica concentración alta. Dada la anterior explicación podemos deducir que por el rango de colores representados en el mapa la mayor concentración de localizaciones de habitantes de calle en la ciudad de Bogotá se encuentra en las localidades de Mártires y Santa Fe página 30. (Secretaria de integración social, 2019)

el centro de Bogotá ^{Por eso} ^{tu tomas la decisión}
 inferior

cada ser humano nace con derechos y deberes
 nacemos crecemos reproducimos y morimos. Durante el ciclo
 de la vida adquirimos herramientas y aprendemos maneras
 para la vida cotidiana a veces vivimos de excesos que son
 perjudiciales en todo habito todos tenemos diferentes
 historias y diferentes estilos de vida nos refugiamos
 en las sustancias para no vivir la realidad para llenar
 vacíos para calmar las ansias para distraer muchas veces
 por falta de economía nos llevamos a la calle por problemas
 familiares por una relación sentimental hay diferentes
 estrategias para estar contentos me pasa así estoy feliz me
 daño estoy triste me daño estoy contento me daño
 en todo el mundo las problemáticas nuestro país lleva más de
 70 años en guerra se que hay que pensar en el futuro
 y cuidar el ambiente pero la tecnología influye mucho utilizamos
 el internet de mala manera el respeto se a perdido hay muchos problemas
 y no sabemos en cual creer.

Emilio Ciro

CS Escaneado con CamScanner

Menciona textualmente: “todos tenemos diferentes historias y estilos de vida, nos refugiamos en las sustancias para no vivir la realidad, para llenar vacíos para calmar las ansias” los Prometeos siempre estarán sometidos por las ansias, esta sensación que no les deja tranquilos, con la que luchan día a día, de la que intentan ser libres, esta no llega sola, por lo general dicha ansiedad se produce por la abstinencia al consumo de bazuco. La función del relato como un medio que permite sacar a flote las experiencias, o sentimientos que un lugar les puede traer, la imagen poética que se construye a partir de su relato, la indicación fue escribir cómo veía el centro, la percepción que cada uno tiene frente a este, esperaba que se resolviera de otra manera por parte de los participantes, sin embargo este resultado fue el que me llamo más la atención, por ese estilo que utilizo para referirse a la experiencia enmarcada en el centro de Bogotá.



Con este código QR puedes escuchar la explicación del dibujo contada por la voz del participante.

Después de que el participante realizó el dibujo, me habló sobre su significado. A través de su ilustración, plasmó una escena que, según él, era común en el centro de Bogotá. En el dibujo se representa la entrada del antiguo Bronx y la plazuela del Voto Nacional. Allí se observa a una persona entregando comida, y el autor explicó que se trata de "los cristianos", como él llama a quienes van a brindar ayuda.

También se aprecia una fila de personas esperando para recibir algo: son los habitantes de calle, quienes acuden a estos espacios en busca de alimento y apoyo. El dibujo realizado por el participante cumple una función simbólica profunda: no se limita a representar una escena cotidiana, sino que actúa como un medio para reconstruir y comunicar una experiencia vivida. A través de la imagen, el autor da cuenta de una realidad social —la entrega de alimentos por parte de grupos religiosos en el antiguo Bronx— que forma parte del imaginario colectivo de quienes han habitado las calles del centro de Bogotá.

Esta representación visual no solo documenta un hecho, sino que resignifica el acto de recibir ayuda: muestra la vulnerabilidad, pero también la organización y las redes informales de apoyo que existen en la calle. La fila de personas esperando comida simboliza tanto la necesidad como la esperanza; y la figura del “cristiano que ayuda” puede ser vista como un ícono de solidaridad, pero también como una figura que reafirma la condición de dependencia de quienes reciben.

Así, el dibujo se convierte en una herramienta de expresión simbólica y narrativa. Permite al autor compartir su visión del mundo desde su propia vivencia, y al mismo tiempo, ofrece al observador una ventana hacia realidades que suelen permanecer invisibilizadas. El acto de dibujar no es solo artístico, sino profundamente político y terapéutico: es una forma de nombrar, recordar y resignificar el espacio urbano y social.

Otro participante que se encontraba cerca, al escuchar la explicación del autor, intervino y compartió un relato: “Un día, un grupo de personas fue a repartir comida en la entrada de la L. Eran tamales. Los habitantes de calle del lugar hicieron fila para recibir uno, sin saber que estaban vencidos... o quizás envenenados. Después de comerlos, varios se enfermaron; algunos murieron, otros lograron sobrevivir”.

Esta historia fue contada por alguien que vivió esa dura experiencia. Un momento trágico, una memoria que salió a flote durante la actividad. Son relatos que pocas veces se escuchan y que, en su mayoría, permanecen silenciados; el dibujo y la escritura cumplen aquí un rol fundamental: permiten expresar lo vivido, ponerle palabras e imágenes a lo que muchas veces ha sido negado o reprimido. A través de estas actividades, los participantes pudieron narrar sus experiencias desde lo sensible, ancladas al recuerdo de un lugar en común: el centro de Bogotá. El testimonio compartido durante la actividad —una historia marcada por el engaño, la violencia y la muerte— revela el papel fundamental de la memoria en los procesos de expresión y reconstrucción personal. En contextos de exclusión como el de la habitabilidad en calle, la memoria no solo guarda los hechos vividos, sino que se convierte en un medio de resistencia frente al olvido y la indiferencia social.

A través del dibujo y la escritura, los participantes recuperaron fragmentos de su historia que rara vez encuentran un espacio para ser contados. Estas formas de expresión les permitieron revivir y resignificar momentos

dolorosos, como el caso de los alimentos contaminados repartidos en la entrada de la L, una historia compartida desde la experiencia directa de quien sobrevivió. Al poner en palabras y en imágenes estos recuerdos, se rompe el silencio que comúnmente rodea sus vivencias, y se desafía la narrativa dominante que tiende a invisibilizarlos. La memoria, en este sentido, actúa no solo como archivo de lo vivido, sino como herramienta para comprender y dar sentido a la experiencia, incluso cuando esta ha estado atravesada por el abandono, el abuso o la violencia estructural. Las actividades desarrolladas en el espacio pedagógico abrieron un canal sensible para el relato, facilitando el tránsito entre la experiencia individual y la construcción de una memoria colectiva en torno al centro de Bogotá, un lugar cargado de historias, estigmas y resistencia.

En este espacio se trabajaba con recursos limitados. A veces contábamos únicamente con papel, lápiz y algunos colores; otras veces, sin materiales, el cuerpo se convertía en nuestra principal herramienta de expresión. Dibujar y escribir fueron dos medios fundamentales para facilitar el relato y dar forma a las experiencias vividas

Como practicante de la Universidad Pedagógica Nacional, tuve la oportunidad de compartir con esta población gracias a espacios como IDIPRON-OASIS. Allí se construyeron diálogos que permitieron comprender sus realidades desde la cercanía y la escucha. A partir de esa experiencia, consideré de vital importancia promover momentos y aprendizajes que les ayudaran a enunciarse desde su propia vivencia, con el fin de resignificar la experiencia del “vencido”. Estar en estos escenarios me permitió conocer de primera mano las dinámicas que se viven en la calle, y comprender mejor las relaciones sociales que sostienen y perpetúan el fenómeno de la habitabilidad en calle. Estos lugares transformaron mi mirada: me llevaron a ir más allá del estigma de suciedad que margina a los habitantes de calle, reduciéndolos a figuras hostiles de las que supuestamente hay que “cuidarse”. Si bien es cierto que en algunos contextos pueden representar un riesgo, muchas de las personas con las que compartí se mostraron profundamente sensibles, afectuosas y motivadas a cambiar. Sin embargo, también enfrentaban una realidad dura y persistente: el peso de la adicción, una condena que los ata incluso cuando desean salir de ella.

AUTO DETERMINACIÓN¹³

En este proyecto, la autodeterminación se aborda a partir del análisis de los resultados obtenidos en cada taller propuesto, así mismo entra en juego mi elección de ser profe en estos lugares, por una justa causa. A medida que compartían sus historias, se conocía más sobre sus trayectorias y las razones que los llevaron a vivir en la calle. Los talleres permitieron un espacio para conocer a las personas que habitaban en estos entornos y comprender las motivaciones detrás de su situación. La autodeterminación, en este contexto, se relaciona con cómo estas personas desean ser llamadas y vistas por la sociedad, ya que, aunque nos asignan un nombre y un género al nacer, estos pueden transformarse a lo largo de la vida. Inicialmente, pensaba que las personas que viven en la calle lo hacen principalmente por el consumo de drogas (aunque esta es una de las razones más comunes, no es la única). También hay quienes eligen vivir en la calle por impulso o por preferencia personal. Sin embargo, existen muchas otras circunstancias que llevan a las personas a esta situación, como problemas familiares, ser víctimas del conflicto armado, desplazamiento por violencia, entre otros. En este proyecto, quiero hacer énfasis en que la autodeterminación implica vivir de acuerdo con las propias necesidades. Es fundamental reconocer que, para muchos, la elección de dónde vivir, cómo hacerlo, de qué manera sobrevivir o incluso de qué alimentarse, son decisiones que forman parte de su autodeterminación como sujetos autónomos.

¹³ “La palabra "determinación" tiene su origen etimológico en el latín "determinatio", que a su vez deriva del verbo "determinare". Este verbo está compuesto por "de-" (hacia abajo, completamente) y "terminare" (limitar, definir), que proviene de "terminus" (límite, término). Por lo tanto, "determinación" en su raíz etimológica implica la acción de fijar límites o definir claramente algo. En su sentido moderno, "determinación" se refiere al acto de decidir, resolver o definir algo de manera clara y precisa”.

8.4.2. ¿Qué significa el fuego en la calle?

..... “Prometeo le roba el fuego a los Dioses”

¿Qué significa el fuego para los Prometeos?

¿Qué significa el fuego para los habitantes de calle?

¿Qué significa el fuego en la calle?...

El fuego, vital elemento que hace posible la vida, también hace posible la supervivencia en el Cáucaso, en la calle, en la olla, en la taquilla, en el Bronx, en el cartucho, en tantos lugares donde podemos encontrar a los Prometeos en medio de esta ciudad, en las grandes grietas de esta ciudad, las grietas que dejan las demoliciones y el desalojo de estos lugares, desalojos que le dan paso a la ciudad moderna que estéticamente debe ser limpia, ordenada, blanca... entonces el Cáucaso, en este contexto, simboliza el lugar de su tormento infinito, un sitio alejado y desolado que representa tanto la naturaleza implacable del castigo de Zeus como la resistencia y el sufrimiento de Prometeo.

Para mí fue bastante importante conocer la propia experiencia de los Prometeos, su voz, su relato, personas que sobrevivieron en el Cáucaso... este mito también puede ser interpretado como una metáfora del sufrimiento humano y la lucha contra las fuerzas opresivas, dichas fuerzas que se manifiestan en este contexto por medio del estado, el capital, y en muchos casos por los mismos núcleos familiares. En las mañanas antes de realizar las intervenciones, nos reuníamos el grupo de practicantes que estábamos IDIPRON-OASIS, en uno de los comedores nos sentábamos a hablar; socializábamos las propuestas para realizar ese día, de qué forma se llevarían a cabo y como nos distribuiríamos. Para ese momento yo ya venía con esta interrogante sobre el fuego, esto sucedió después de que conocí a Mapa Teatro y el epígrafe sobre el mito de Prometeo I acto, este elemento quedó resonando en mí por mucho tiempo, conocer de primera mano lo que significa el fuego en la calle, su carácter simbólico.

Las siguientes reflexiones se centran en los aspectos más relevantes, en aquellas cuestiones que más me han llamado la atención y que, aunque quizás ya intuía, las reafirmé con mayor certeza, especialmente al escucharlas de la voz de quienes las han vivido. Reflexiones que me marcaron y que evidencian la multiplicidad de experiencias que pueden surgir en torno a un mismo objeto común, pero que son vividas de manera diferente por cada persona en este contexto.

Mis prácticas se realizaban los jueves, de 8 a.m. acerca del mediodía, incluyendo un espacio para reflexionar en grupo sobre lo sucedido. No siempre asistían las mismas personas, lo cual representaba un desafío a la hora de desarrollar proyectos cuyo resultado final dependía de varias sesiones. Por esta razón, las actividades fueron diseñadas para completarse en cada sesión, de modo que en cada intervención se abordara un tema diferente. Como resultado, hallazgos que se presentan corresponden a contribuciones de diversas personas en distintos momentos.

Las siguientes imágenes son algunos de los resultados de un taller de creación que propuse como practicante de la Universidad Pedagógica Nacional en espacios de educación informal como el IDIPRON – OASIS “Prometo se hubiera liberado el mismo si no hubiera tenido miedo del águila, desarmado y agotado su comportamiento durante la liberación demuestra que tiene más miedo de la libertad que del pájaro.... Pudiéndose soltar no puede, aunque sabe que le hace daño...”

Mapa teatro, Prometeo Acto II - Proyecto Cúndua 2003

Las preguntas dinamizadoras del espacio fueron:

- ¿¿Que significa el fuego en la calle??

- ¿¿Que representa una caja de fósforos en la calle??

Candela en La Calle

02/03/20



La Candela en la Calle pero mi Significa demasiado porque en el momento que decidi elegir este Camino un fosforo un fosforo....

mas que de un momento a otro una persona puede llegar a estar gravemente herido por pedir un fosforo o Crisirse uno con un pipiso de San Basilio y no tener como prenderlo llega uno al desespero.

Mi relacion con los fosforos es sagrada como puede ser una caja con elementos que prenden cualquier cosa con esa caja puede llegar a hacerlo a uno "millonario por una chena" Expresion callejera porque de unos cajeros ganados bichas y plata a recibir el que entendi o entendi o

// mantega su Candela y no pala en la Calle Regalada.

// Restrepo



Con este ejercicio pude conocer la experiencia de mis estudiantes entorno a un objeto en común, la caja de fósforos, esto me sirvió para conocer de una “fuente directa” su significado. El relato anterior nos permite ver como un fosforo puede ser la analogía de una decisión el primer párrafo nos deja leer: El tener o no tener fuego en la calle resulta determinante para la vida de las personas que en ella viven, en especial aquellos que fuman, ya sea cigarrillo o “San Bazuco”, a partir de este relato, de uno de mis estudiantes, recalca aquel mensaje, el fuego es vital, es la vida en la calle. Pensar que puedes terminar muy herido por robar un fosforo, o al borde del desespero por tener la dosis, pero no tener con que encenderla pare ser otro de los tantos padecimientos por los que pasan los Prometeos.

Este participante definió su relación con la caja de fósforos “sagrada” por lo anteriormente mencionado, pero también hay algo que menciona: “con esa caja puede llegar a hacerlo uno millonario por una cheno¹⁴” De nuevo es evidente la necesidad de tener fuego en las frías noches que también queman este participante terminó su relato escribiendo:

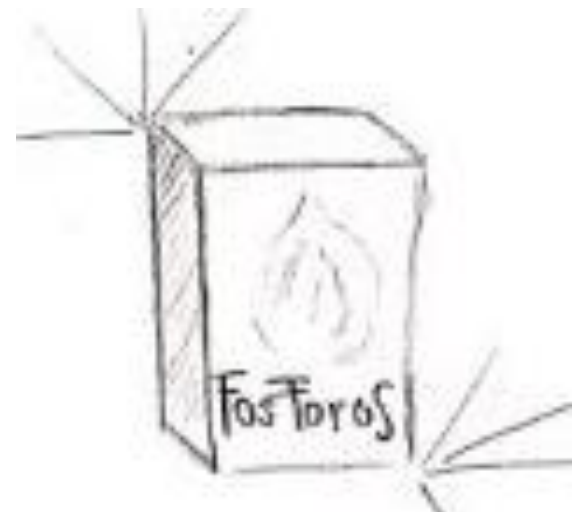
“...porque de unos cajazos ganados bichas¹⁵ y plata a recoger, el que entendió, entendió... Mantenga su candela y no pida en la calle regalado. El participante lo que nos dice es que, si tienes candela, pero no tienes bazuco o dinero, y estas en la calle, probablemente puedas ganar dinero y bazuco por tener este elemental.

¹⁴ Cheno: en la jerga callejera, hace referencia a la noche.

¹⁵ “Bicha” esto es una papeleta o sobre que contiene bazuco.

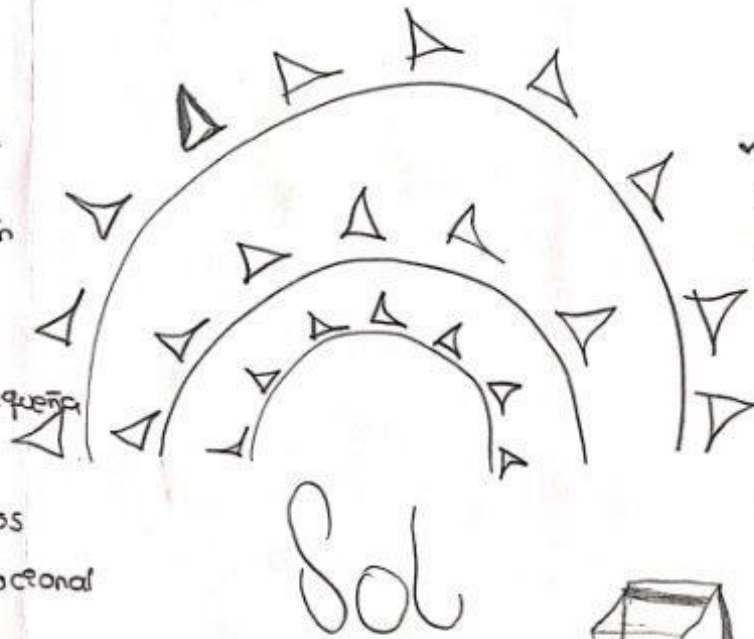
El Prometeo que tenga el fuego en la calle se libera del padecimiento, del sufrimiento, del desespero y de la ansiedad sofocante que marca sus vidas. Siempre poseer y no tener que pedirle regalado a los demás parece ser algo necesario e importante en todas las vidas, no solo para las que viven en la calle.

Este ejercicio no solo me permitió conocer el valor simbólico de la caja de fósforos, sino también entender que, en la vida de calle, el fuego adquiere un significado profundo: es poder, es autonomía, es supervivencia. En ese contexto, tener una caja de fósforos puede marcar la diferencia entre el control y el desespero, entre la calma momentánea y la angustia de una necesidad no satisfecha. El relato de este Prometeo contemporáneo revela cómo, en medio de la precariedad, incluso los objetos más simples pueden adquirir un peso vital. La candela — como él la llama— no es solo un medio para encender una dosis, sino también una forma de no depender, de resistir, de negociar. Así, el fuego deja de ser solo una metáfora y se convierte en un elemento central de la existencia en la calle. Quizás eso es lo que más me enseñaron estos encuentros: que, en lo mínimo, en lo cotidiano, se tejen los relatos más potentes de dignidad y resistencia.



FOSFOROS

Para mí concepto aparte de ser un utensilio de cocina primordial como lo es para la preparación de los alimentos en la calle aprendí que tiene muchas más usos esta pequeña caja de cartón sus lados y sus uso y de lo que nos genera a nivel emocional



Sus usos

- ✓ candela de desamue en la calle
- ✓ recogedor de ceniza
- ✓ recoge terapia
- ✓ es objeto de uso para juegos como 21/3 foradas/etc y muchas más



Fósforos

En la imagen anterior, podemos ver el resultado de uno de los participantes, en el descubrí que los participantes aparte de asociar la caja de fósforos con algo común de la casa se refieren a esta como: “lo que nos genera a nivel emocional” ...

Me pareció una respuesta bastante relevante en el sentido que reconoce que el fuego le genera cambios emocionales, esto da cuenta de la estrecha relación que produce consumo, y la sensación de ansiedad que produce el no satisfacer o suplir esta necesidad. Así mismo, los otros usos que se le dan a la caja de fósforos.

Una vez iba pasando por unas de las calles de San Victorino, recuerdo ver a un grupo de habitantes de calle tirados en un andén, jugando con una caja de fósforos como si esta fuera un dado, me quede pensando:

¿Qué estaban haciendo y porqué jugar con una caja de fósforos?

En ese momento no lo comprendía... pero cuando realicé este taller, muchos empezaron a mencionar este juego, pero en especial el participante que realizo este relato menciona: este objeto es de uso para juegos como: 21, 3 paradas, etc...Tirar la caja con el dedo pulgar e índice y lograr hacer que la caja quede de pie 21 veces, el primero en llegar a esa anotación gana, por lo general quien gana es quien enciende y fuma de la pipa de bazuco primero. Así mismo un objeto que sirve para guardar, tanto sus memorias como la “terapia”; una especie ceniza resinosa que les sirve para rendir sus dosis.





FOSFOROS



La Vida de la calle es una vida Solitaria, Cual unico compañia en noches Feas y Solitarias es lo que tenemos Como refugio para muchos de nuestros problemas la pipa, la caja de Fosforos y el crack.

- una de muchas historias como se dice ...
(en la calle la vida no vale nada)
por un fósforo he visto el desespero de Consumir y no poder hacerlo vivencia personal, personas que han perdido la vida ya sea por negarse un fósforo, tobarse una caja de fósforos
- En la calle usamos la caja como objeto indispensable para el consumo (Guardamos la cerca) Guardamos el pegado de la boca que en nuestro lenguaje se llamamos (terapia, melazo)
- En nuestra vida vacia de calle y consumo la caja es "un juego de mesa" se puede decir Desperamos el tiempo apostando por medio de esta cigarrillo, tabaco, comida



La forma en que cada participante hablo fue variada, algunos optaron por dibujar tal cual se veía la caja de fósforos intentando realizarla lo más parecido, quienes lo hicieron así fue porque tenían un gusto por el dibujo, por la imagen, por la representación. “La pipa La caja de fósforos el crack como la única compañía en las noches solitarias”; así describe su relación con el fuego con una caja de fósforos. Aquí ya no solo es lo que guarda sino aquello que se habita, como un hogar como un refugio que además de protegerles del frio les protege de los “otros”.

Todos los códigos y leyes callejeras que están inmersas en la calle por lo que resultaría ser un “simple objeto” desde nuestra mirada- personas que no habitan la calle-, al realizar este análisis pude identificar esto que me resulta sorprendente-más hacia el lado del horror- pensar que “la vida en la calle no vale nada”, o lo mucho que puede llegar a valer un fosforo en la calle, en medio de una helada madrugada en Bogotá. Este ejercicio revelo todas esas vivencias personales relacionadas a caja de fósforos, por lo general para esta población, la caja de fósforos se enmarca en un contexto de ansiedad, desesperación y violencia al negarse de compartir de sus fósforos, su fuego, “la caja de fósforos como objeto indispensable” este objeto es un elemento de interacción para esta población, es un elemento que permite una serie de relaciones y prácticas determinadas por el sistema: capital, dinero y el consumo, las cuales llevan a las personas que viven en la calle en una constante perdida, de lo material y de sí mismo, como en el mito de Prometeo: “El águila se alimenta de su hígado” a los habitantes de calle el águila se alimenta de sus bolsillos, el águila representa el capital, el consumo, el bazuco que le mantiene sus bolsillos vacíos y su vida en una constante perdida. “En nuestra vida vacía de calle, la caja es un “juego de mesa” ... desperdiciamos el tiempo apostando cigarrillos, trabas, comida...” La caja de fósforos y la multiplicidad de usos que nacen en la calle los cuales establecen métodos para la supervivencia en las calles, anclada al juego, la apuesta, el trueque, siempre hay algo a cambio y nada es gratis... esto hace parte de las reflexiones que me dejo el ejercicio.

GRANDE LA EN LA CALLE

El fuego para mí en la calle es la maldad donde la vida donde cogi la peor decision de cuando en la calle es la vida a la vez des el dolo (si no hay fuego no hay llama) es la muerte a la vez si recoges un baston te quitan los dedos tambien es un uso muy especial aparte de la calle si no en otros lugares,



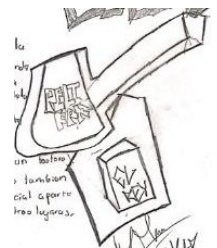
Michell Moreno



El fuego para mí en la calle es la maldad, donde la viví, donde cogí la peor decisión de mi vida la candela en la calle es la vida...dice el dicho: si no hay candela no hay mamá... si recoges un fosforo te quitan los dedos...

Varios de los relatos hablan un poco de la gravedad que implica robarse un fosforo, y esto me hace pensar en los límites a los que puede llegar el ser humano, al punto de que te quitan los dedos, o peor aún te matan. Pensar que el fuego en la calle es la vida y a la vez la mamá, invita a reflexionar en el aspecto hogareño, materno que tiene el fuego con las personas, en especial con este grupo social.

La estética de este dibujo me llama la atención, se enmarca un poco en el estilo hip-hop, en el sentido de que las letras que hace se asimilan un poco a lo que se le conoce en el graffiti como letras en bloque, el graffiti es una rama, una expresión artística del hip-hop, como también lo es el RAP, el Break dance, y el Djing. “los fósforos son como las oportunidades” el ejercicio deja en evidencia el pensamiento de esta población marginalizada al entender que, por sus diferentes condiciones, sus oportunidades cada vez son menos y más precarizadas. Para algunos participantes pensar en la caja de fósforos trajo consigo recuerdos tristes, o que no eran triste hasta el ser vistos desde otro punto, desde otro momento de sus vidas, sin embargo, el ejercicio invita a reflexionar sobre aquellos aspectos que no se tienen muchas veces en cuenta antes de realizar diferente tipo de acciones, las consecuencias que llevan los actos.



- Llama insalvable, fuego que atormenta nuestras vidas, esa flama que
ha consumido, gran parte de los sueños, que de niños teníamos.
Como un incendio Boroz, que consume la forestación, así de veloz
ceniza nos volvió, pero algo que si nos enseñó, ser resistentes y soportar
el dolor. Experiencias malas, sobre todo, el infierno en vida lo
refleja, que por un simple soplo nuestros dedos a chichorro,
Cada día que paso, su calor intenso nos envolvió, noches en vela nos
torturo que por que el quiso se agoto.
Queriendo sentir, el calor, el de hogar, que solo queda en
recuerdos.

Fabian Useche

Otros resultados resultaron en una mirada más poética, la anterior imagen da cuenta de ello, la forma en la que este participante respondió, me llevo a pensar en la mirada poética que puede existir sobre la calle y las experiencias que en ella se enmarcan, ver la vida en la calle con otra mirada. “Un fuego que atormenta sus vidas” un placer que resulta ser una condena, una incertidumbre, una desesperación, la relación que cada persona puede tener con el fuego evoca un sin fin de sentires y analogías que les permitió a los participantes contar momentos de su vida jamás antes contados. “Los sueños de niño que se quemaron” las decisiones marcan nuestras vidas, sin embargo, durante mis prácticas aprendí que el contexto en el que uno crece marca radicalmente nuestras vidas, pues en este lugar había personas que prácticamente habían crecido en las calles para los cuales el IDIPRON OASIS era su hogar casi qué propio. Los sueños y los recuerdos como un andamiaje para el presente de sus vidas, para entender quiénes son y las múltiples razones que existen para habitar las calles de la ciudad. “Volverse ceniza” Perderlo todo, hasta perderse a sí mismo. Perder la calidad humana de la vida, estar sano física y mentalmente.

La condena a la que se ve sometido Prometeo en la ciudad, una condena que no termina, es cíclica, pues parece

llegar a un punto y volver a repetirse, muchas de las personas que entraban a IDIPRON OASIS buscan dejar las drogas, algunos entran con la mentalidad de dejarlas para siempre, algunos otros van para tomar fuerzas de nuevo, “internarse unos días” como decían ellos...aquellos que querían dejar las drogas para siempre, solo logran soportar unas semanas antes de que la ansiedad les gane y los obligue a ir a la calle de nuevo, en un ciclo que parece no terminar.

“Ser resistentes y soportar el dolor” como la “maleza” que crece entre el cemento de los andenes, esta población resiste innumerables padecimientos los cuales los hace convertirse en resistentes, una resistencia que les hace ser seres hostiles, estar siempre a la defensa o prevenido de lo que pueda pasar. Una vida llena de dolor atada a la condena de sus días, vivir en el Cáucaso buscando diariamente la libertad de sus vidas. “Experiencias malas sobre todo el infierno en vida lo reflejo” todo lo que puede encarnar la caja de fósforos y los recuerdos que puede detonar, los participantes mediante el ejercicio lograron enlazar diferentes temas de sus vidas personales en torno al objeto utilizado.

“Queriendo sentir ese calor de hogar que solo queda en recuerdos” esta población se enmarca en el sentido de la perdida, pues diferentes motivos ya sea: la falta de cariño en la niñez, perder el trabajo, perder un amor, el dinero, la muerte de la mamá entre otras duras perdidas, son motivos que los lleva a elegir vivir en la calle, recuerdos y sentires que se intentan recuperar consumiendo drogas, buscando ese cariño, ese calor que ya no encuentran.

La imagen anterior muestra el resultado de un participante que venía viajando, guerreando¹⁶. Esta persona venia desde el pacífico colombiano, hace unos días había llegado a la capital, dormía en las calles de la fría ciudad, desde hace un par de semanas estaba en el IDIPRON OASIS empezando un proceso, esta persona era casi de mí misma edad (23 años). “Un lugar que te ayuda a convertirte en la luz encender la llama...”la llama que todos llevamos dentro “cada persona brilla con luz propia entre todas las demás” (Galeano,1998) Un vasto mar de fuegos dentro de una caja, un sinfín de historias que se pueden entrelazar al explorar las diversas razones que pueden llevar a alguien a elegir vivir en la calle. Me sorprendía ver cómo personas de mí misma edad habían vivido el doble de experiencias que yo. Mucho de lo que aquí se expresa se puede comprender mejor porque pude escucharlos, estar con ellos y conocer aquello que no sabían cómo plasmar por escrito.

La intervención permitió interpelar el presente a través de las memorias que perduran del pasado. Un lugar seguro que cuida los fósforos de la humedad, de doblarse o dañarse.... como si fuese IDIPRON resguardando a los “gamines” y ayudándoles en un proceso que les ayuda a ser mejores personas aptas para una vida digna, con

¹⁶ se refiere a viajar colgado de la parte trasera de los camiones o escondido en el platón, pues si son vistos por el conductor pueden ser arrojados a la carretera con el vehículo andando, o recibir una golpiza.

un empleo ayudándoles a encender esa chispa (motivación y estudio) y convirtiéndolos en luz, la luz que faltaba en su mundo de oscuridad.

Así, la caja de fósforos dejó de ser un simple objeto para convertirse en metáfora de vida, de fragilidad y de posibilidad. En cada llama encendida durante los talleres, no solo se activaron recuerdos, también se encendieron voces largamente silenciadas. El fuego fue puente entre la memoria y el presente, entre el dolor vivido y el deseo de sanar. En IDIPRON OASIS, cada persona que entra trae consigo un pasado quemado por la intemperie, por las pérdidas y la soledad, pero también la posibilidad de volver a arder, esta vez no para consumir, sino para iluminar. Acompañar este proceso me permitió comprender que a veces basta una chispa —una escucha atenta, una palabra o una imagen compartida— para comenzar a encender algo distinto: una forma de habitar el mundo con más dignidad, más esperanza y más sentido. Porque incluso en medio del asfalto más frío, hay fuegos que insisten en no apagarse.

- La caja de fósforos: un objeto detonante para la creatividad y un activador de la memoria:

En las siguientes páginas profundizaré en los resultados de esta intervención. Si bien no todos los habitantes de IDIPRON OASIS consumían bazuco u otras sustancias, todos compartían una razón para estar allí: buscaban ayuda. Ya fuera por un lugar donde dormir, comida, acompañamiento emocional o simplemente un espacio seguro, cada uno de ellos —al igual que Prometeo— libraba su propia batalla por la libertad.

Para iniciar el ejercicio creativo, les sugerí expresarse en el lenguaje que les resultara más cómodo: podían escribir o dibujar. Les expliqué que sus creaciones serían vistas y leídas por más personas, algo que generó entusiasmo. Para muchos, era la primera vez que sentían que su historia, su voz y su mirada eran realmente tomadas en cuenta. Fue allí donde comprendí la importancia de escuchar: muchas de estas personas no solo no tienen con quién compartir sus experiencias, sino que quizá nunca se les había ofrecido un espacio para hacerlo. Noté, además, que quienes optaban exclusivamente por el dibujo solían tener dificultades para escribir. Algunos presentaban condiciones especiales, lo que hacía que el dibujo se convirtiera en su principal medio de expresión. A través de sus trazos, lograban contar lo que las palabras no alcanzaban a decir.



IDIPRON – OASIS. UN REGISTRO SOBRE LA ACTIVIDAD - Ellos fueron mis estudiantes. Fotografía tomada por Andrés Chávez, compañero de práctica.

Varias personas que eligieron escribir lo hicieron con entusiasmo. Comentaban que era como contarle su historia a alguien, como hablarle al mundo. Esta población siempre tiene algo que decir, y una necesidad profunda de ser escuchada. Luego de dar las instrucciones, algunos se tomaron un momento para pensar, activando sus memorias y experiencias ligadas a la caja de fósforos, buscando la forma de traducirlas en palabras o imágenes. Para algunos, la inspiración fluyó de inmediato; para otros, tardó más en llegar. Y unos pocos prefirieron simplemente hablar.

El diálogo también se volvió parte esencial del proceso. Surgieron conversaciones individuales con algunos estudiantes —no con todos, pues había quienes se mostraban cerrados o reacios a compartir lo que sentían—, pero esos intercambios, incluso los más breves, me permitieron conocer aquello que les afecta, esas otras formas en que se expresan los sentimientos cuando no hay palabras o cuando estas no alcanzan.

Para cerrar el espacio, nos reunimos en una mesa redonda y compartimos lo realizado: dibujos, escritos, reflexiones, hallazgos, dificultades y todo lo que había emergido en ese ejercicio de preguntarse sobre un objeto tan simple, pero tan cargado de sentido. Fue un momento íntimo y revelador. Sin embargo, al final del taller, noté algo inesperado: la caja de fósforos que había colocado en el centro ya no estaba. Alguien la había tomado sin decir nada. Uno de los Prometeos lo había hecho de nuevo: robar el fuego.

En ese gesto simbólico, comprendí la profundidad del acto. Ese día, a mí también me robaron el fuego. No como pérdida, sino como revelación. En ese pequeño acto se condensaba todo lo que habíamos hablado: la necesidad,

la urgencia, el deseo, la supervivencia. Incluso dentro del refugio de IDIPRON OASIS, el fuego sigue siendo valioso, codiciado, vital. Y fue entonces cuando uno de los participantes dijo algo que se me quedó grabado:

“...El fuego es peligroso si no se sabe controlar...”

Una frase breve, pero cargada de verdad. Porque el fuego en la calle no solo calienta o alumbra, también quema, destruye, consume. Aprender a sostener ese fuego sin que nos destruya —quizás— sea la verdadera lucha de estos nuevos Prometeos. Inmediatamente, este comentario evocó en mí el recuerdo de un fragmento del video documental sobre el proceso de *Prometo II Acto*, realizado por Mapa Teatro sobre las ruinas del antiguo Cartucho.

El fragmento decía textualmente:

..... ninguno de nosotros lo supimos usar, al contrario, esa fue la destrucción de nosotros el fuego, porque el fuego nos ponía en una cosa que no sabíamos a que estábamos jugando con la vida de nosotros hasta que un día... pues... yo me salvé, por ser Prometeo...

...aquí un fosforo significa la plata porque si usted no tiene un fosforo para prender tiene que dar un pipazo¹⁷ o tiene que comprarlo, eso es lo que significa un fosforo... a veces por un fosforo lo matan a uno, porque si uno se le roba un fosforo a un compañero ahí mismo sino le da puñaladas, lo matan, lo cogen a piedra, dormido....

Lo anterior fue dicho por uno de los participantes de *Prometo II Acto*, una persona que había habitado el Cartucho, y quien hilaba relatos de su vida con el mito de Prometeo. La actividad logró poner en evidencia las diversas relaciones que establecen las personas del IDIPRON- mis estudiantes-, con la caja de fósforos, mostrando las distintas percepciones que pueden existir sobre un mismo objeto. También permitió explorar los usos alternativos que se le dan a las cajas de fósforos, los códigos presentes en la calle y, finalmente, resolvió la pregunta que tenía sobre su uso como "dado", tras haberlos visto jugar de esta manera en la calle. Puedo decir que a este lugar de práctica llegué con preguntas que intenté responderme por medio de las actividades propuestas que fueron realizadas con las personas del hogar; habitantes de calle y en riesgo de estarlo.

¹⁷ Hace referencia a fumar bazuco por medio de una pipa.

Esta actividad también desafió una de las características que conformaban el estigma que yo mismo había construido en torno al habitante de calle —un estigma que, en realidad, es una construcción social—, especialmente en relación con su razón de ser. Aunque la habitabilidad en la calle está comúnmente asociada al consumo de sustancias, existe un número significativo de personas que llegan a vivir en la calle debido a diversas razones que no tienen relación con el consumo.

En la actividad participaron un par de personas que no eran consumidores de ninguna sustancia que requiera del fuego- la caja de fósforos está estrechamente ligada al consumo de bazuco-, llámese bazuco, cigarrillos, etc, entonces ellos mencionaban no tener relación con la caja de fósforos, sin embargo, por medio del dialogo se pudo llegar a encontrar una relación, que no precisamente estaba radica con el consumo o la habitabilidad en la calle, se llegó a establecer esas relaciones entre el fuego y el hogar, el alimentarse, calentarse y un poco hacia los procesos de la evolución.

Las metáforas que pueden surgir a partir del fósforo son infinitas. Lo que más destaco de esta actividad es que permitió activar la memoria en torno a este objeto, tan significativo para esta población. Un elemento que se puede seguir utilizando en clase, en estos espacios porque permite resignificar las experiencias que allí se enmarcan por medio del relato y que esto sirva de aporten a su superación personal, teniendo en cuenta que las personas que accedieron a estos espacios se encontraban en abstinencia al consumo de sustancias y en proceso de desintoxicación para dejar de consumir, sin embargo, no todos logran culminar el proceso y vuelven a recaer en las calles.

8.5. Estéticas de la suciedad.

Estética: En este proyecto, la estética se comprende como la expresión sensible y singular de cada persona: su forma de hablar, sentir, ver el mundo, y relacionarse con los colores, los objetos y los espacios. Estas expresiones emergieron de manera espontánea y genuina durante los talleres de creación realizados en los centros donde llevé a cabo mis prácticas pedagógicas. La estética se aborda como una cualidad esencial e individual que permite a cada ser mirar y narrar su mundo desde una perspectiva propia, construida a partir de sus experiencias y emociones. Esta mirada se manifiesta tanto en la palabra escrita como en las producciones visuales, y representa una forma de transitar lo vivido y hacerlo comunicable.

Además, el proyecto entiende lo estético como una manera de percibir y enunciarse en el mundo, especialmente en el contexto de la habitabilidad en calle. No se trata solo de lo que se ve superficialmente, sino de cómo las personas se identifican y se representan más allá de un nombre: desde su forma particular de habitar, resistir y

crear sentido en un entorno hostil. La actual sociedad moderna¹⁸ latinoamericana ha evolucionado en cuanto a sus sistemas de control, los cuales consideran que la mugre y la suciedad deben ser eliminadas. Los habitantes de calle son una población que ha resistido ante el exterminio sistemático, en una ciudad que no detiene su avance. Una población que ante el exterminio ha buscado formas de vivir y habitar la ciudad.

8.5.1. Comanche: La resistencia desde la marginalidad

Recordando las palabras de comanche, líder del cartucho quien habló ante el senado de Colombia diciendo lo siguiente:



Comanche. Foto de Richard Emblin. 1992.

...Vengo en nombre de toda la indignancia para hacerle ver a nuestro pueblo lo que cometen con nosotros. Somos humanos como cualquiera de ustedes, tengamos o no tengamos; este cuerpo tiene algo de Dios y si tenemos algo de Dios por favor no nos exterminen.

¹⁸ La ciudad latinoamericana siempre ha pensado su modernidad en términos de defensa contra las impurezas ocasionadas por la mezcla de clases, hibridación de razas, culturas y lenguajes que implican su acelerado crecimiento. Aquí, estas mezclas fantasmales se somatizan con la metáfora de las transfusiones de sangre y su corolario defensivo, o sea la necesidad de mantener ciertas reglas y ceremonias de “pureza” en medio de los flujos y confusiones de cuerpos. (Kantaris, Abril-Junio 2008 pag 458)

Si estamos en un andén nos gritan, y si estamos bajo un puente nos matan, porque nuestra única arma es la mugre...estamos dispuestos a participar en la paz porque queremos una Colombia bella y amable. Reconocemos que somos una mancha, pero hay otras personas que tiene más cosas para ser manchas más grandes. Queremos que los colombianos se toquen el corazón porque hay gente de mucha capacidad tapada por la mugre y no la han valorado... (Comanche, 1993)

Comanche fue una figura emblemática que logró ver más allá del estigma social que recae sobre la población habitante de calle. En él, esta comunidad encontró una voz que supo nombrarla con dignidad, reconociendo en la vida en la calle no una falla del sistema, sino una forma legítima de habitar y resistir dentro de él. Su perspectiva no fue desde la lástima ni desde la superioridad moral, sino desde la empatía y la identificación: comprendió que en la marginalidad también hay identidad, historia y humanidad.

Su papel fue determinante para quienes vivieron en El Cartucho, ya que su oposición a los mecanismos de exclusión y exterminio —como lo fue la llamada “limpieza social”— le costó la vida. Sin embargo, su legado permanece vivo, convertido en memoria y resistencia en las calles del centro de Bogotá. En los años noventa, cuando los cuerpos de habitantes de calle aparecían sin vida en contenedores de basura, detrás de Medicina Legal o en las periferias urbanas, Comanche se atrevió a denunciar públicamente esta violencia silenciada. En su discurso —profundamente simbólico—, la mugre y la suciedad no son sinónimos de degradación, sino de identidad y resistencia. En lo que la sociedad considera desecho, Comanche descubría una forma de enunciarse: lo sucio como signo de lucha, como marca de una existencia que desafía la limpieza homogénea impuesta por la modernidad.

Como señalan investigaciones críticas sobre la época:

La “limpieza social”, perpetrada por la Mano Negra —sujeto gaseoso e inimputable—, se constituyó como una práctica sistemática de exterminio, visible, en el sentido que aparecían cadáveres en las calles, pero prácticamente invisible para la prensa local, la acción judicial y la opinión pública, más preocupados por la guerra contra el narcotráfico y la insurgencia que por el asesinato de indigentes y jóvenes drogadictos que con su sola presencia “ensuciaban” las calles. (CALDODECULTIVO, 2015)

La mugre, en este contexto, no es una condición física, sino una categoría simbólica que la ciudad usa para excluir. Cuando se observa a una persona en situación de calle, lo que se ve primero es esa capa de suciedad que parece adherirse como una segunda piel. Pero esta mugre —más allá de lo visible— remite a una marca social, a un rechazo estructural que evidencia la forma en que nuestras sociedades clasifican los cuerpos y sus formas de habitar el espacio. En este sentido, *Comanche* nos deja un mensaje potente: la ciudad también ensucia.

Habitarla, especialmente desde los márgenes, implica cargar con una mancha, un estigma que, muchas veces, es el precio de la supervivencia. Su discurso sigue siendo vigente porque logra devolver la humanidad a quienes han sido deshumanizados, recordándonos que los sujetos marginados también sueñan, sienten y luchan por un futuro distinto. Considero que los habitantes de la calle —aquellos que duermen sobre los andenes o recorren la ciudad con sus carretas— forman parte del paisaje bogotano. En la ciudad persisten las huellas de quienes también la habitaron: marcas cargadas de historias y acontecimientos que resisten el olvido, a pesar de los múltiples mecanismos estatales que han intentado borrarlas. Sin embargo, hay otras formas de mirar. Algunas miradas han comenzado a entender que la suciedad no es solo desecho, sino también rastro, testimonio. Como lo menciona Lían Chambers:

...posteriormente algunos han adoptado una estética que asume que un edificio nunca es nuevo, que sus paredes y su decoración siempre están gastadas, bautizadas de suciedad y de mugre, que nunca existió el punto cero del día en que el edificio comenzó; siempre está habitado. En este punto la ciudad como lugar de vidas anteriores, se vuelve una acumulación cambiante de huellas un palimpsesto que se ha de leer y reescribir una y otra vez... (Chambers, 2006, pág. 172)

Desde esta perspectiva, la ciudad deja de ser un espacio pulcro y homogéneo para revelarse como un cuerpo vivo, hecho de capas, de residuos, de memorias. Y en ese cuerpo, las huellas de los habitantes de calle no solo tienen lugar, sino también voz. Una voz que, aunque incómoda, sigue resonando, insistiendo en ser escuchada.

Para comprender a la población habitante de calle, es necesario reconocer que su existencia es, en gran medida, el resultado de un sistema capitalista que impone una lógica de consumo desmedido y una sociedad que, al tiempo que los produce, los excluye. Son vistos como “desechables”: personas que, al dejar de ser funcionales o rentables para el modelo económico vigente, son descartadas, consideradas improductivas o inútiles.

La suciedad, entonces, no es solo una condición física que acompaña la vida en la calle, sino también una marca simbólica. Es una huella que habla de trayectorias interrumpidas, de resistencias silenciosas, de historias que siguen escribiéndose en medio de la indiferencia. La ciudad, con sus calles y esquinas, conserva estas marcas, a pesar de los intentos por ocultarlas bajo capas de pintura, cemento o discursos de progreso. La mugre —eso que molesta, que se quiere eliminar o esconder— se convierte en una especie de lenguaje. Es lo que queda cuando todo lo demás ha sido borrado. Lo sucio no se muestra, no se celebra, no se acepta. En muchas sociedades, se aboga por su desaparición, como si eso garantizara una ciudad más "digna", más "segura". Sin embargo, lo sucio también habla. También guarda memoria.

Haber realizado mis prácticas pedagógicas con esta población, y enfocar mi investigación en torno a sus vidas y formas de habitar el mundo, me permitió mirar más allá de esos estigmas. Pude ver que detrás de cada cuerpo cubierto de mugre, detrás de cada mirada esquiva, hay una historia que merece ser contada. Mi trabajo buscó, en parte, contribuir a la transformación de ese imaginario negativo que históricamente ha rodeado al habitante de calle: ese “otro” visto como peligroso, sucio, marginado. En la sociedad moderna, estas percepciones han sido reforzadas por elementos estéticos como el deterioro físico o la ropa desgastada, utilizados como excusa para la exclusión y la segregación.

No es arriesgado afirmar que estas prácticas de para- justicia han contado, y cuentan, con el beneplácito del estado y el silencio cómplice de la sociedad en general, que ven en los “ñeros” la encarnación de la decadencia urbana, sí, pero también un cuestionamiento intrínseco a la lógica del bienestar, la racionalidad acumulativa y la noción de progreso. (CaldodeCultivo — Unai Reglero, Gabriela Córdoba Vivas y Guillermo Camacho, 2015)

La limpieza social que se vivió en Bogotá surge del anhelo por mantener una ciudad “limpia”, no solo en términos físicos, sino también simbólicos. Detrás de esta aspiración se esconden múltiples mecanismos estatales dirigidos a hacer desaparecer a un grupo social incómodo: los habitantes de calle. La intención no era solo erradicar su presencia, sino también borrar todo rastro de sus vidas, sus cuerpos y su supuesta “decadencia”, esa que muchos prefieren no ver porque incomoda, porque perturba la idea de una ciudad ordenada y funcional.

Como señala Kessler (2009), “la sensación de control es vital para comprender este recorrido, pues a los temores externos (la noche, animales peligrosos...) se sumó en la modernidad la introducción de sociedades de control, donde se configuraron nuevos referentes –internos o externos– de un ‘otro’ peligroso, quien debía ser sometido o eliminado”. Bajo esta lógica, quienes habitan las calles no solo son marginados por su condición material, sino también convertidos en amenazas simbólicas: en manchas que encarnan lo “malo”, lo “desechable”, lo que la sociedad prefiere ocultar para conservar su propia imagen de limpieza y progreso. En este sentido, pensar en lugares como el antiguo barrio El Cartucho es remitirnos a un “botadero” humano en el corazón de Bogotá, un espacio donde iban a parar aquellos considerados “desechables”: ladrones, consumidores de drogas, trabajadoras sexuales, personas con trastornos mentales o simplemente quienes ya no eran aceptados por sus familias o comunidades.

Muchas de las personas con las que trabajé durante mis prácticas pedagógicas en IDIPRON OASIS compartían trayectorias marcadas por el abandono, la exclusión y la violencia. Reconocerlos como sujetos de derechos, con historias, memorias y formas propias de expresión, fue una experiencia profundamente transformadora, tanto para mí como investigador como para ellos, al asumirse como narradores de su propia vida. Esta propuesta se adentra en el uso de las artes visuales como un lenguaje posible para contar las historias de la calle. Herramientas

como el grabado, el dibujo o la fotografía abren caminos para alzar la voz de aquellos que históricamente han permanecido silenciados. Se trata de relatos que, al ser narrados desde la experiencia del vencido, del marginado, del sucio o del descartado, se resignifican.

Adquieren un nuevo sentido y se inscriben en el espacio urbano, contribuyendo a la construcción de una Historia local, distinta de la oficial, tejida desde los márgenes. Dentro de la categoría que he denominado *estéticas de la suciedad*, se recogen una serie de razones hegemónicas que han sido utilizadas como justificación para acabar con este grupo social. Bajo esa lógica, se pusieron en práctica acciones inhumanas y paramilitares como la llamada “limpieza social” de los años noventa, que culminó en la desaparición del barrio El Cartucho. Estas acciones no solo pretendían erradicar cuerpos, sino también borrar huellas, memorias, formas de habitar y de resistir.

Frente a esto, propongo una resignificación del concepto de suciedad y mugre, entendiéndolos como huellas del habitar urbano. Son marcas que, lejos de ser borradas, pueden ser contadas, reescritas y transmitidas por quienes las han vivido en carne propia. Los participantes de los talleres, a través de narrativas visuales, compartieron esas vivencias. En sus relatos emerge un submundo que, más que oculto, es un espejo de la ciudad misma, de sus lógicas de exclusión, pero también de sus posibilidades de creación y transformación.

Durante mi tiempo como practicante en IDIPRON OASIS, descubrí que “ensuciarse” podía adquirir otro significado. Recuerdo especialmente cuando, en uno de los talleres de grabado, un participante comenzó a explorar con su cuerpo como herramienta expresiva. En ese gesto, cargado de potencia simbólica, la suciedad dejó de ser un estigma para convertirse en lenguaje, en trazo, en acto de memoria. A continuación, explicaré esa experiencia con más detalle, pues en ella se condensan muchas de las tensiones —y posibilidades— que atraviesan esta investigación.

8.5.2 Taller de Grabado: Ensuciarse, mancharse el cuerpo; experimentar otras materialidades.

Para esta sesión me articule con un compañero de práctica para intervenir por medio del grabado en madera tipo MDF; a esto denomina Grabado en relieve. (Xilografía si la matriz¹⁹ es en madera). El grabado en relieve, específicamente la xilografía, es una técnica de impresión en la que se talla una superficie de madera de manera que las áreas no talladas quedan en relieve y pueden ser cubiertas con tinta para transferir la imagen a un papel u otro material. En este proceso, las partes elevadas de la madera son las que imprimen, mientras que las áreas

¹⁹ Matriz: superficie física que se puede manipular para retener tinta, que luego se transfiere al papel. La mayoría de las matrices (aunque no todas) pueden imprimir la misma imagen muchas veces.

talladas permanecen en blanco. La xilografía es una de las formas más antiguas de grabado y se utiliza tanto en la creación de ilustraciones como en textos.

Para esta clase yo llevé una matriz que ya había hecho anteriormente, esto lo hice con el fin de acelerar un poco el proceso y alcanzar a tener algunos resultados durante el tiempo de clase. Así mismo mi compañero llevo unos tipos móviles, junto a otras imágenes impresas que luego fueron talladas en la madera. El término "tipos móviles" se refiere a un sistema de letras y caracteres individuales que se utilizan en la impresión, permitiendo componer textos de forma rápida y eficiente. Fue inventado por Johannes Gutenberg en el siglo XV, revolucionó la impresión y la producción de libros.

La intención de este espacio fue conocer esta técnica, la cual fue bien recibida por los participantes, les intereso mucho darse cuenta de que podían construir sus imágenes o frases y reproducirlas varias veces ya que este proceso es propicio para ello, también lo vieron como una forma de generar ingresos, pues cuando están viviendo en la calle buscan diferentes formas de rebuscarse el dinero, ya sea con manillas, aretes, entre otras manualidades... sin embargo el ejercicio también fue encaminado a que la población encontrara una forma diferente de expresarse, con el ánimo de ser escuchados, de ser vistos en otros lugares, construir una imagen, algunas de estas tomaron forma de cartel.

Una vez se compartió la información sobre lo que haríamos y los materiales que utilizaríamos empezamos a trabajar; para esta técnica hay que utilizar tinta litográfica, con su uso hay que tener bastante cuidado, pues es una tinta a base de aceite que al secar es casi imposible de remover, entonces para tener cuidado de ello, el primer paso fue comenzar a arreglar el lugar:

Instrucciones:

- Juntar las mesas para que todos pudiéramos trabajar en una misma, en el centro del salón.
- Después cubrirlas con plástico u otro material que impida manchar los utensilios del lugar.
- Ponerse delantales para evitar mancharse. (unos pocos que habíamos llevado).
- Poner los materiales encima de la mesa para realizar la matriz propia o utilizar las que ya hay.
- Disponerse a trabajar, tallar, entintar, imprimir.

La actividad se desarrolló en tres tiempos, el primero de ellos busco explicar los usos y su historia, un breve resumen, pues los tiempos dispuestos fueron cortos y primaba lo práctico, el hacer. Sin embargo, quisimos hablar un poco de sus orígenes, las transformaciones que en su tiempo género y su alcance. Luego explicamos lo que

es una imagen en negativo: esta es una **imagen fotográfica en la que las luces aparecen en tonos oscuros y las sombras en tonos claros**, es decir, la imagen en negativo permite construir una imagen cuyos rellenos y líneas son de color negro, esto sobre un fondo blanco (el papel o dependiendo el color del material). Elegimos este formato porque es el que más se suele usar para este formato y porque sólo teníamos tinta negra. Después de haber comprendido el formato y el color de las imágenes que utilizaríamos procedimos a desarrollar la actividad. Esta se vio bien recibida por las personas del hogar, muy emocionados y dispuestos se pusieron a tallar sus imágenes sobre los trozos de madera; después de que ya las habían hecho empezamos a entintar e imprimir las imágenes sobre papel...

A continuación, analizare el resultado de la exploración con Camilo; a diferencia de los otros participantes, durante este taller sintió la necesidad de plasmar imágenes en su cuerpo.



La foto es de mi autoría: Jhonn Cuenca – 2023 capturadas con la cámara de un celular Samsung A1

En su pecho lleva impresa una matriz que titulé *Simius Mendax*, una obra de mi autoría que decidí llevar al taller. Le gustó tanto que quiso plasmarla sobre su camiseta, sobre el papel... y sobre su cuerpo. Me sorprendió su elección, pues sinceramente, nunca imaginé que una imagen creada en linóleo y tinta litográfica pudiera adquirir un estilo visual tan cercano a los tatuajes callejeros. Un estilo profundamente ligado a sus experiencias. En sus puños, él mismo escribió “cara de puño”, una frase muy conectada con su historia de vida en la calle. Como él decía: “*Ser cara de puño para que no te vean la cara*”. Ahí pensé en la suciedad no como algo que deba esconderse, sino como resistencia, como respuesta, como forma de enunciación. La mancha, el “ensuciarse”, la mugre, en este caso, se convierte en una expresión de identidad y una forma de sobrevivir.



Revisar álbum fotográfico virtual página # 54

Uno de los símbolos más comunes entre esta población es la lágrima tatuada en la cara. En muchos contextos, representa el haber quitado una vida: “*lleva un muerto encima*”, dicen. Sin embargo, Camilo eligió ponerse una “X”. Esa decisión, aparentemente simple, encierra otras narrativas. Lo relevante de esta intervención no fue solo el dibujo en sí, sino la experiencia de explorar nuevas materialidades, incluso su propia piel como superficie expresiva. Este acto causó molestia en algunas profesoras del hogar, quienes se incomodaron por el hecho de que los participantes “se ensuciaran”. Me llamaron la atención, como si aquello fuera negativo o un problema. Pero fue una acción espontánea, auténtica, que surgió del deseo de expresarse. No podía —ni debía— interponerme ante ese impulso genuino de comunicación.

Se ensuciaron para crear. Y ese fue, precisamente, el valor del espacio: resignificar la idea de ensuciarse, darle otro sentido más allá del prejuicio que pesa sobre quien habita la calle o escarba entre la basura. Aquí, ensuciarse fue un acto simbólico. Lo que habitualmente se asocia con marginación o con algo que debe evitarse, se convirtió en una herramienta poderosa de expresión. En ese proceso, el cuerpo y la tinta dialogaron, y el taller se transformó en un espacio donde lo marginal encontró sentido y potencia creativa.

Pensar en la suciedad como resistencia es asumir lo que el mundo rechaza, lo que la sociedad esconde o desprecia. Es, como decía Comanche, reconocer que “*la mugre es nuestra única arma*”. En este contexto, la mugre deja de ser un estigma y se transforma en una forma de subversión, una herramienta para cuestionar las normas sociales que asocian lo limpio con lo valioso, lo válido, lo superior. Usar la mugre es desafiar esa narrativa: es recuperar lo marginal como un acto de resistencia activa.

8.6. Fragmentos humanos tras la violencia

Como se planteó en el capítulo 6 de este texto, el Cartucho emergió como una consecuencia directa de los sucesos del 9 de abril de 1948. Este acontecimiento marcó el inicio de un proceso de desplazamiento interno provocado por la violencia urbana, que a su vez fue un factor determinante en el surgimiento del fenómeno de la habitabilidad en calle. Las secuelas de ese desplazamiento aún perduran. La mirada social construida en torno a esta población suele estar cargada de miedo y desconfianza. Se les percibe como personas “malas”, “locas” o como individuos que eligieron libremente su forma de vida, como se repite comúnmente. Sin embargo, gracias a mi experiencia como practicante en la Secretaría de Integración Social, pude conocer la otra cara de la moneda: historias silenciadas, razones poco visibilizadas que explican por qué muchas personas terminan habitando en la calle.

Fue profundamente enriquecedor escuchar sus relatos y aprender de sus emociones, su fragilidad y de ese lado humano que, con frecuencia, se pierde entre el consumo de sustancias y el rechazo social. En mi segundo nivel de práctica, en Secretaría de Integración Social conocí a Marvin, un hombre afro de 40 años, oriundo de Buenaventura y víctima del conflicto armado. Siempre se vio muy interesado por las clases que se dieron en el lugar, mencionaba que eran espacios que les permitía salir de su realidad por unos instantes...Escuchar de primera mano su experiencia de vida y todo lo que tuvo que afrontar siendo habitante de calle, generó en mí una gran reflexión en torno a los diferentes motivos que existen para llegar a habitar en la calle. Su historia fue muy relevante para mí, porque en esta sociedad se está normalizado decir que las personas llegan a vivir en las calles porque quieren o porque son consumidores de drogas, sin embargo, Marvin es la muestra de que esto no es así. El no consumía ningún tipo de drogas, ni siquiera las legales, como cigarrillo y alcohol.



Padecía trastorno bipolar de 7mo grado, estaba medicado, en ningún lugar le daban trabajo por su condición, pues cuando dejaba de tomar sus medicamentos entraba en crisis que desembocaba en actos violentos que lo hacían pelear con su familia o perder su trabajo.

Después de salir desplazado de Buenaventura Marvin empieza una travesía hacia Cali, luego estuvo en otros lugares, hasta que llegó a vivir en las calles de Bogotá, una travesía llena de padecimientos, igual que el mito de prometo. Me sorprendió lo que él quiso compartir y la forma en la que lo realizó. La instrucción para hacer los dibujos fue de manera libre, mi intención fue promover que cada participante encontrara el discurso auténtico que cada uno puede desarrollar por medio de las prácticas artísticas, sin estar influenciando hacia un tema en específico, por mi parte, la intención no era realizar una crítica sobre la técnica artística utilizada, ni determinar una forma específica única para dibujar, su forma de dibujar logra transmitir ese recuerdo que la persona tiene con su lugar de origen, en este caso con el puerto de Buenaventura.



Aquí puedes escuchar a Marvin



Lo que Marvin expresó a través de su relato evidencia que el desplazamiento forzado interno es una de las principales causas que llevan a muchas personas a habitar la calle, una realidad que, lejos de haber cesado, continúa vigente en Colombia. Con el paso del tiempo, este fenómeno parece intensificarse, alimentado por la violencia persistente y la creciente desigualdad social que sostienen lo que se ha denominado el Cuarto Mundo y el fenómeno de la habitabilidad en calle. Marvin es una persona atravesada por la pérdida: su vida cambió radicalmente a causa del conflicto armado. La tranquilidad de su territorio le fue arrebatada, y se vio enfrentado a una disyuntiva brutal: morir o huir.

Durante mi práctica pedagógica, uno de los momentos más significativos fue encontrarme con personas como Marvin en estos espacios de intervención. Individuos que encarnan en su vida cotidiana el mito de Prometeo: castigados por desafiar el orden establecido, pero portadores de una llama —la memoria, la resistencia, la dignidad— que se niega a apagarse. Sus relatos no son excepcionales, sino profundamente representativos de una historia colectiva. Lo que vivió Marvin es parte del entramado de relatos locales que configuran la historia del conflicto armado colombiano y que, a pesar del tiempo, siguen resonando en los cuerpos y voces de quienes resisten la violencia urbana cada día.



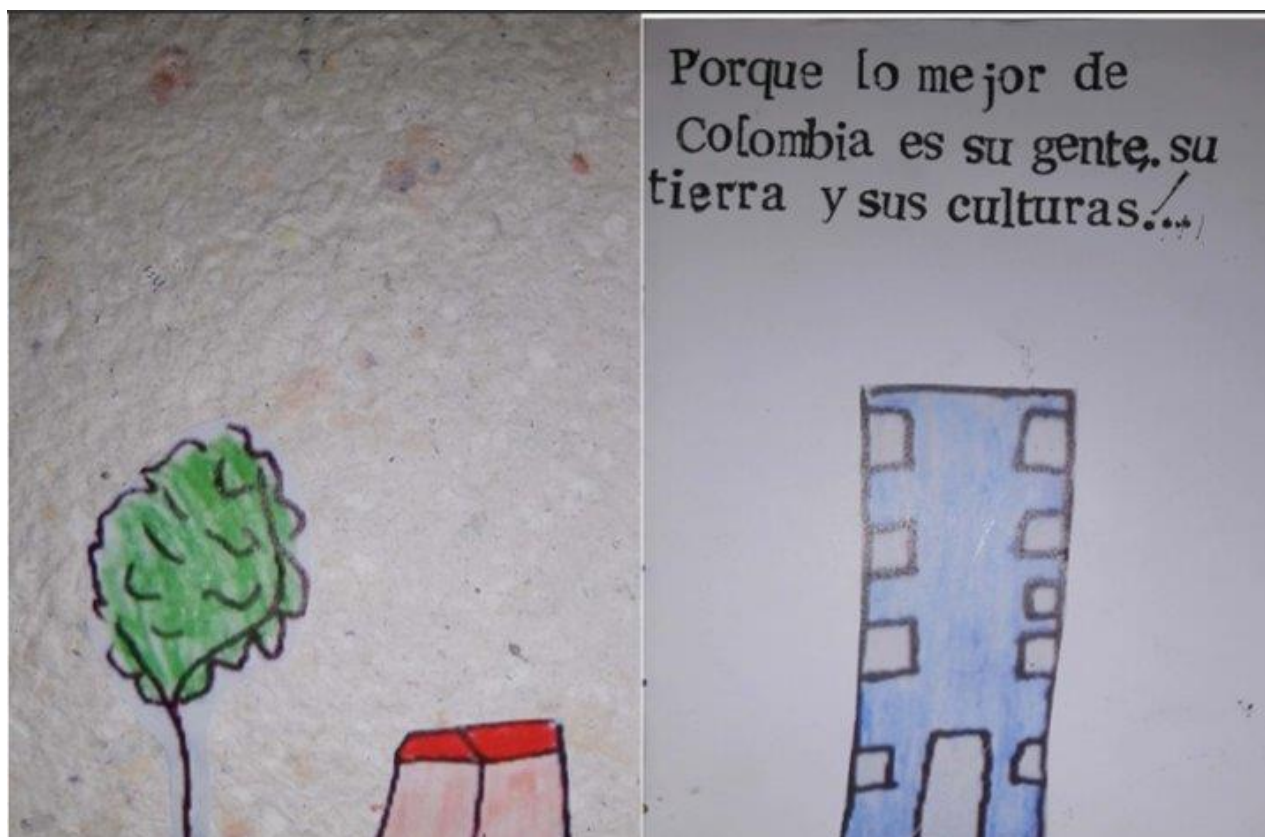
El relato de Marvin nos reafirma que son muchas las razones que existen para que las personas lleguen a vivir en las calles, más allá del consumo de drogas o de la misma auto determinación, existen factores precisos y estructurales que les define.

La representación de la violencia en Colombia es siempre un acto de desplazamiento aún cuando se determina dentro de un campo de des-plazamientos violentos. Es un desplazamiento histórico, porque el proceso histórico conocido con el nombre de la Violencia, que se reduplica en cada década y se vuelve cada vez más amplio, consume toda representación de la violencia desde 1948 por lo menos. Es un des-plazamiento geográfico, porque la Violencia es lo que destruye el espacio, literalmente, al desplazarse desde las redes urbanas hasta los lugares más recónditos del campo, para luego producir un movimiento inverso de migraciones masivas de poblaciones desde el campo hasta las periferias, y a veces hasta los centros abandonados, de las crecientes ciudades. **Y es un desplazamiento figurativo porque la violencia no se puede representar**, sólo transformarse en fatalidad, en objeto fetiche, o a su vez desplazarse hacia otros campos de la representación. (Kantaris, 2008, pág 455).



Como se menciona en la cita anterior, los libros ilustrados permitieron explorar otras formas de representar la violencia, más adecuadas para trabajar con esta población en particular. A través de las prácticas artísticas se logró establecer un lenguaje sensible y comunicativo, donde las creaciones no solo funcionaron como medios de expresión, sino también como herramientas para imaginar otros mundos posibles y resignificar las experiencias personales. Estas producciones dieron lugar a relatos que nos acercaron a las personas que han habitado la calle, permitiéndonos conocer sus historias más allá del estigma o de la mirada reduccionista.

Este enfoque guarda una profunda relación con la *Pedagogía del oprimido* de Paulo Freire, quien sostenía que “nadie libera a nadie, ni nadie se libera solo: los hombres se liberan en comunión”. En este sentido, las prácticas artísticas se convirtieron en espacios de diálogo, donde los participantes dejaron de ser vistos como objetos de intervención y pasaron a ser sujetos activos de su propia narrativa. Al rechazar la cosificación de sus vidas —lo que Freire llamaría la “conciencia oprimida”—, se propició una pedagogía de la humanización, en la que las personas pueden reconocerse como sujetos históricos, capaces de transformar su realidad. Lejos de convertir el sufrimiento en objeto de fetiche, estas prácticas buscaron generar conciencia crítica, contribuyendo así a la reconstrucción simbólica de la dignidad y a la transformación de los imaginarios sociales que alimentan la exclusión.



Fue evidente cómo, a través de este ejercicio, las personas encontraron un medio para canalizar sus experiencias. La posibilidad de narrar su historia desde otro lugar —ya no como víctimas, sino como artistas y creadores— resignifica su pasado y le otorga un nuevo sentido. Contar desde la autoría y no desde la derrota transforma la forma en que se comprenden a sí mismos y cómo desean ser comprendidos por los demás. Este proceso se inscribe dentro de la metodología de historia de vida, la cual reconoce el valor del relato personal como una herramienta de construcción de conocimiento. En este caso, permitió que los participantes exploraran sus recuerdos y experiencias vitales desde una perspectiva reflexiva y creativa. Más que recopilar datos, el ejercicio propició un proceso de subjetivación: cada persona pudo construir un relato propio que, al ser compartido, no solo reconstruyó su memoria, sino que también desafió los discursos hegemónicos que los han reducido al estigma.

Pensar en quienes habitan la calle exige mirar más allá de su condición aparente. Muchas de sus historias están profundamente ligadas al conflicto armado colombiano, al desplazamiento y a otras formas de exclusión estructural. La historia de vida, en este contexto, no solo se convierte en una técnica investigativa, sino en una práctica emancipadora que permite a los sujetos reapropiarse de su trayectoria y posicionarse como portadores de sentido y no como simples objetos de estudio.



Para llevar a cabo este proceso, fue fundamental permitir que aflorara el ser sensible y poético que habita en cada uno de nosotros —incluyéndome—, para poder leer el entorno desde una mirada personal y narrarlo a través de palabras, dibujos o símbolos. Encontrarme con esta persona en particular fue una experiencia significativa, no solo por lo que compartió conmigo, sino también porque, al igual que yo, se identifica como Rastafari. Su cabello con dreadlocks no solo era una expresión estética, sino una manifestación de identidad, de resistencia y de raíz. Mientras me hablaba de su vida en Buenaventura, sentí una conexión profunda con su relato.

La página anterior de su libro ilustrado me hizo pensar en la herencia, en la cultura de la que fue despojado a causa del conflicto armado. Marvin —como muchos— fue desarraigado de su vida “normal”: de su cultura, de su territorio, de su educación. No pudo terminar el colegio porque la violencia en su región se intensificó, obligándolo a desplazarse a otros lugares del país. Así fue como tuvo que dejar su vida en el Pacífico colombiano para empezar otra, precaria y dolorosa, en las calles del centro de Bogotá. Su historia es una entre miles. Durante las décadas de los 80 y 90, el desplazamiento forzado alcanzó cifras alarmantes. Muchas de estas personas llegaron a la ciudad por la Terminal del centro, a escasas calles del Cartucho, buscando refugio. Sin embargo, lo que encontraron fue exclusión, pobreza y olvido. Víctimas del conflicto armado, terminaron viviendo en las calles, atrapadas entre el abandono estatal y el estigma social. Historias como la de Marvin se siguen repitiendo con el paso de los años y revelan la complejidad estructural del fenómeno de habitabilidad en calle: no se trata solo de “quedarse sin casa”, sino de ser despojados, sistemáticamente, de todo.

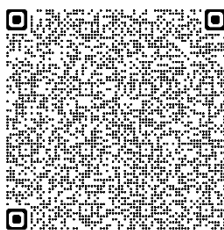
La causa del fenómeno de la habitabilidad en calle no solo se le puede atribuir al consumo de drogas, si bien es una de las principales causas, existen muchos factores que alimentan este ambiente hostil en el cuarto mundo, la historia de Marvin da cuenta de esto, sucesos parecidos que han ocurrido a lo largo de Colombia, víctimas del conflicto que resultan siendo habitantes de calle y que pueden contar su historia. Junto a mi compañera de práctica Nataly Giraldo, dinamizamos talleres de creación enfocados a realizar un libro ilustrado por parte de los habitantes de este lugar, con el fin de que cada uno pudiera consignar allí una memoria, un relato sobre su experiencia de vida, así mismo este sería compartido, divulgado, para que su historia fuera leída por otras personas, promoviendo la capacidad de enunciarse e identificarse a partir de lo que ha vivido.

Fotos del proceso

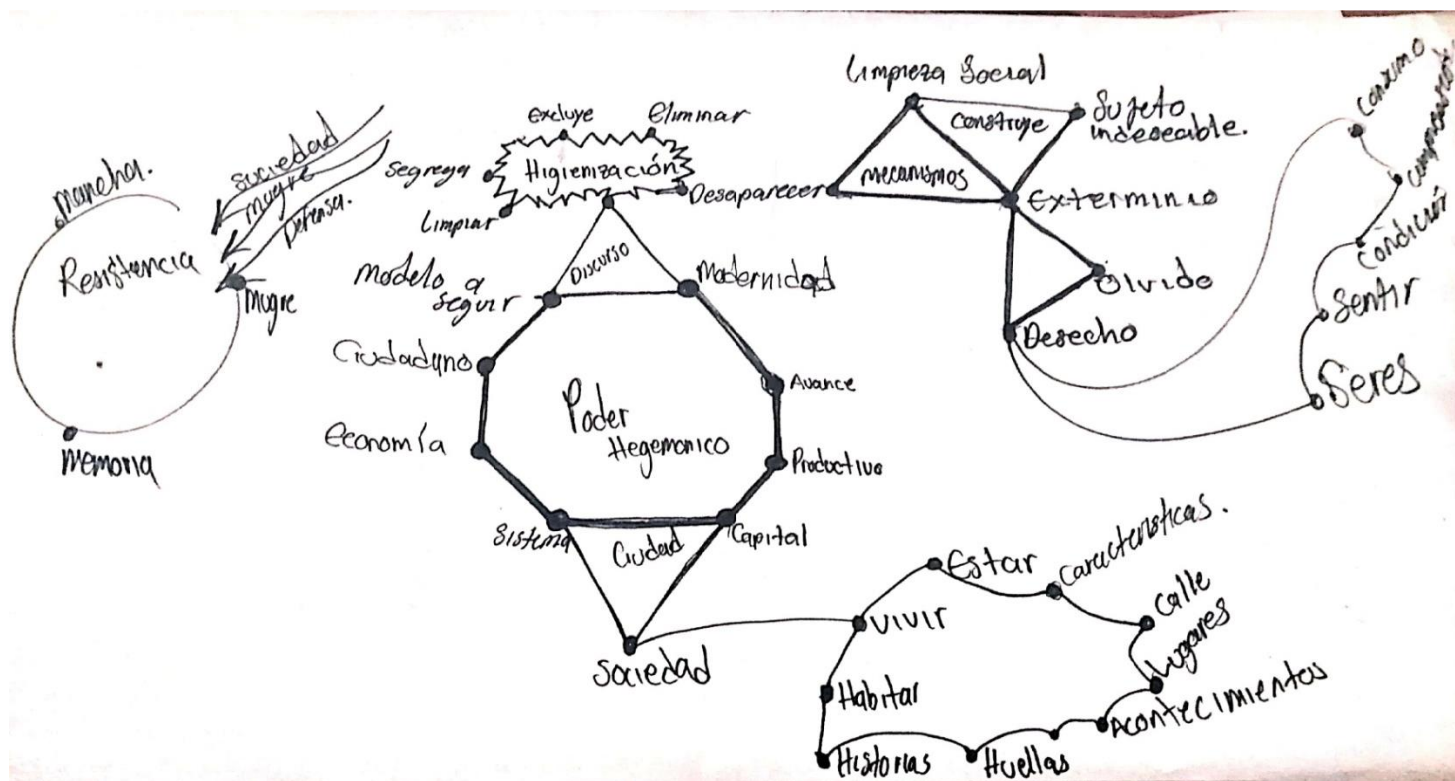


Fotografía capturada Nataly Giraldo con la cámara de un celular Samsung A1

Experiencia de Marvin al realizar un libro ilustrado: a continuación, puedes escuchar un audio en el que responde a la pregunta: ¿Qué piensa sobre haber creado un libro con su propia historia?



9. El trazo de la exclusión: sistema, calle y resistencia



En esta cartografía se presentan una serie de discursos que han contribuido a legitimar la desaparición violenta de una población históricamente marginada. He ordenado términos y razones que justifican y perpetúan estas acciones contra la vida y la existencia de estas personas, cuando toda vida debería ser defendida y preservada. A la vez, este mapa da cuenta de las formas de resistencia que emergen desde la experiencia de habitar la calle. Son voces que se enuncian desde los márgenes, reclamando respeto por sus modos de existir, por formas de habitar el mundo que también los definen. Las relaciones entre estos elementos se expresan a través del trazo, dando origen a una serie de figuras que surgieron de manera orgánica durante el proceso. Estas formas se comunican entre sí: las palabras ubicadas en el centro de las figuras pueden asociarse con lo hegemónico, mientras que las que se sitúan en los bordes o en los puntos de unión representan los vínculos, tensiones y diálogos posibles entre distintas experiencias y discursos.

Mis comprensiones sobre la habitabilidad en calle revelan la existencia de un sistema complejo que se articula de manera sutil pero eficaz, permitiendo que este fenómeno se desarrolle y se mantenga en el tiempo. Es un sistema que, como en muchos casos, permanece invisible a simple vista; sin embargo, sus efectos son profundos y claramente evidenciados en la realidad social.

9.1. El andén



Foto autoría mía: Jhon Cuenca – 2021- Capturada con la cámara de un celular Samsung A1 [Ver más en el álbum](#)
fotográfico adjunto: arqueología del recuerdo.

Las historias que se tejen en el andén y las vidas que allí han sido silenciadas, simplemente por incomodar con su presencia a lo largo de la ciudad, exigen ser escuchadas. Hablar desde el andén implica escuchar a quienes han sido derrotados, a los olvidados, a los invisibles. Son personas que buscan un rincón dónde descansar y conciliar el sueño, aunque solo sea por unas pocas horas. El andén cobra relevancia porque quiénes lo habitan han sido silenciados de manera sistemática, negándoles su participación en diferentes espacios y promoviendo un discurso de odio frente a estos.

Una ciudad que se presenta como un "constante avance" también promete estar limpia, ordenada y uniforme, sin dejar espacio para que sus visitantes reflexionen sobre las problemáticas que enfrenta la comunidad. En lugar de enfrentarlas, se prefiere esconderlas, ignorarlas hasta que, se dice, "que entre ellos se maten solos". Este enfoque fomenta un ambiente hostil, particularmente en ciertas calles de Bogotá, donde la vida parece valer poco y todo se reduce a negocios informales que operan al margen de la ley, siempre esquivando a la policía.



La Fotografía es autoría de Jhon Cuenca – 2021---Tomadas con una cámara Go pro2.

Para acercarse a la realidad de las personas que viven en la calle es necesario tener en cuenta que han sido un producto del capital²⁰ y su consumo exacerbado, también de la misma sociedad que les excluye y segrega, con esto quiero decir que la población habitante de calle puede ser entendida como “lo que ya no se necesita”, una población que deja de ser productiva ante el capital, ante un sistema económico y social.

9.2. Reconocer para comprender: claves de la cultura de la calle

Este apartado complementa el número 8, titulado *Primer abordaje para comprender la cultura de la calle*. Aquí presentaré una definición ampliada y complementaria del concepto de cultura de la calle, a partir de los aprendizajes obtenidos en torno al fenómeno de la habitabilidad en calle y de mi experiencia directa con la población en los centros de práctica pedagógica. Esta construcción conceptual surge del contacto cercano con sus realidades, formas de vida y expresiones cotidianas, lo cual me permitió profundizar en una comprensión más situada y humana de esta cultura.

Los habitantes de calle son una población que tiene muchas cosas por contar, son una comunidad, comparten, tienen valores, son personas visiblemente invisibilizadas, tienen un tejido social determinado, una cultura innata; hay valores que al ser transgredidos cuestan la vida como: la traición, no asistirle al enfermo, contra la injusticia del mal hablado, es evidente la existencia de múltiples mundos, reglas o leyes diferentes que los definen, esto propicia a crear espacios en términos de la propia existencia (Mahecha, O. 2003, pág 34), es decir habitar el mundo desde lo que se es, desde la propia historia, cuerpo, identidad y experiencia. En lugar de simplemente "ocupar" un lugar —como quien sigue reglas impuestas— se trata de construir o apropiarse de un espacio que tenga sentido existencial, donde una persona pueda afirmarse, expresarse y transformar su realidad, crear espacio no es solo físico, sino simbólico, emocional y político: es abrir un territorio donde una persona pueda nombrarse, resignificarse y reconstruirse.

Siguiendo a Marx, quien sostiene que “las ideas y las culturas son el resultado de las circunstancias materiales y económicas de una sociedad, y no al revés”, es posible comprender la cultura de la calle como un reflejo de las condiciones estructurales que han marcado la historia de Colombia. Esta cultura no surge de manera aislada, sino que está profundamente ligada al conflicto armado, al desplazamiento forzado y a fenómenos como la llamada

²⁰ El capital en esta propuesta hace referencia a la capacidad de tener (casa, carro, bienes, etc) producir dinero, no solo para sobrevivir sino también para pagar facturas, impuestos y desde luego lujos, entre otros.

“malicia indígena”, una forma de astucia popular nacida en contextos de desigualdad y supervivencia. Esto puede entenderse como una expresión urbana de violencias históricas que, originadas en contextos rurales, se trasladan junto con las personas hacia la ciudad. Estas experiencias de desplazamiento y exclusión se reconfiguran en el entorno urbano a través de prácticas, lenguajes, códigos y modos particulares de habitar el espacio público. Muchos de quienes hoy viven en las calles llevan consigo las huellas de esas trayectorias interrumpidas, convirtiendo la ciudad en un escenario donde esas historias se manifiestan, resisten y, en algunos casos, se resignifican.

En este marco, resulta útil pensar con Foucault, quien sostiene que el poder no solo se ejerce a través de instituciones, sino que también se inscribe en los cuerpos, los comportamientos y los espacios. Desde esta perspectiva, **la calle se convierte en un espacio de vigilancia, control y disciplina**, pero también de fuga y resistencia. La población habitante de calle desafía las normas dominantes de lo que debe ser el orden urbano, convirtiéndose en sujetos que, a pesar de la exclusión, crean formas propias de organización y sentido. De algún modo, todos participamos de la cultura de la calle. Todos transitamos y habitamos el espacio público, aunque esta cultura se exprese con mayor fuerza en ciertos sectores: especialmente en barrios periféricos, donde se entrecruzan prácticas de resistencia y necesidad. En contraste, los barrios de estratos altos tienden a ocultar o expulsar esas expresiones callejeras, reforzando mecanismos de exclusión espacial y simbólica.

Vivir en la calle no es solo una condición, sino en muchos casos una forma de vida que se elige o se asume desde una concepción propia de libertad. Es también una respuesta a los dispositivos de poder que intentan disciplinar los cuerpos y modos de estar en el mundo. Así, **la calle puede entenderse como un territorio de subjetivación**, donde el habitante decide, organiza y redefine su existencia desde la autonomía, aunque en constante tensión con las fuerzas que buscan normarlo o invisibilizarlo.

Como afirma Mejía (1993), "tomar lo cultural como hilo conductor de muchas reivindicaciones convierte lo cultural en un campo de batalla que permite a los más excluidos involucrarse en una nueva organización social coherente con la satisfacción de sus necesidades". En este sentido, la cultura de la calle se convierte en una herramienta clave para comprender a esta población. Es un punto de partida desde el cual se pueden expresar necesidades, identidades y luchas. Al mismo tiempo, funciona como un espacio de disputa simbólica, donde se negocian poder, visibilidad y dignidad. Desde esta perspectiva, los excluidos y marginados pueden convertirse en actores activos del cambio social. La cultura, entonces, deja de ser una categoría estática para convertirse en una fuerza viva, capaz de generar nuevas formas de organización más justas y coherentes con las realidades de quienes habitan los márgenes.

Esta investigación, adquiere gran relevancia porque permite reconocer que estas personas no solo sobreviven, sino que también construyen sentidos, vínculos y prácticas que desafían las lógicas dominantes. La cultura se convierte, así, en un instrumento de lucha para quienes han sido históricamente excluidos, porque les permite nombrar sus vivencias, organizarse y reclamar transformaciones sociales desde su propia realidad. En los llamados “guetos”, donde las reglas de interacción son bien definidas por sus propios códigos, los habitantes de calle construyen una forma de organización social que también es cultura. Esta se manifiesta, por ejemplo, en el valor que les otorgan a las cosas más simples —objetos, gestos, momentos—, en contraste con los estilos de vida de quienes habitan casas “normales”. Esta capacidad de otorgar significado a lo cotidiano revela una comprensión del mundo profundamente humana, aunque muchas veces incomprendida o despreciada por la sociedad.

Como lo expresa González (1995), "el hombre es un ser cultural por el hecho de añadir al mundo de lo real un acto propiamente humano: la comprensión". Pensar en los habitantes de la calle implica, entonces, reconocerlos como sujetos históricamente situados, portadores de saberes, memorias y experiencias que forman parte del entramado social del país. En sus historias y anécdotas perviven fragmentos de la historia nacional que, al ser escuchados, nos permiten acceder a miradas silenciadas o marginadas por los discursos oficiales.

Esta población, lejos de ser un simple reflejo de exclusión, posee una profunda capacidad para representarse a sí misma, para reconocer sus luchas y narrar sus vivencias desde sus propios códigos. Escucharlos es una forma de comprender otra dimensión del país: una que se construye en los márgenes, pero que también revela formas de resistencia, dignidad y humanidad. Desde una perspectiva hermenéutica, la cultura se entiende como ese horizonte de sentido que el ser humano configura a través de su relación con el mundo y con los demás.

10. Entre grietas y escombros: lo que revelan las cicatrices del camino

Los habitantes de la calle no son solo individuos aislados; son una comunidad con valores, un tejido social propio, y una cultura interna. Aunque visiblemente invisibilizados, tienen una estructura social determinada y comparten principios fundamentales, como el respeto por la lealtad, el cuidado de los enfermos, y la lucha contra la injusticia. Violaciones a estos valores pueden costarles la vida, como sucede con la traición o el abandono. La ley del silencio en la calle es estricta, esto configura seres marginales que hablan poco o son muy cerrados a compartir, llevar una clase de artes visuales a esta población rompe sobre esos estigmas e invita a la participación de este grupo social que históricamente ha sido silenciado.

La historia de Bogotá demuestra que ciertos sectores, como lo fue en su momento el barrio El Cartucho, más tarde el Bronx —también conocido como “la L”— y actualmente casos como el del Samber, han sido territorios

ocupados por las clases sociales más empobrecidas y marginadas del país. En estos espacios han habitado personas en situación de calle, consumidores de drogas, campesinos desplazados y otras víctimas directas de la violencia estructural y del conflicto armado en Colombia. Estos lugares no solo concentran las consecuencias del abandono estatal, sino que también reflejan cómo la ciudad ha gestionado históricamente la exclusión social: desplazando, ocultando o reprimiendo a quienes no encajan en el ideal de ciudadanía dominante.

Esta población transita por profundos dolores, tanto físicos como emocionales, cuyas principales causas se encuentran en el consumo problemático de sustancias psicoactivas, el abandono y la soledad que implica la vida en la calle. Las drogas, lejos de ser una simple elección, se configuran como un mecanismo de escape frente a una realidad hostil, y a menudo funcionan como un catalizador del deterioro individual y colectivo. Las historias que emergen en este contexto, aunque a veces puedan parecer irreales o difíciles de creer, son testimonios de vida que merecen ser escuchados, comprendidos y contados. Cada relato encierra una complejidad humana que interpela nuestras certezas y pone en evidencia las múltiples formas de exclusión que la sociedad reproduce. Por ello, es fundamental buscar lenguajes y estrategias sensibles para narrar lo vivido, no desde la lástima ni el juicio, sino desde la dignidad, la empatía y el reconocimiento del otro como sujeto de historia.

Mi práctica en IDIPRON OASIS me permitió una comprensión más profunda de las realidades sociales que enfrentan los jóvenes habitantes de calle en Bogotá. Más allá del consumo de drogas, se visibilizaron factores estructurales como la exclusión social, la salud mental y las condiciones precarias de vida. La experiencia fue clave para el desarrollo profesional y humano del practicante, al fomentar una mirada crítica, empática y transformadora desde la educación artística como herramienta de inclusión y expresión. Este lugar fue fundamental para mi proceso porque me permitió construir una mirada más amplia sobre este fenómeno de la cotidianidad urbana. Comprendí que vivir en la calle no es exclusivo del consumo de drogas; en muchos casos, las personas que se encuentran en esta situación padecen condiciones mentales o físicas que las hacen "invisibles" para la sociedad, en el sentido de que no pueden acceder a trabajos formales ni aportar al sistema capitalista de la misma manera que otros.

Mi práctica en SEDID – Secretaría de integración social, representó una experiencia profundamente transformadora, no solo en términos profesionales, sino también a nivel humano. El trabajo con personas mayores en situación de habitabilidad en calle me permitió cuestionar mis propias ideas sobre la pedagogía, el envejecimiento y la exclusión social. A través de la creación de libros ilustrados basados en memorias de vida, comprendí que el arte puede convertirse en un vehículo poderoso para resignificar el pasado y proyectar nuevas formas de ser y estar en el mundo. Cada historia contada fue un acto de resistencia y dignidad, un intento por recuperar la voz y el lugar en una sociedad que muchas veces ignora a quienes no se ajustan a sus lógicas de

productividad y normalidad. Esta experiencia me confrontó con la necesidad de adaptar mis herramientas pedagógicas, no solo desde lo técnico, sino también desde lo ético, comprendiendo que enseñar implica, ante todo, aprender a escuchar, a mirar con otros ojos y a acompañar procesos de vida.

Trabajar con adultos mayores en este contexto me hizo entender que el aprendizaje no tiene edad, pero sí requiere tiempos, formas y sentidos distintos. Esta práctica me permitió ver que la educación, cuando es sensible y situada, puede abrir espacios de transformación incluso en los márgenes más invisibilizados de la sociedad. A lo largo de mi proceso de práctica pedagógica en IDIPRON Oasis y en la Secretaría de Integración Social (SEDID), he podido acercarme a una realidad que, aunque convive con nosotros en las calles de Bogotá, permanece muchas veces velada por el prejuicio, el desconocimiento y la indiferencia. Esta experiencia me permitió desmontar imaginarios simplistas sobre las personas en situación de calle, reconociendo en ellas no solo el dolor, el abandono y la marginalidad, sino también la capacidad de construir lazos, de crear, de narrar y de resistir.

La calle, más que un lugar físico, es un espacio simbólico cargado de estigmas y de exclusiones históricas. Sin embargo, también es un territorio donde emergen formas de organización social, valores propios y narrativas que merecen ser escuchadas con respeto y atención. La pedagogía, especialmente desde el arte, se presenta como una herramienta poderosa para romper con el silencio impuesto, propiciar la expresión y recuperar la dignidad de quienes han sido invisibilizados por las lógicas hegemónicas de la ciudad y del sistema.

Trabajar con jóvenes y adultos mayores en estas condiciones fue un ejercicio constante de reflexión y adaptación. Me enfrenté a los límites de mi propia formación, y a la vez, encontré nuevas formas de entender la educación como un acto profundamente humano, que no ocurre solo en las aulas, sino en el encuentro genuino con el otro. Enseñar en estos contextos me enseñó a mirar sin prejuicios, a escuchar sin interrumpir, y a valorar la palabra como forma de reparación simbólica.

Comprendí que el arte no salva por sí solo, pero puede abrir puertas a otras formas de habitar el mundo, a resignificar el dolor, y a reconstruir un sentido de pertenencia. Esta práctica no solo transformó mi mirada sobre la pedagogía, sino también sobre la vida misma. Me voy con más preguntas que respuestas, pero con la certeza de que educar en los márgenes es también una forma de resistir, de sembrar esperanza y de reconocer la humanidad allí donde muchos solo ven ruina o pérdida.

Para la elaboración del presente documento, identifiqué una serie de conceptos clave que contribuyen a una mejor comprensión del tema abordado, otorgando coherencia tanto a los discursos de resistencia como a los discursos hegemónicos. A continuación, presento dichos términos, los cuales estructuran y fundamentan el análisis desarrollado:

*Pobreza*²¹

El concepto de pobreza es central en esta propuesta, ya que constituye una de las principales causas y características que conducen a muchas personas a habitar la calle. Lejos de ser una situación atribuible únicamente a decisiones individuales, la pobreza debe entenderse como un fenómeno estructural, resultado del abandono histórico del Estado hacia ciertos sectores sociales. En este contexto, las personas en situación de calle no solo son empobrecidas, sino también estigmatizadas como sujetos indeseables, por no encajar en las lógicas económicas que sostienen a una sociedad de consumo. Al no participar activamente en el circuito del capital — es decir, al no consumir, invertir ni generar ganancias— estas personas se vuelven incómodas para un sistema que valora a los individuos en función de su productividad y capacidad de generar riqueza. En una economía orientada al crecimiento y al rendimiento, la pobreza se convierte no solo en una condición material, sino en una marca de exclusión que invisibiliza y deshumaniza.

Por ello, la pobreza no se aborda aquí como un simple rasgo demográfico, sino como una categoría que atraviesa profundamente el habitar la calle. Está asociada a dinámicas complejas y relaciones sociales que sostienen su permanencia y reproducción. Comprenderla desde esta perspectiva permite evidenciar que no es la falta de recursos lo que define a esta población, sino el entramado de desigualdades estructurales que limitan su acceso a una vida digna y los excluyen sistemáticamente de los espacios de participación social, económica y política.

²¹ La palabra "pobreza" proviene del latín "paupertas", que a su vez deriva del adjetivo "pauper", que significa "pobre" o "escaso". En latín, "paupertas" se refería tanto a la falta de recursos materiales como a la humildad o modestia en el estilo de vida. Con el tiempo, esta palabra ha evolucionado en las lenguas romances, como el español, manteniendo su significado fundamental de carencia de recursos materiales y falta de bienestar económico. En su sentido más amplio, "pobreza" se refiere a la situación en la que una persona o una comunidad no disponen de los recursos necesarios para satisfacer sus necesidades básicas, como alimentación, vivienda, salud, educación, entre otros aspectos fundamentales para una vida digna.

Criminalización de la pobreza²²

La criminalización de la pobreza puede analizarse a partir de las acciones ejercidas por ciertos sectores de las clases sociales altas, que, en su mayoría, imponen juicios y medidas sobre una minoría vulnerable: las personas que habitan en la calle. Este grupo social, históricamente excluido, se ve cada vez más reducido y relegado bajo lógicas capitalistas, en las que se les considera improductivos y, por tanto, prescindibles. Sin embargo, estas personas representan formas de resistencia y subsistencia cotidianas, que desafían las normas impuestas por una sociedad que prioriza el rendimiento económico sobre la dignidad humana.

La criminalización de la pobreza no solo implica su rechazo social, sino su transformación en un fenómeno percibido como ilegal o amenazante. A través de esta lógica, se busca sectorizar, controlar y eliminar a quienes no encajan en el ideal normativo de ciudadanía. Se les niega la participación, se les invisibiliza, y se refuerza su marginalidad hasta convertir su existencia en una "falla del sistema" que debe ser corregida o erradicada. Esta estigmatización no solo profundiza la desigualdad, sino que deshumaniza, al reducir la vida de estas personas a un problema que debe ser gestionado, en lugar de comprenderse y acompañarse desde una perspectiva de derechos, justicia y cuidado colectivo.

Sucio²³

El término de sucio es abordado como la marca que deja vivir en la calle, esto es un rasgo característico de las grandes ciudades como Bogotá. También es interpretado como la mancha, aquello que incomoda a simple vista, no solo hago referencia a los objetos arrojados a la calle cómo basura, sino también a los actos que en ella se ven, tales como dormir bajo un puente o alimentarse de la basura. Esto es un componente importante porque aquí expongo una serie de temas claves que me permiten conocer y entender como se ha configurado una percepción negativa sobre la población habitante de calle.

Marginalidad²⁴

²² “La palabra "criminalización" es un sustantivo derivado del verbo "criminalizar". Su origen etimológico puede desglosarse en dos partes; criminal: Proviene del latín "crimīnālis", que está relacionado con "crimen", que significa "delito" o "acto contrario a la ley". En este sentido, "criminal" se refiere a algo o alguien que está relacionado con el crimen o que se considera culpable de cometer un delito.

-ización: Es un sufijo que se utiliza para formar sustantivos a partir de verbos, indicando el proceso o la acción de hacer algo. En este caso, "criminalización" se refiere al proceso de convertir algo en criminal o de tratarlo como criminal. Por lo tanto, "criminalización" se refiere al proceso por el cual se trata o se percibe algo como criminal, ya sea una acción, una condición o un grupo de personas. Este término se utiliza para describir cómo ciertos comportamientos, características o grupos sociales son estigmatizados o tratados como delictivos por parte de las autoridades, las instituciones o la sociedad en general”.

²³ Del lat. *su[c]cīdus* 'jugoso', 'húmedo', con cambio de significado en romance por aplicarse frecuentemente a la lana recién cortada, que está húmeda y aún no limpiada, y este der. de *sucus* 'jugo'. (Diccionario etimológico español, 2017)

²⁴ “El término marginalidad tiene una etimología interesante que se relaciona con su desarrollo histórico y sociológico. Proviene del latín *margō*, que significa “borde” o “margen,” y el sufijo -ción, que se utiliza para formar sustantivos abstractos a partir de adjetivos

En este proyecto la marginalidad es vista como una característica en la cultura de la calle, porque la existencia de los habitantes de calle se basa en la supervivencia del día a día, pues esto se asocia a estar “en los márgenes o al borde de la sociedad” como un desecho o un reflejo de la sociedad colombiana que no queremos ver. Es por eso por lo que la marginalidad toma un sentido importante porque también determina el estilo de vida del habitante de calle, frente a los comportamientos y formas de ver el mundo. Entonces la marginalidad hace referencia a las relaciones y dinámicas que este grupo social lleva a cabo, dichas rutinas que se encuentran fuera de lo establecido como: consumir drogas, estar sucios, comer de la basura, vivir en la basura entre otras conductas que socialmente no son aceptadas.

o verbos. En la década de 1570, la palabra “marginal” se utilizaba para describir algo “escrito o impreso en el margen de una página,” derivada del latín medieval *marginalis*, que a su vez se deriva del latín *margo*, que significa “borde, orilla, frontera, margen”. El sentido de “de poco efecto o importancia” se registra por primera vez en 1887. Así que, en resumen, la marginalidad se refiere al estado o calidad de ser marginal, estar en los márgenes o al borde de la sociedad o de un grupo”

11.Evidencia sobre la socialización de los resultados de practica en: Secretaría de Integración Social – Hogar SEDID.



Fotografía tomada por: Diana Osorio.

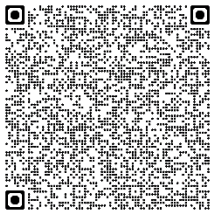
Gracias al desarrollo de este ejercicio de práctica pedagógica y al cumplimiento del cronograma propuesto, fue posible llevar a cabo la creación colectiva de siete libros ilustrados, elaborados por habitantes del hogar a partir de sus propias experiencias de vida. Estas obras fueron exhibidas durante la inauguración de la nueva biblioteca donada al lugar, un evento que reunió tanto a los participantes como a algunos de sus familiares. El encuentro fue profundamente significativo, no solo por la exposición del trabajo artístico, sino porque permitió a quienes participaron reconocerse como sujetos capaces de narrar, construir y resignificar su historia a través del arte.

Este proceso se alinea con los principios fundamentales de la *Pedagogía del oprimido* de Paulo Freire, al promover una educación dialógica, horizontal y liberadora, donde el oprimido deja de ser un objeto pasivo del discurso institucional y se convierte en sujeto activo de su propio aprendizaje. La creación de los libros ilustrados no fue un simple ejercicio técnico, sino una práctica emancipadora, en la que el arte funcionó como lenguaje de transformación y herramienta de reconstrucción simbólica.

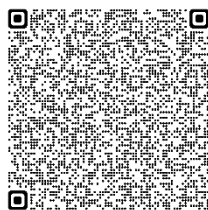
En este contexto, el acto de contar su historia desde la imagen y la palabra se convirtió en un proceso de concientización —de toma de conciencia— que permitió a los participantes verse a sí mismos no solo como sobrevivientes de la calle, sino como narradores, creadores y protagonistas de su propio relato. Esta práctica hizo evidente que, cuando se les brindan las condiciones para expresarse, incluso las voces más silenciadas pueden emerger con fuerza, belleza y profundidad. Fue una experiencia pedagógica que trascendió el aula y se convirtió en un acto de resistencia, memoria y dignidad.

Aquí se encuentra audios con la voz de algunos de los participantes, ellos nos cuentan lo que piensan entorno a la creación del libro y la historia que allí consigna:

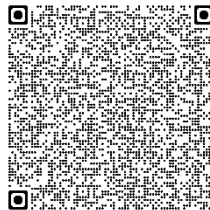
Jaime



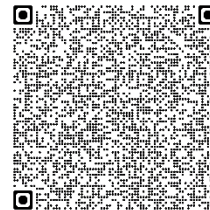
Marisol (Lolita)



German



Valois



Bibliografía

- Secretaría de Integración Social. (2015). Política Pública Distrital para el Fenómeno de Habitabilidad en Calle. Política Pública Distrital para el Fenómeno de Habitabilidad en Calle. Bogotá, Colombia.
- Delgado Mahecha, O. (2003). *Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea*. Universidad Nacional de Colombia. Unibiblos.
- Cuenca Huertas, J. E., Silba, S. F., Ruiz, L., Guerrero, S., & Diaz, A. M. (2021). ARQUEOLOGIA DEL RECUERDO [Película].
- Hernández Reina, A. R., & Cortés Arenas, O. M. (2019). *CORPO-ESCRITURAS: Hacer visible el cuerpo en la acción de la escritura*. Proyecto de investigación-creación subvencionada Subdirección de Gestión de Proyectos CIUP de la Universidad Pedagógica Nacional.
- Ospina, Luis (s. d.) El cine urbano y la tercera Violencia colombiana. Disponible en <http://www.luisospina.com/Sobresuobra/rese%CC%83as/E1%20cine%20y%201a%20tercera%20violencia%20colombiana.pdf> Consultado 7 de septiembre de 2024.
- Kantaris, G. (2008). La tercera ola de violencia: cine urbano. *Revista Iberoamericana*, 74(223)
- Gonzalez, J. D. (1995). Comanche. Bogotá: Fondo editorial para la paz.
- Chárriez Cordero, M. (2012). Historias de vida: Una metodología de investigación cualitativa. *Revista de Investigación*, 5(1), Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.
- Rojas-Osorio, S. (2010). Ciudad y violencia: Una aproximación desde la cinematografía colombiana. *Revista nodo* N° 9, (Vol. 5, Año 5), páginas 67.
- Marcelo Morales Compilador (2009) Aportes para la elaboración de propuestas de políticas educativas. EDUCACIÓN NO FORMAL Una oportunidad para aprender.
- Colectivo Caldo de Cultivo — Unai Reglero, Gabriela Córdoba Vivas y Guillermo Camacho, 2015- El busto de comanche.
- Proyecto Cúndua Laboratorio de la imaginación Social – Mapa Teatro año 2003
- Comité internacional de la cruz roja. (7 de febrero de 2019). Comité internacional de la cruz roja.
- EL TIEMPO 1996- Título: EL CARTUCHO DESPIDIÓ AYER A SU QUERIDO COMANCHE
<https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-526496>
- Ministerio de Educación Nacional de la República de Colombia
<https://www.mineducacion.gov.co/1621/article-82770.html>
- Documental “infierno o paraíso” por Germán Piffano 2014
- Película buscando a Miguel.
Documental: “el cartucho”
- Cancion La etnia, criminología 1999. (Criminología 1999)
- Eduardo Galeano, Los Fuegositos, 1998.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: *Diccionario de la lengua española*, 23.ª ed., [versión 23.8 en línea]. <<https://dle.rae.es>> [24/01/2025].
- Comanche. (1993, septiembre). *Intervención en el Concejo de Bogotá*. Archivo Nacional de Colombia. Recuperado el 25 de mayo de 2025.
- Freire, P. (2005). *Pedagogía del oprimido* (30.ª ed.). Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1970)